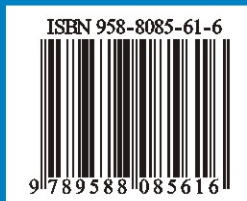


EL CUENTO ES CONTIGO

En el Politécnico Grancolombiano estamos convencidos: un país que incentiva a sus generaciones futuras a pensar por medio del lenguaje escrito, es un país que crea, no sólo una visión nueva sobre Nación, sino lazos de desarrollo, progreso y convivencia. Como una prueba de ello, cerca de once mil niños y jóvenes colombianos se sentaron en su pupitre a escribir un cuento.

“El cuento es contigo” ha hecho posible que los niños y nuestra Institución seamos cómplices en ser grancolombianos.

Rosario Carrizosa Calle
Sub Directora Departamento
de Comunicaciones y Editorial



EL CUENTO ES CONTIGO

EPG

EDITORIAL POLITÉCNICO GRANCOLOMBIANO



EL CUENTO ES CONTIGO



EL CUENTO ES CONTIGO

EL CUENTO ES CONTIGO

I Premio Nacional Intercolegiado de Literatura
“Politécnico Grancolombiano”
2004



POLITÉCNICO
GRANCOLOMBIANO

EDITORIAL

PREMIO NACIONAL INTERCOLEGIADO DE LITERATURA “POLITECNICO GRANCOLOMBIANO” (1o : 2004 : Bogotá)

El cuento es contigo / compilado por Rosario Carrizosa Calle ; editado por Carolina Jaramillo Carvajal. Bogotá : Politécnico Grancolombiano ; 2005

200 p. : il. ; 16 X23 cm.

1. CUENTOS COLOMBIANOS– COLECCIONES 2. CUENTOS INFANTILES COLOMBIANOS– COLECCIONES 3. CUENTOS JUVENILES COLOMBIANOS - COLECCIONES

I.Tít. II. Carrizosa Calle, Rosario, comp. III. Jaramillo Carvajal, Carolina, ed.

Co 863.08 cd 21 ed.

©Fundación Politécnico Grancolombiano

2005

Calle 57 No. 3 – 00 Este

PBX: 3 46 88 00 – Fax: 3 46 92 56

Bogotá, D.C. Colombia

Primera Edición 2005

ISBN 958-8085-61-6

Número de Ejemplares: 1.500

Editorial Politécnico Grancolombiano

Bogotá, D.C. Colombia

Compiladora

Rosario Carrizosa Calle

Subdirectora Departamento de

Comunicaciones y Editorial

rcarrizo@poligran.edu.co

Editora y Coordinadora de Producción

Editorial

Carolina Jaramillo Carvajal

Departamento de Comunicaciones y Editorial

carolina@poligran.edu.co

Corrección de Estilo

Gustavo Patiño Díaz

Diseño y diagramación

Lemoine Comunicación

Ilustración carátula

Edwin Cruz

Ilustraciones interiores

Niños de la Fundación Ana Restrepo del

Corral

Impresión y encuadernación

Editorial Kimpres Ltda.

Impreso y hecho en Colombia

Editorial perteneciente a la Asociación de Editoriales Universitarias de Colombia, ASEUC.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su totalidad ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro óptico para fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo de la editorial.

CONTENIDO

Prólogo

CATEGORÍA INFANTIL

CUENTOS GANADORES

PRIMER PUESTO: El niño oso

SEGUNDO PUESTO: Yo, un ángel

TERCER PUESTO: La mujer de la rosa roja

CUENTOS PRESELECCIONADOS

El arpa y su cuerda dorada

El pececito multicolor

La lechuza tuerta

La niña y el lobo

Más allá de las estrellas

Salvar el mundo

Sueño ser...

Toby y su balón

Un reino que nace del corazón

Un sueño hecho realidad

Una ciudad de dulce

Yo fui un lápiz

CATEGORÍA JUVENIL

CUENTOS GANADORES

PRIMER PUESTO: Aquel pájaro negro al que llaman cuervo

SEGUNDO PUESTO: El Pretoriano

TERCER PUESTO: Tertulia entre Dios y el diablo

CUENTOS PRESELECCIONADOS

Ciudad de Nadie

El juicio

El poeta que no sabía escribir

Ilusión de algodón

Los espejos

Los linderos del mundo irreal-ideal

Los retos de un caballero enamorado

Mariposas portuguesas

Misterio Resuelto

Rocío

Sombras de amor

Testamento del devorador de corazones

Trevanián

Prologo



La primera versión del Premio Nacional Intercolegiado de Literatura Politécnico Grancolombiano, en la modalidad de cuento y distinguido por su lema: “El cuento es contigo”, se suma a una serie de actividades impulsada por nuestra Institución orientada hacia los estudiantes de primaria y secundaria de cientos de colegios de Bogotá y de Colombia.

Desde hace varios años, el Politécnico Grancolombiano, venía auspiciando el desarrollo de eventos deportivos en varias disciplinas en los cuales más de 20.000 jóvenes han tenido la oportunidad de competir sanamente alrededor de lo que hemos llamado “Intercolegiados Politécnico Grancolombiano”.

El año pasado, este programa de eventos incursionó en el campo de las humanidades, con la puesta en marcha del Premio Nacional de Literatura, cuyo resultado final nos ha dejado más que satisfechos pues la convocatoria desbordó todas las predicciones al contar con la participación directa de más de 11.000 niños y jóvenes en representación de 900 colegios de diferentes regiones del país.

Ante la queja generalizada de la falta de rigor de nuestra juventud frente a la lectura y la escritura, este esfuerzo se convierte en una respuesta contundente, pues no es posible conformarnos con esa tendencia, agravada hoy por la invasión de los medios de comunicación audiovisuales, el Internet y la indiferencia cultural frente al fenómeno. Todos aquellos que jugamos un papel preponderante en la formación de los jóvenes debemos actuar para combatir ese mal de nuestro sistema educativo.

Cuando surgió esta iniciativa, producto de una conversación informal con el profesor de literatura Oscar Montagut, quien en ese momento manejaba una de las cátedras de literatura del Gimnasio Campestre de Bogotá, no dudamos ni un instante en apoyar e impulsar este proyecto que contó con la invaluable colaboración de Rosario Carrizosa Calle, de nuestro departamento de comunicaciones, con la ayuda de nuestro departamento de mercadeo institucional que lo incorporó al programa de los intercolegiados y con el aval de la rectoría del Politécnico Grancolombiano en cabeza del Dr. Pablo Michelsen Niño.

Creemos que todos los actores que participamos en los procesos de educación debemos actuar frente al hecho y buscar salidas a esa problemática. Comentario aparte merece la labor del jurado calificador vinculado al premio y compuesto por una lujosa nómina de intelectuales y periodistas que con entusiasmo nos apoyaron en la escogencia de los mejores trabajos. Nuestro jurado estuvo conformado en la categoría infantil por: Jairo Aníbal Niño, Celso Román, Ricardo Silva y Ángel Marcel; y en la categoría juvenil por: Jaime Abello Banfi, Roberto Posada García-Peña, Juan Gustavo Cobo Borda y Pablo Michelsen Niño.

Como corolario del premio, el Politécnico Gran colombiano publica en este libro una recopilación de los mejores trabajos en homenaje al esfuerzo y la disciplina de esos jóvenes que dieron un paso adelante y superaron los paradigmas que plantea una era en que la invasión de la tecnología y la influencia de los medios de comunicación audiovisuales parece alejarnos de los libros

Sea esta la oportunidad de agradecer la colaboración del periódico *El Tiempo* y Radio Caracol, quienes se sumaron a este galardón en calidad de patrocinadores y continuarán escudando la convocatoria del 2005, la cual está próxima a realizarse con la participación de un jurado de gran relevancia como lo fue el anterior, conformado así: categoría infantil: doña Lina Moreno de Uribe, Pablo Michelsen Niño y Roberto Pombo y en la categoría juvenil: Patricia Castaño; Juan Gustavo Cobo Borda y Ángel Marcel.

Los niños y jóvenes ganadores recibirán significativos premios; entre ellos: una beca para estudiar la carrera que deseen en el Politécnico Gran colombiano y un computador de última generación.

Nuestra aspiración es continuar impulsando estas iniciativas, y convertirlas en punto de referencia para las generaciones por venir, razón suficiente para invitar a las directivas de los colegios nacionales a que se unan a esta convocatoria apoyando las expresiones creativas, y el recurso literario como fundamento para desarrollar espacios de comunicación sanos que sean referente de las necesidades intelectuales de los niños y jóvenes colombianos.

MAURICIO RUBIO GARCÍA

CATEGORÍA INFANTIL
Cuentos ganadores



Dibujo: Angela María Ariza, 13 años.

El niño oso



PRIMER PUESTO

Autor:

David Santiago
Noguera Sánchez

Colegio:

Institución

Educativa

Distrital

Benjamín Herrera

Curso: 6º

Edad: 11 años

Yo era una persona normal hasta cierto día...

Todo sucedió cuando dormía. Durante varias noches soñé con animales y especialmente con un oso, un oso panda, un oso grande, fuerte, muy fuerte y, además, muy diferente a los demás osos; hacía bien a todos y tenía ciertos poderes. Lo que más recuerdo es una luz muy brillante y de ella

salía un niño igual a mí.

—¡Estiven! despierta hijo, ya es tarde y tienes que ir al colegio.

—Mamá ¿qué hora es?

—Son las once y cuarenta y cinco de la mañana.

—¡Oh no! Se me hizo tarde y seguro que en el primer bloque nos toca ciencias.

—Hijo ¡no hables tanto y corre a vestirte que te va a dejar el bus!

—A mí no me importa el bus, lo que me importa es la profesora de ciencias, ¡ojalá que no vaya! o ¡que vaya pero que el bus me recoja!

—Hijo, vístete rápido que la ruta ya viene y te va a dejar. Bueno... me voy a trabajar.

—Bueno mamá... ¡chao! ¡Te quiero mucho!

—Yo también. ¡Chao hijo!

—¡Qué pereza! En fin... me voy a alistar. ¡Oh no! El bus está en la puerta y sólo tengo la camisa puesta. Tengo que ponerme el saco, los zapatos y el pantalón en un minuto y no desayunar para que no me deje —Salí a correr pero no pude alcanzar el bus, me dejó.

—¡Ahora me toca irme a pie! —pensé—. Tenía que correr porque se me estaba haciendo tarde y no quería faltar al colegio. También estaba muy asustado porque seguramente no me iban a dejar entrar a la primera hora de clase, además, porque este barrio es muy peligroso y no soy un niño que sepa pelear mucho. De pronto dos adolescentes se estaban acercando a mí; yo estaba temblando del susto.

“Esos dos se ven muy malos, pero si me cogen para robarme pues me dejo porque no quiero que me hagan daño, y lo único que llevo son dos mil pesos. ¡Pero no creo que por eso vayan a pelear! Se me están acercando... cada vez más rápido. ¡Oh Dios mío! ¡Ojalá que no me hagan daño! Estoy que me orino del susto. Les doy todo lo que tengo y hasta lo que no”, pensaba asustado.

—¡Oh!, ¿qué están haciendo? Dándose besos en la boca, son gays.

—¡Oh mamá! ¡Qué susto! Pensé que me iban a hacer daño pero con esas pintas que se mandan, ¡Dios mío! Uno con un pantalón descaderado, bota campana y el otro con un bluejean y una chaqueta de jean azul claro. ¡Cómo no los había visto antes! ¡Era que venían muy lejos! ¡Ay! ¡Se me olvidaba la clase! Tengo que correr porque voy a llegar tarde.

Creí que ya había pasado el peligro pero no. Al estar corriendo me di cuenta que un perro me perseguía.

—Este animal tiene el tamaño de un oso panda, como el que aparece en mis sueños, esos ojos son rojos, rojos como candela —dije.

Dejé de mirarlo y arranqué a correr hasta que no pude más porque sabía que tenía que correr. Primero tenía que escaparme de aquel perro y segundo me iba a quedar sin la primera hora de clase.

Si no le hubiera tirado ese pedazo de pan del desayuno que traía para comérmelo, porque no alcancé a desayunar, no sé que me hubiera hecho ese perro.

Con susto y todo seguía corriendo hasta que por fin llegué al colegio. El celador me abrió rápido la puerta como si supiera qué me pasaba. El corazón que se me salía del cuerpo, no solamente por mis aventuras con los adolescentes y la persecución del perro del tamaño de un oso, sino ahora pensando en la clase de la profesora, que era, mejor dicho, más brava que el perro que me persiguió.

Cuando me di cuenta de que a la profesora sólo le faltaban cinco escalones y caminar unos cuantos pasos para llegar al salón, corrí, parecía volar, pasaba los escalones sin darme cuenta y logré entrar primero que ella, porque después de que ella entra cierra la puerta y no deja entrar a nadie más. La profesora apareció unos segundos después con esos ojos maquiavélicos, como si quisiera matarnos; ella era una señora ya de edad, cerca de los sesenta años y no la iba bien con quien llegara tarde.

La profesora comenzó a llamar a lista y todos temblamos:

—Wilson...

—Presente, profesora.

—Julián...

—Presente.

—Julio...

Y fue llamando uno a uno hasta que llegó a mí:

—Estiven...

—Presente, profesora Yolanda —y respiré profundo.

—¡Dios mío!, ¡por fin me llamó! —me dije.

Estaba que me moría del susto porque creí que se había dado cuenta de que yo acababa de llegar y como ya me había advertido que si otra vez llegaba tarde a clase llamaba a mi mamá para avisarle. Mi mamá trabaja todo el día y no podía pedir permiso entonces me iba a meter en serios problemas.

—¡Atención niños! —dijo la profesora—, el día tres de abril iremos al zoológico. Deben traer tres mil quinientos pesos para el pasaje. Ese día no pueden traer radios ni videojuegos ¿bueno?, ya saben... bien presentados y quien llegue tarde no puede asistir. ¡Quedan advertidos y no olviden hacer firmar el permiso por sus papás!

Esa misma tarde al salir del colegio le dije a Wilson, mi mejor amigo, que me avisara si en la casa lo dejaban ir. Al llegar a la casa me encontré con mi mamá y le conté sobre la salida, ella me preguntó qué requisitos exigía el colegio para asistir. Yo le respondí que la plata era para el pasaje y el refrigerio porque la profesora dijo que en ese sitio la comida era muy cara. Mi mamá me firmó el permiso para ir y yo estaba muy contento. En ese instante sonó el teléfono y yo contesté; efectivamente era Wilson, como me imaginaba. Me informó que sus papás lo habían dejado ir, se le escuchaba muy feliz. Yo le conté que mi mamá también me había dejado ir, entonces quedamos de vernos al siguiente día.

Me despedí de mi mamá y me acosté a dormir muy tranquilo. Amaneció. Salí al parque a jugar con Wilson y regresé a la casa muy temprano; vi una película y me quedé dormido. Soñé que un niño se volvía oso y el oso se convertía en niño. Desperté y el día se me pasó muy rápido.

La siguiente noche tuve el mismo sueño, sino que esta vez fue más real: era un oso que hablaba con el niño y el niño desaparecía, solamente quedaba el oso, entonces el animal sacaba una luz muy brillante y fuerte de donde salía el mismo niño y lo raro es que se parecía a mí.

Bueno, por fin pasó ese fin de semana y llegó el tan esperado momento. Todos estábamos listos y ansiosos por visitar ese lugar. Llegamos al zoológico, empezamos viendo un gorila, después un venado y luego un gran oso, que, por cierto, apareció detrás de mí. Wilson me estaba mirando muy asombrado, yo le dije: —¿qué te pasa? —Él, muy asustado, me respondió:

—Hay un oso, un oso panda, tiene unos ojos como de querer decir algo, es muy grande y ¡tiene colmillitos!, mejor dicho...

—¿Y tú por qué sabes que tiene dientes grandes? —le pregunté.

—Pues, porque tiene la boca abierta y está detrás de ti. ¡Llamen a alguien por favor! ¡Llamen a seguridad! —gritó.

En cuestión de segundos el oso se movió y se me lanzó, yo le puse el brazo y me alcanzó a rasguñar, en ese momento los guardias le dispararon dardos tranquilizantes al animal y alcanzaron a salvarme. No sé qué hubiera sido de mí. Me pusieron un calmante para el dolor pero la sangre me corría por todo el cuerpo, inmediatamente me llevaron al hospital. Los doctores, quienes habían sido informados de

mi accidente, corrieron a atenderme inmediatamente pero con gran sorpresa me encontraron bien a pesar del rasguño, ellos creían que era una broma.

Mi mamá, al enterarse, corrió al hospital y afortunadamente ya me habían dado de alta. Mi mamá me abrazó y me dio un beso, me preguntó si estaba bien.

—¿No te duele nada hijo? —me decía llorando. Yo la calmé diciéndole:

—¡No llores mami que yo estoy bien!, mejor vámonos para la casa a descansar.

Esa noche dormí plácidamente aunque se repitieron los sueños, al final un oso se me apareció y me dijo que me iba a asombrar por algo que me iba a pasar.

Al día siguiente desperté muy temprano como si nada me hubiera ocurrido; me sentía muy tranquilo. Como siempre mi mamá me llamó y me dijo que me vistiera rápido porque se estaba haciendo tarde. Efectivamente, miré al reloj y me di cuenta de la hora, entonces me levanté y, al quitarme la pijama, alcé los brazos y observé que de ellos salía una luz muy brillante y fuerte y al mismo tiempo una extraña voz que decía:

—¡Desde hoy estaré acompañándote para siempre!

Estaba tan confundido que no sabía si lo había soñado o estaba despierto pero la voz de mi mamá me volvió en mí:

—Hijo, ¿qué te pasa?

—¡Nada mamá!

Quería contarle todo lo que me había ocurrido pero no era capaz. Sabía que no me iba a creer.

—¡Otra vez se hizo tarde hijo!

—Sí mamá, ya me levanto.

—Me voy a trabajar, no se te olvide desayunar.

Al estar vistiéndome alcé las manos y luego las bajé, en ese mismo instante se apareció el oso que me había rasguñado y volvió a desaparecer. Nuevamente realicé los mismos movimientos y volvió el oso, yo no lo podía creer. Entonces supe que yo era el gran oso.

¡Tenía un oso dentro de mí! En ese momento el bus de la ruta estaba en la puerta de mi casa, pero, como siempre, se me hizo tarde y en esta ocasión no me esperó.

—¿Y ahora qué hago?, bueno, mejor salgo a correr porque hoy también voy a llegar tarde.

Entonces me fui corriendo detrás del bus para tratar de alcanzarlo, nunca había corrido tanto, estaba sorprendido al ver que llegué al colegio primero que el bus. Me estaba dando cuenta de algunos poderes que había adquirido desde aquel rasguño.

Wilson, al verme llegar, me preguntó sobre lo que me había pasado en el zoológico, pero yo no fui capaz de contarle la verdad en ese momento. Pero necesitaba hablar con alguien de lo sucedido así que lo invité a un lugar discreto, la enfermería; allí le conté mi gran secreto, él estaba muy asustado pero lo tranquilicé diciéndole que estos poderes los utilizaría únicamente para hacer el bien a los demás.

Ahora creo que tener poderes especiales y un animal por dentro no es tan malo, siempre y cuando se haga buen uso de esos poderes.



Dibujo: Jaidier Cabezas 11 años

Yo, un ángel



SEGUNDO PUESTO

Autora:

María Paula

Gómez Correa

Colegio:

Hijas de Cristo

Rey

Curso: 7°

Edad: 14 años

Mi nombre es Ana Cristina y quiero contarles mi historia.

Hace un año emprendí un viaje a un lugar al que muchos temen eternamente o esperan con desesperación.

Ahí me encontraba yo, enfrente de dos grandes puertas doradas por donde pasaban muchísimas personas; eran tantas que me empujaban para entrar.

Y dentro me encontraba en una ciudad enorme. Enfrente mío había una ancha y larga avenida, rodeada por altos y resplandecientes edificios y casas antiguas. A mi derecha estaba el parque más hermoso que había visto en toda mi vida, en su entrada había un gran letrero que decía: “El Cielo”

En el momento en que yo estaba admirando el parque, llegó Rebeca, una joven como yo, que me pidió que fuera con ella, a lo que yo no me negué puesto que no sabía dónde estaba ni conocía a nadie. Entonces tomamos un taxi pero no uno común y corriente, este taxi era una nube y al andar

iba dejando un delgado arco iris ¿pueden creerlo? Llegamos a una casa donde había muchos niños jugando en diferentes habitaciones y un corredor muy extenso lleno de puertas. Una de esas puertas tenía un letrero con mi nombre. Entonces Rebeca me explicó que siempre todos tenemos un lugar propio en esa ciudad.

Durante toda esa noche hablamos de nuestras familias, lo que nos gustaba y lo que no. Yo le conté que tenía un hermano, Samuel, al que llamaba Sammy, dos padres maravillosos, una familia muy grande y un gato. Pero en todo lo que hablamos nunca mencionó algo sobre la ciudad en que nos encontrábamos.

Al otro día me pidió que la acompañara a un lugar que según ella me iba a encantar. Y así fue. Era un colegio, se llamaba CAD (Colegio para Ángeles en Desarrollo). El salón quedaba en el segundo piso de una casa blanca muy grande y la maestra era la señorita Cielo. Como yo era nueva Rebeca me presentó ante todos mis compañeros y empecé a estudiar, a estudiar para ser un ángel. El propósito en este colegio era aprender las diferentes misiones de los ángeles y, al final del año, ser, por tres meses, el ángel de la guarda de un niño para poner en práctica lo aprendido y así poder conseguir las alas, que eran una clase de certificado para poder ir a una universidad.

En los nueve meses siguientes entendí lo que de ahora en adelante sería, pero, lo más importante, se acercaba la gran prueba.

Parecía un día como todos los demás, sólo que ese día nos llevarían al departamento de distribución que estaba en el centro de la ciudad. La señorita Cielo nos llevaba detrás de ella en una fila, para entrar en un corredor lleno de puertas. Al lado de mi grupo había tres grupos más que llenaban todo

el corredor. En cada una de las puertas había una foto del niño que nos quedaría asignado por los tres meses siguientes. Yo estaba de penúltima en la fila, entonces podía mirar todas las fotografías. Todos parecían ser muy traviosos y tener la edad de mi hermanito Sammy. Cuando estaba mirando la quinta foto vi que la cuarta era la de mi hermano, como sabía que el que quedara en frente de esa puerta sería su ángel me agaché y empecé a gatear entre las piernas de mis compañeros, como eran tantos sólo sabía que tenía que gatear derecho hasta que llegara a su puerta. Cuando la encontré me puse de pie y me di cuenta que toda mi bata, que antes era de color blanco, estaba llena de manchas negras y además tenía un chicle pegado. En ese momento sonaron unas campanas, las puertas se abrieron y nos dieron la orden de entrar. Entonces me encontré en un lugar en el que nunca antes había estado. Ya no sólo era un ángel sucio, era un ángel perdido y en su primer día de práctica.

Había llegado a una habitación de color azul y llena de juguetes, en la cama no había nadie pero en el baño estaba prendida la luz. Del baño salió Sammy, se acostó en la cama y empezó a rezar. Unos minutos después apareció otra puerta en la habitación, en ella estaba escrito mi nombre y tenía una nota pegada que decía lo que de ahora en adelante debía hacer: “Éste será tu cuarto por tres meses. Tienes que ir con él a todas partes y asegurarte de que esté bien. No olvides que nadie más que tú puede ver este cuarto, y, por favor, pon en práctica lo aprendido”. Entré a la habitación, puse el despertador, que estaba pegado a mi mesa de noche, a las seis de la mañana y me acosté.

Al otro día, cuando desperté, me di cuenta que me había quedado dormida, no sé por qué razón el despertador no funcionó. Eran las nueve de la mañana y Sammy ya estaba en

su colegio. Tuve que salir corriendo para poder llegar lo más rápido al colegio. Cuando llegué me di cuenta que, además de que nadie podía verme, podía atravesar paredes. Estaba toda despeinada.

Al entrar en el salón me di cuenta de que Sammy estaba llorando y sentado solo en una esquina. No entendía qué podría haber pasado y no podía perdonarme el hecho de no haber estado ahí para ayudarlo, nada podría haber sido peor.

Durante todo el día estuvo muy deprimido y vi que la profesora le entregó una nota para mis padres. Cuando llegó a casa, mamá lo estaba esperando, él le mostró la nota casi llorando y subió corriendo a su cuarto. Yo aún no entendía qué pasaba, así que bajé a ver que decía la nota. Estaba encima de la mesa y decía: “Apreciada Sara: me gustaría hablar con usted debido al comportamiento de Samuel, ya que el día de hoy fue encontrado enfrente de unos cuadernos rotos de sus compañeros y al preguntarle que si lo había hecho, aceptó que había sido él. La espero mañana a las diez de la mañana con su hijo”.

Era imposible que Sammy hubiera hecho eso, él siempre había sido muy dulce y era incapaz de hacer tal cosa, algo tenía que haber pasado pero yo no había estado ahí.

Esa noche lo escuché hablándome. Él me preguntaba por qué lo había abandonado y dejado solo. Yo quería consolarlo y decirle que aquí estaba para cuidarlo; entonces se me ocurrió algo. En mis clases aprendí que los ángeles pueden hablar en los sueños con las personas y ¿yo por qué no podría hacerlo?, entonces, esa noche entré en su sueño y le expliqué que yo siempre lo estaría acompañando y cuidando desde muy cerca sin importar lo que pasara.

Al día siguiente mamá fue a hablar con la profesora mientras yo trataba de investigar que había ocurrido realmente. Cuando Sammy estaba en la clase de matemáticas decidió ir al baño, claro que yo no podía entrar con él, entonces me quedé afuera, no creo que sea algo muy normal que la hermana mayor vea a su hermanito entrar al baño.

Esperé diez minutos afuera hasta que me pareció que ya había tardado mucho. Cuando entré al baño había dos niños mayores que él, y de otro grado, que lo estaban regañando, le decían que no podía decir la verdad o que le iban a pegar. Sammy estaba muy asustado y lloraba, yo, por mi parte, no podía soportar eso y aunque la ley fundamental de los ángeles es no interferir, yo no podía dejar que le hicieran eso. En ese momento uno de los niños se acercó para golpearlo entonces yo apreté el dispensador de jabón y el niño se resbaló antes de poder golpearlo. Yo sabía que por eso me iba a ganar un cero, pero, en realidad, valió la pena, claro que no fue suficiente, el otro niño intentó empujarlo, yo abrí el lavamanos hasta el máximo, puse mi mano para hacer que le cayera agua en la cara y, como no podía ver, resbaló también en el jabón y cayó al lado de su amigo. Sammy salió corriendo del baño.

Yo no podía creer lo que había acabado de hacer pero seguro me entenderían las razones que tenía, además, la función de un ángel es proteger. Ahora lo que me importaba era buscar la forma de hacer que se dieran cuenta de que Sammy no era el culpable.

En los días siguientes logré levantarme a la hora que era. Sammy fue castigado, se quedaría sin recreo por dos semanas, así que yo empecé a planear cómo demostrar quien era el culpable realmente. Después de mucho pensar tenía un plan casi perfecto; parecía no tener ningún error; sólo era cuestión de días para que se supiera la verdad.

Por esos días estaba programada una campaña de vacunación en el colegio y formaron a todos los cursos en el patio para vacunarlos. Cuando la profesora preguntó quién quería ser vacunado de primero, estos niños levantaron sus manos gracias a mí, como nadie me podía ver me paré detrás, tomé sus manos y las levanté por ellos.

Después de hacerles muchas bromas dejaron de molestar a mi hermanito pero él seguía castigado y yo, como su ángel de la guarda y hermana, no podía permitirlo. Para que mi plan estuviera completo tenía que hablar con Sammy y la única forma de hacerlo era en un sueño, tenía que lograr que cuando él se despertara me creyera y me ayudara.

Esa noche él se acostó a las ocho, como de costumbre. Cuando vi que estaba completamente dormido entre en su sueño. Estábamos en una habitación de color almendra con muchos cojines. Cuando él me vio corrió a abrazarme y me dijo llorando:

—¿Por qué me abandonaste? No me dejes de nuevo, llévame contigo.

Yo trataba de contener mis lágrimas y de alguna forma hacerle entender que así era la vida, y que ahora él tenía que hacerse cargo de mis papás, ser obediente, ayudarlos y quererlos muchísimo ahora que yo no estaba. Se me desbordaba el alma al oírlo decir esas cosas. Pero lo que realmente importaba en ese momento era el plan. Lo que él tenía que hacer era contar toda la verdad a la profesora y a mis papás y del resto me encargaba yo.

Cuando salí del sueño tuve que llamar a Rebeca por el *angeliteléfono* que estaba en mi habitación. Ella iba a ser parte fundamental de mi plan.

Al día siguiente me levanté más temprano para asegurarme de que Sammy les contara la verdad a mis padres. Él tomó un

baño y bajó a desayunar. En la mesa les contó todo lo que había pasado.

En la clase de inglés, en los últimos minutos, él se fue al baño y cuando salió ya todo el mundo había salido a recreo pero tenía que volver a buscar su comida. Cuando entró al salón estaban ahí esos dos niños dañando los cuadernos y lanzándolos al piso.

Los niños, para que nadie supiera que ellos eran los culpables, le dijeron que si decía algo le iban a pegar y Sammy, por miedo, aceptó quedarse callado. Luego, uno de los niños corrió a llamar a la profesora.

Mis padres le creyeron y le dijeron que al día siguiente irían a hablar con la profesora; pero mañana ya sería demasiado tarde.

Cuando Sammy salió a recreo era hora de hacer efectivo nuestro plan, él tenía que ir a buscar a su profesora y contarle toda la verdad mientras yo me encargaría de arreglar los últimos detalles. Diez minutos después Sammy llegó al sitio acordado y se sentó en una silla, en ese momento llegaron los niños, se veía por la ventana que se dirigían al salón pero, lo que ellos no sabían era que descubrirían una de las muchas sorpresas que teníamos preparadas.

En la parte de abajo de la puerta puse un vidrio, pero no un vidrio normal, era un vidrio de ángeles que nadie más que nosotros podía ver. Cuando iban a poner su pie en el salón tropezaron y cayeron sobre un pequeño charco de pegante (y al decir pequeño, me refiero a que era muy grande). Yo no podía dejar de reírme, pero todo tendría que salir a la perfección para que el plan funcionara.

El siguiente paso eran los papeles de colores. Cuando se pudieron parar estaban llenos de pegante y, pues, encima de ellos había una tela enrollada llena de papeles. Cuando

ellos dieran cuatro pasos más estarían jalando un nylon, que soltaría el nudo de la tela y dejaría caer todos los papeles encima de ellos y, efectivamente, así fue. El segundo paso también había salido perfecto, pero lo mejor eran sus caras de terror al ver lo que les estaba pasando.

Ya sólo faltaban dos y el último era el más importante. Al lado del salón había cuatro grandes ventanas, y en cada una de ellas había un niño con unas bombas llenas de harina y agua y muy preparados para cuando ellos estuvieran cerca de mi hermanito lanzar las bombas. Desde afuera se oyó la cuenta regresiva para lanzarlas.

—Tres, dos, uno...

Fue casi como un relámpago cuando las bombas estallaron en ellos. Ya no sólo estaban llenos de pegante, tenía papeles pegados, mojados y con grumos de harina.

Cada vez era más emocionante ver cómo todo salía perfectamente, pero lo mejor estaba por venir y yo era la que iba a interferir en ese momento, con la ayuda de mi amiga Rebeca y Sammy. El niño asignado de Rebeca era uno de los amigos de Sammy, entonces ella, en el sueño, la noche anterior, le pidió que antes de terminar el recreo llamara a su profesora para que fuera al salón y así darse cuenta de lo que realmente había pasado. Yo, por mí parte, me encargaría de que, cuando la profesora llegara, los niños confesaran la verdad.

Sammy tendría que untarse de pegante, ponerse papeles, mojarse y echarse harina por todo el cuerpo para que la excusa fuera creíble. Y en el último instante, y después de pasar por unas nada agradables trampas, los niños con más rabia se acercaban a mi hermanito para cumplir con su amenaza. Pero entonces aparecí yo, los tomé de las manos y con una cuerda de ángeles los amarré y los puse encima de una mesa.

Eso fue lo mejor, estaban histéricos y no se podían mover, en ese instante entró la profesora y oyó a los niños decir:

—Samuel nos delataste y habías prometido que no lo harías.

Sólo bastó con que dijeran eso y ya la profesora y todo el mundo, que estaba ahí, supo la verdad de lo que había pasado. Cuando la profesora preguntó qué había sucedido, Sammy le dijo que ellos le habían puesto una trampa pero que él se había dado cuenta. Unas horas después llegaron mis padres para hablar con la profesora y los padres de los otros niños y, por, fin aclarar las cosas.

A Sammy le quitaron el castigo, a los niños los dejaron sin recreo dos semanas y tuvieron que ayudar a Sammy en todo lo que necesitara sin poder decir nada.

Y yo recibí mis alitas, pero antes de graduarme tuve que volver y, como nada raro, infringir una de las leyes de los ángeles. Bajé del cielo para hacer la última cosa, dejarles una carta a mis padres y hablar con Sammy en sus sueños.

A Sammy le dije que nunca lo dejaría solo, que yo siempre sería su ángel de la guarda y que tenía que cuidar a papá y a mamá por mí ahora que ya no estaba.

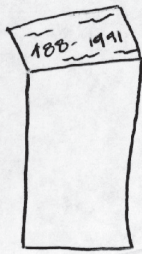
Y la carta a mis padres decía:

Queridos papá y mamá: la vida no muchas veces parece justa pero todo tiene una razón de ser, sólo hay que buscarla en el fondo de nuestro corazón. Cuando todo parezca oscuro luchan por ella, que nunca acaba porque yo aún estoy viviendo...

Los ama

Su hija Ana Cristina.

Ah... por favor, créanme, no todos los ángeles de la guarda son como yo y aquí hay un lugar para ustedes.



ESTOY COPERANDO AQUEL HOMBRE
LA QUE ME ESPIONA QUE SOLO VE
LA PUNTA Y QUE ESA MUJER TAN HERMOSA
Y SUAVE. EN AQUEL MOMENTO TODAS LAS
COSAS ROJAS FUE VER ALGUN DIA

La mujer de la rosa roja



TERCER PUESTO

Autor:

César A. Vega
Fernández

Colegio:

Institución
Educativa

Departamental
Santiago Pérez

Curso: 7º

Edad: 13 años

Hace tiempo en un cementerio frío y desolado una mujer de vestido negro, de hermosa cabellera que resplandecía con los rayos tenues de la luna y con las manos ajadas por los años; dejando una rosa roja en una de las tumbas, desapareció. Días después un periodista que vivía en los alrededores del cementerio hacía un documental acerca de las tumbas y mientras tomaba fotos y fotos... apareció la mujer, dejando una rosa roja como la sangre y, después, desapareció. El periodista estaba atónito por esta aparición y comenzó a ir todos los días esperando verla.

Varios meses después el periodista continuó asistiendo al cementerio para encontrar a la mujer, a él se le ocurrió la idea de escribir un reportaje sobre aquella misteriosa dama. Toda la gente leyó el reportaje y comenzaron a ir al cementerio a ver si la encontraban, también un vendedor de rosas aprovechó la aglomeración para hacer su negocio en ese lugar. Toda clase de gente se reunía: altos, bajos, pobres

y ricos esperando verla, unos para pedirle favores, otros creían que era de otro mundo y sólo venía a traer rosas a la tumba y para otros eso no importaba, les preocupaba más verla y saber que estuvieron ahí para contarles a los amigos cómo era ella. Al pasar los días más y más gente se reunía para verla, ya no cabía nadie más en el cementerio, sólo le daban paso a la mujer.

El vendedor se hizo una fortuna y todo iba bien hasta que un día, por error, se le cayó uno de los billetes que tenía en la mano, uno de los clientes que estaba en ese lugar se agachó a recogerlo y, al hacerlo, se dio cuenta de que había algo debajo de la mesa del vendedor, miraron y se encontraron con un vestido negro, una peluca y un par de guantes de piel ajada. El periodista se acercó a preguntarle al vendedor por qué poseía las cosas de la mujer y, de un momento a otro, él huyó de aquel lugar. Al vendedor no se le volvió a ver pero la policía lo sigue buscando por estafa.

CATEGORÍA INFANTIL
Cuentos preseleccionados



Dibujo: Cristian Trujillo, 16 años.

El arpa y su cuerda dorada



Autora:

Karen Lorena

Jiménez

Colegio:

Institución

Educativa

Distrital Manuel
del Socorro

Rodríguez

Curso: 7º

Edad: 12 años

Una bruja muy mala embrujó a una princesa muy bella; la transformó en una mujer fea.

Un príncipe se había enamorado de ella, primero porque era muy hermosa y segundo por su voz frágil y porque su corazón era muy bueno.

Siempre utilizaba un vestido largo rosado o azul clarito. Ella se llamaba Manantial.

Todos los días se iba con uno de sus dos vestidos a recoger manzanas o a pasear por el bosque. Las fieras no le hacían daño alguno. Ella se sentía muy sola, pero sucedió que un día se escapó de la casa de la bruja, se llevó sus dos vestidos, sus dos pares de zapatos, sus dos pares de guantes, las pocas joyas que encontró (la bruja le había quitado algunas) y su hermosa arpa de oro puro.

Caminó, caminó, caminó y caminó por el bosque hasta que se cansó y se sentó bajo la sombra de un árbol muy grueso y muy grande; de repente escuchó una voz, una voz muy delicada que cantaba y cantaba, Manantial se quedó en silencio, después de un tiempo aquella voz dejó de cantar,

Manantial se dio cuenta de que era un hermoso pájaro de muchos colores brillantes, la princesa dijo:

—¿Tú puedes hablar hermoso pajarito?

—Sí, pero un humano no puede entender mi idioma. ¿Cómo es que tú me entiendes jovencita?

—No lo sé.

—Cuéntame toda tu historia y dime tu nombre —dijo el pajarito.

—Me llamo Manantial. Un día iba paseando y vi una bruja la cual me convirtió en una joven muy fea... todos decían que yo era muy hermosa.

El pajarito tomó la palabra.

—¿Tú eres una princesa?

—¡Sí!

—Mira jovencita, tú tienes un arpa de oro puro, tu nombre es Manantial. Esta noche te metes en ese manantial y cantas con tu arpa. Atraerás al príncipe.

—No puedo, no me reconocerá —dijo, interrumpiendo al pajarito.

—Sí te reconocerá —replicó el pájaro.

—¿Cómo me reconocerá? —preguntó ella.

—Te pones tu vestido azul clarito, te metes en el manantial y cantas con tu hermosa voz que la bruja no te pudo cambiar. La bruja odia el sonido del arpa con una voz hermosa como la tuya —dijo el pajarito.

—La bruja me encontrará pronto.

—No si estás siempre en ese lugar —dijo el pájaro.

Llegó la noche y Manantial hizo todo lo que había dicho el pajarito, luego llegó el príncipe, el cual fue atrapado por el arpa y la dulce voz de la princesa. Mientras tanto, la bruja se iba desapareciendo, cada noche desaparecía un poco su

horrible cuerpo de bruja arrugada. Ya habían pasado catorce noches y la princesa se seguía viendo con su amado.

Transcurridos los catorce días a la bruja sólo le quedaba la cabeza, que flotaba en el aire. A la siguiente noche Manantial hizo lo mismo que los días anteriores, el príncipe llegó como siempre, ella siguió cantando y cada vez más fuerte, la bruja escuchó tan fuerte ese canto que dio un tremendo grito en el que dijo:

—¡El hechizo se ha acabado y me estoy desapareciendo...!
—y, al decir esto, desapareció por completo.

La princesa Manantial cayó en un profundo sueño, el príncipe la contemplaba. De repente llegó el pajarito de brillantes colores y dijo:

—Príncipe, hoy la hermosa princesa cumple quince años y son quince las cuerdas del arpa de oro puro, pero el arpa tiene tan sólo catorce de color plateado. Hace falta la última de color dorado. Tienes que ir a buscarla y si no la encuentras dentro de quince días la princesa Manantial nunca despertará.

La princesa había recuperado su hermosura.

El pajarito agregó:

—Si no encuentras la cuerda mátame y saca de mi estómago una cuerda dorada y se la pones al arpa de Manantial.

El príncipe no encontraba nada, buscaba, buscaba y buscaba, por más que buscaba no encontraba nada. Se acordó del pájaro. Cuando encontró al animal le contó sus aventuras.

—¡Mátame ahora! —dijo el pájaro—, cuando saques la cuerda y se la hayas puesto al arpa déjame cerca de Manantial.

El príncipe realizó todo cuanto le había dicho el animal y lo dejó al lado de Manantial. El príncipe esperaba, esperaba y esperaba, cuando fueron las doce de la noche Manantial despertó y, al ver al pájaro de brillantes colores muerto a su lado, soltó un llanto triste que ni el mismo príncipe pudo consolarla. Manantial se sintió tan sola, con una tristeza que ella nunca había sentido en su vida.

Manantial se casó con el príncipe pero no comía, no hablaba. Un día, cuando Manantial cogió su arpa y se puso a cantar (tocaba tan sólo la cuerda dorada que le dio el pajarito), el príncipe observó que la alita del animal se movió, y luego comenzó a cantar aquella melodía que Manantial escuchó el día en que escapó de la casa de la bruja. Manantial sonrió por primera vez.

El pececito multicolor



Autora:
Sara Lucía
Calixto Ramírez
Colegio:
Santo Ángel
Curso: 5º
Edad: 10 años

Érase una vez un pececito que vivía en el Salto del Tequendama. Éste no era un pez cualquiera pues se caracterizaba por sus múltiples escamas de colores; entre ellos: azul, verde, naranja, amarillo y morado, que le daban unos visos espectaculares. Cuando

los rayos del sol se filtraban en el agua se mezclaban y formaban el arco iris.

A este pez le encantaba visitar los hogares existentes en las algas del estanque del Salto del Tequendama. Los días en esta región eran muy calurosos, ya que en el atardecer el sol iluminaba al pequeño pez y éste soltaba sus colores que inundaban la región.

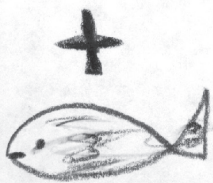
Un día, se encontró una abeja agonizante que le dijo:

— ¡Pequeño pez! vengo a avisarte que este territorio va a ser habitado por seres destructores, insensibles e inconscientes. ¡Vete al mar! Allí encontrarás una nueva vida con pececitos multicolores como tú. ¡No te dejes morir!

Así fue. Los humanos tomaron ese territorio, lo destruyeron contaminando sus aguas, ahogando el bosque



aunque se muere el
 pez padre, deja la
 buena semilla, sus
 hijos para formar
 el arco iris



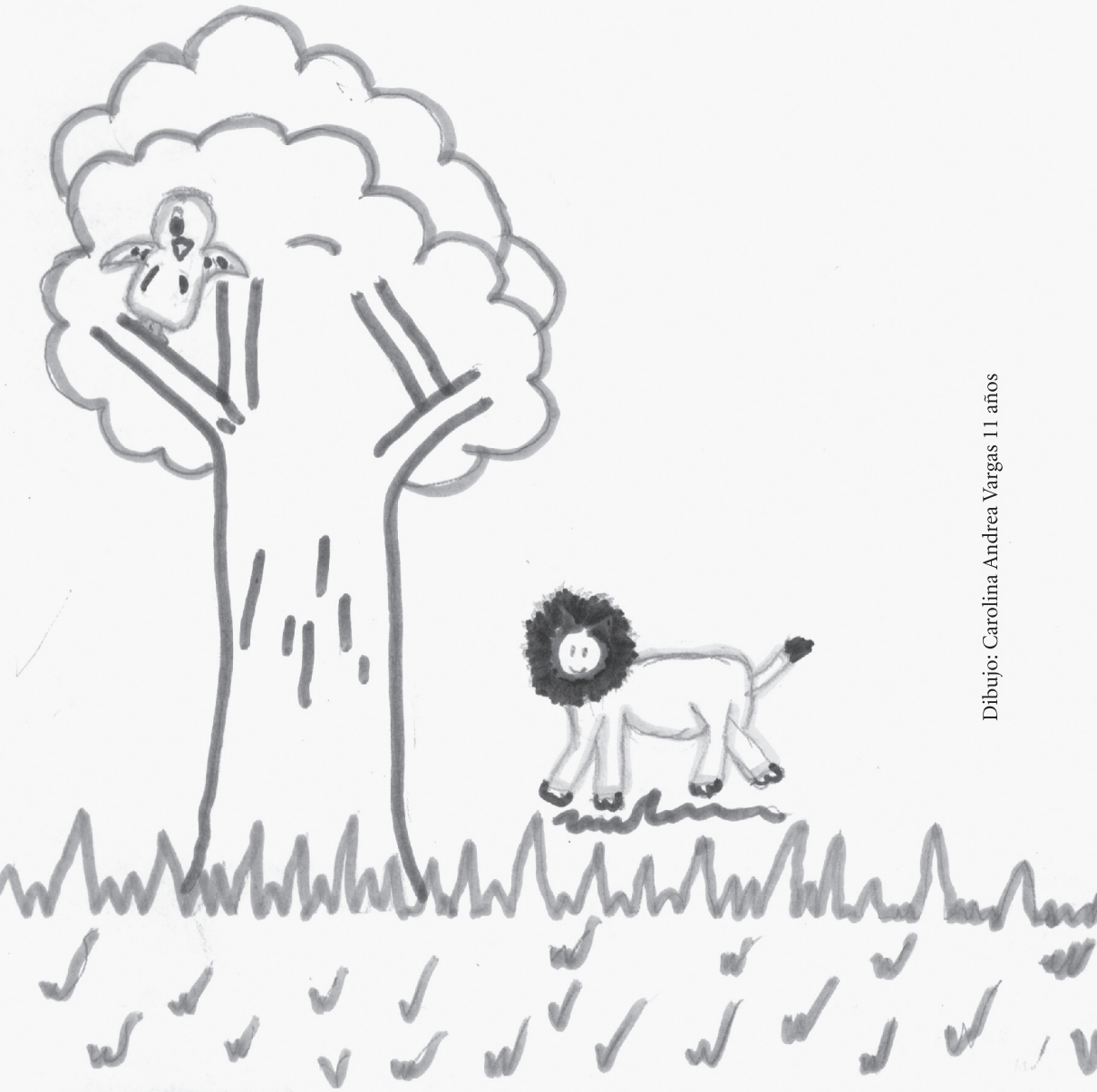
No continemos más
 pues el hombre estamos
 siendo destrucción!!

con desechos tóxicos y esto hizo que el pequeño pez emprendiera su huida por el río hacia el mar. De camino pasó por la región del Magdalena y allí conoció a una pececita hermosa y coquetona que conquistó su corazón. Los dos decidieron casarse en un pozo cristalino cerca del Puente Pumarejo.

El vestido de ella era largo y hermoso, el novio iba vestido de esmoquin, con una ostra púrpura en el pecho; los padrinos de *frac*, muy elegantes, acompañados por el sacerdote que era un gran tiburón vestido de sedas finas. Los cajones de las argollas fueron obsequiados por una ostra que cedió sus dos perlas. Cuando la ceremonia terminó, una manta raya negra los llevó a un coral elegante donde se llevó a cabo un gran banquete en el cual sirvieron ceviche y champaña.

Años después el pececito murió a causa de una intoxicación en el Salto del Tequendama, después ella murió de tristeza, pero antes dejaron muchos hijos que cuando el sol los ilumina forman el arco iris sobre el mar.

La lechuza tuerta



Dibujo: Carolina Andrea Vargas 11 años

La lechuza tuerta



Autora:

Paola Ximena
Franco Tabares

Colegio:

Institución
Educativa
Floridablanca

Curso: 5º

Edad: 11 años

Acababa de pasar el invierno y en el bosque los animales comenzaban a salir de sus cuevas, otros jugaban y los más adultos comenzaban a buscar la comida para todos después de un largo periodo sin poder salir de sus escondites y, algunos, sin comer varios días.

Al transcurrir el día todo el bosque se fue llenando de luz y de alegría por la llegada de la primavera que traía consigo toda la belleza de aquel lugar, que se había llenado de nieve y frío. Ahora se empezaba a sentir calor y alegría.

Tintín, un joven mico, jugaba saltando de rama en rama de aquellos palos sin hojas que dejó el duro invierno y dando unos tremendos gritos despertó a los que aún dormían.

No lejos de allí, Maira, la mamá osa, se preparaba para salir a buscar el desayuno mientras sus pequeños, que ya habían desayunado gracias a ella, corrían animados dentro del escondite que los protegió de la nieve y el intenso frío.

Jonás, el viejo león, había salido a un claro que ya estaba desprovisto de nieve, allí se reuniría con los demás animales para contarles sus hazañas que casi siempre exageraba, posiblemente por su edad o también porque pretendía que los otros lo admiraran, lo respetaran o, simplemente, vieran en él un ejemplo.

Al atardecer, y después de un agitado día en busca de comida para calmar el hambre de una dieta obligada, se reunieron todos cerca del laguito y conversaron de lo largo y duro que había sido el invierno que acababa de pasar. Estaban en esto cuando un ruidito poco común los sacó de sus lamentos, todos los allí presentes pusieron toda su atención, escucharon unos pasos lentos, cansados, que anunciaban la presencia de alguien. Todos voltearon a mirar con ansiedad y mucho temor pensando en quién sería.

Pronto lograron verlo, era un personaje extraño con una nariz fea y la cabeza escondida entre un gran plumaje, que, por el periodo de invierno, se hacía más notorio. Este personaje era Chule, una lechucita que había decidido huir de un lugar vecino al bosque. Se aproximó muy despacito con miedo a ellos y les contó con gran tristeza:

—Unos hombres me hirieron el ojo con una piedra lanzada con una cauchera, tan sólo por diversión.

Todos quedaron asombrados al ver la lechuza, ella había perdido el ojo, era una lechuza tuerta. Ella les pidió que la dejaran quedarse allí, todos aceptaron su petición y le permitieron quedarse. Transcurrieron los días normalmente y la lechuza sanó por los cuidados de sus amigos.

Una tarde Chule, que se encontraba arriba de un árbol, comenzó a gritar como loca:

—¡Corran todos! ¡Escóndanse porque vienen los hombres malos!

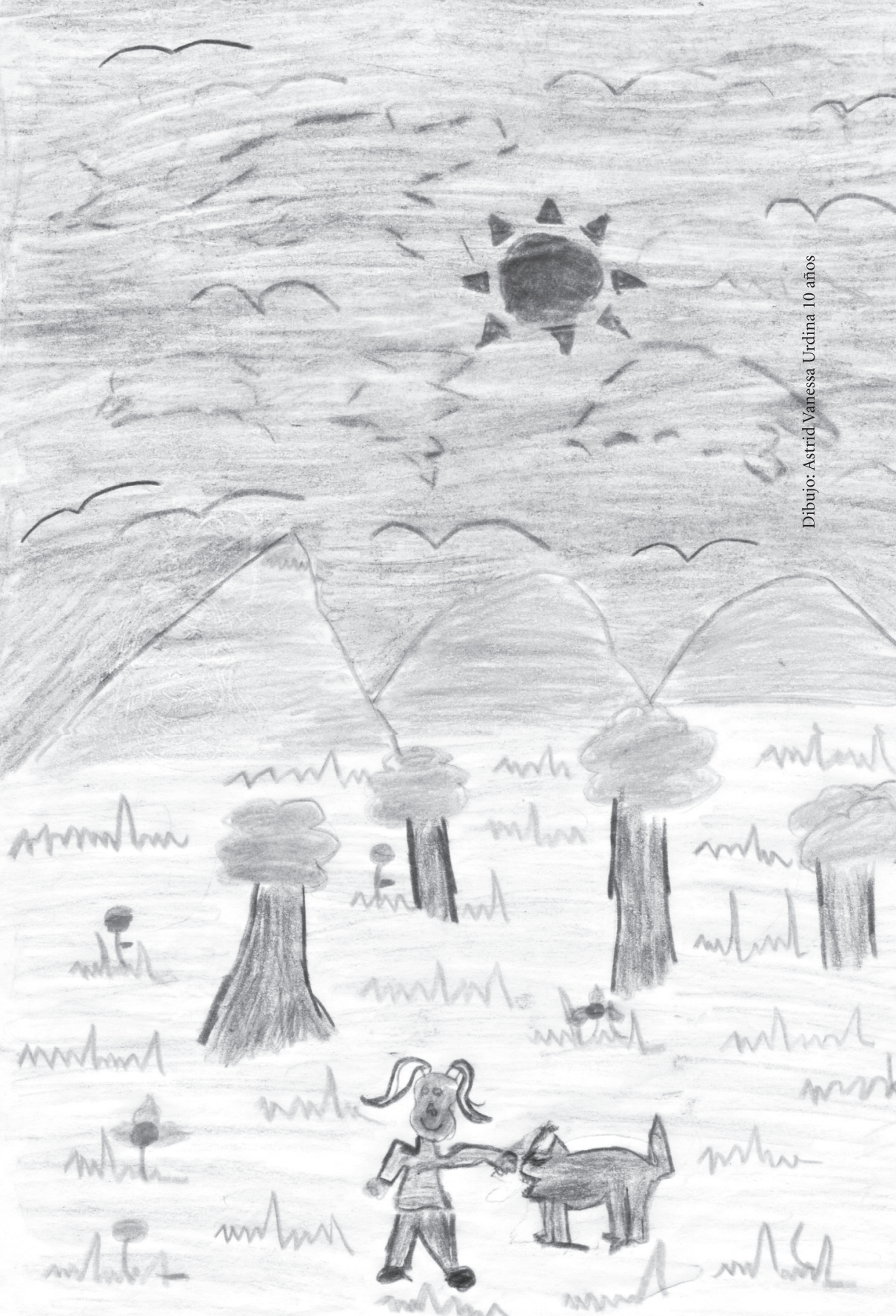
Algunos de los animales corrieron tan rápido como pudieron buscando dónde esconderse, pero, el viejo y tonto león Jonás siguió sentado en su silla gritando a carcajadas:

—¿Quién puede creerle a una lechuza tuerta? Yo, por lo menos, no me voy a dejar asustar por ningún hombre.

Al cabo de un momento se escucharon unas pisadas durísimas y ladridos de perros que ya estaban empezando a rodear a Jonás; éste sintió un miedo espantoso y comenzó a gritar pidiendo auxilio.

La lechuza Chule, silenciosamente, fue reuniendo a todos los animales pues sabía que estos hombres eran muy peligrosos y malos. De pronto salieron todos los animales en una sola estampida y cayeron sobre los invasores logrando que huyeran y, así, salvaron la vida de Jonás.

Todos agradecieron a la lechucita por esta acción, por haberles avisado a tiempo y haber organizado a los animales para salvar a Jonás y, desde ese momento, todos la miraron con respeto, cariño y comprendieron que, a pesar de su defecto, era útil para todos.



Dibujo: Astrid Vanessa Urdina 10 años

La niña y el lobo



Autora:

Lina Marcela

López Beltrán

Colegio:

Nuestra Señora de
la Paz

Curso: 5º

Edad: 10 años

Acababa yo de lavar los trastos de la comida cuando la puerta de alambre se cerró con estrépito y Becky, mi hija de tres años, entró corriendo:

—¡Mami! —gritó—. ¡Ven a ver mi nuevo perrito! Ya le di agua dos veces, tiene mucha sed.

Suspiré. ¡Otro de los perros imaginarios de Becky! A raíz de que nuestro viejo perro murió, nuestro apartado hogar se volvió muy solitario para la niña. Habíamos pensado comprarle un cachorro pero, mientras tanto, ella veía perritos por doquier.

—¡Ven por favor mami! —me rogó con expresión solemne abriendo mucho los oscuros ojos—. Está llorando y no puede andar.

—Muy bien querida —le dije.

Pero mi hija ya había desaparecido cuando me dirigí hacia allá.

—Está junto al tronco del roble. ¡Corre mamá! —me llamó.

Aparté las ramas erizadas de espinas y levanté la mano para protegerme los ojos del sol. Un escalofrío paralizador se apoderó de mí. Allí estaba Becky, en cuclillas, y tenía amorosamente en el regazo la cabeza inconfundible de un lobo. Tras la cabeza se veían las robustas paletas negras, el resto del cuerpo se hallaba oculto dentro del tronco de un roble caído.

—¡Becky! —grité, mientras sentía la boca seca—. ¡No te muevas!

Me acerqué unos pasos. Aquellos ojos amarillentos se entornaron, las negras fauces se pusieron rígidas mostrando colmillos de cinco centímetros. De pronto el lobo tembló y de su garganta brotó un gemido lastimero.

—¡Tranquilo amiguito! —lo animó Becky—, no tengas miedo, es mamita que también te quiere.

Entonces ocurrió lo increíble. Cuando las manecitas acariciaron la gran cabeza peluda oí el leve batir de la cola del lobo dentro del tronco.

¿Qué le pasaba a aquel animal? ¿Por qué no podía levantarse? ¿Acaso tenía rabia? ¿No había dicho Becky que tenía mucha sed? Tenía yo que apartar a la niña de allí.

—¡Hijita! —ordené con la garganta tensa— deja en el suelo la cabeza del animal y ven con mamá, pediremos ayuda.

Becky se levantó, dio un beso a la bestia en pleno hocico y avanzó lentamente hacia mis brazos extendidos. Aquellos tristes ojos amarillentos la siguieron. Luego, la cabeza del lobo cayó en tierra.

Ya con la niña a salvo en brazos corrí a mi auto, estacionado junto a la casa, y lo conduje a los establos, donde uno de los vaqueros estaba ensillando un caballo.

—¡Ven pronto!, Becky encontró un lobo en el tronco del roble, cerca del lecho seco del río. Creo que tiene rabia.

De vuelta, en casa, acosté a mi niña, llorosa, para que tomara su siesta.

—¡Pero yo quiero dar agua a mi perrito! —protestaba.

—Deja que mamita se encargue de él —le pedí.

Momentos después llegué al tronco del roble; allí estaba el vaquero observando al animal.

—No cabe duda, es un lobo de los grandes —el lobo gimió y nos llegó un hedor a gangrena—. ¡Ah! ¡No es rabia! —prosiguió—. El lobo está mal herido... ¿Quiere usted que ponga fin a su dolor?

Tuve la palabra “sí” en la punta de la lengua pero no llegué a pronunciarla, en eso Becky surgió de entre los arbustos:

—¿Va a curarlo mamita? —me preguntó.

Se dejó caer de rodillas y volvió a colocarse en el regazo la cabeza de la bestia, hundió la cara en el áspero pelaje oscuro. Esta vez no fui yo la única que oyó batir la cola.

Aquella tarde mi esposo y nuestro veterinario acudieron a ver al lobo. Al notar la confianza que el animal tenía en nuestra hijita, el veterinario sugirió:

—¿Qué tal si dejás que Becky y yo atendamos a este amigo?

Minutos después de que la niña y él tranquilizaran a la bestia herida, la jeringa hipodérmica entró en acción, los ojos amarillentos se cerraron.

—Ahora está dormido, ayúdenme a moverlo —solicitó el veterinario.

Sacaron del tronco a aquel cuerpo robusto; el animal debía medir más de metro y medio de largo y pesar cerca de cincuenta kilos. Tenía el cuadril y una pata mutilada por las balas. El médico le desprendió la piel podrida, le

sacó unas esquiras de hueso, limpió las heridas y le inyectó penicilina.

Al día siguiente volvió y le insertó una vara metálica para sustituir el hueso destruido.

—Bien... me parece que han adquirido ustedes un lobo —dijo—. No es muy fácil domesticarlos, pero me asombra cómo se ha encariñado con su pequeña.

Becky llamó al lobo Ralph y todos los días le llevaba comida y agua que dejaba junto al tronco. La recuperación de Ralph no fue rápida. Durante los tres meses siguientes arrastró por tierra los paralizados cuartos traseros ayudándose con las patas delanteras. Por la manera que bajaba los párpados cuando dábamos masajes a sus miembros atrofiados sabíamos que padecía grandes dolores. Pero ni una sola vez intentó morder las manos de quienes lo cuidaban. A los cuatro meses exactos, Ralph pudo ponerse en pie sin ayuda. Su enorme cuerpo se estremeció al contraer músculos inactivos hacía tiempo, y lo acariciábamos y le hablábamos con cariño pero era a Becky a quien se volvía en busca de una palabra tierna, un beso, una sonrisa. Correspondía a estas manifestaciones de amor meneando la gran cola tupida.

Al ir recuperando fuerzas, Ralph decidió seguir a Becky por todos lados. Juntos rondaban por los pastos, la niña de cabello dorado se inclinaba frecuentemente para compartir con el gran lobo cojo secretos susurrados sobre las maravillas de la naturaleza. Al caer la noche el lobo se deslizaba como sombra y se refugiaba en su tronco hueco. Mientras rondaba por el rancho Ralph jamás persiguió al ganado, sin embargo, al notar que babeaba al ver suelta mis gallinas mi esposo construyó un gallinero de madera.

Y que formidable guardián era Ralph, perros salvajes pasaron a ser simples recuerdos, allí Ralph era el rey.

El primer día de escuela de Becky fue triste para Ralph. Al partir se negó a volver al patio, se tendió a un lado del camino a esperar. Cuando volvió Becky dio vueltas en torno ella, cojeando; cojeando pero lleno de alegría. Y esta bienvenida se convirtió en diario ritual durante todos los años de escuela de Becky.

Aunque Ralph parecía vivir feliz en el rancho, durante la época de celo desaparecía varias semanas en las montañas dejándonos preocupados por su seguridad, pues era la temporada del apareamiento y otros rancheros emboscaban a los lobos solitarios; pero Ralph corrió con buena suerte.

Año tras año nos preguntábamos cuál sería su pareja y el número de crías que, sin duda, habría engendrado. Supimos que el lobo había vuelto al lado de su compañera para ayudarla a alimentar a las crías. Habríamos querido saber cuánto de la comida de Ralph llevaba él a su familia escondida.

Al llegar cada junio Becky le daba más de comer porque el lobo enflaquecía mucho. En los doce años que Ralph habitó nunca dejó de darle cariño a nuestra hija. Por fin, una primavera volvió a casa con otra herida de bala. Al día siguiente unos vecinos nuestros nos relataron que habían cazado una enorme loba, también le habían dado al compañero pero éste había huido. Mientras le sacaba la bala a Ralph, Becky permaneció sentada con la cabeza del lobo apoyada en su regazo. La herida no era grave pero esta vez Ralph no se recuperó, perdió varios kilos. En busca de la cariñosa compañía de Becky, todo el día permanecía inmóvil en su refugio, pero, al caer la noche, viejo y achacoso

como estaba, desaparecía por las montañas y cada mañana veíamos que se había llevado consigo la comida.

Un día lo encontramos muerto frente al tronco del roble; había cerrado para siempre los ojos amarillentos. Sentí un nudo en la garganta al ver a Becky acariciar aquel cuello de pelaje áspero mientras las lágrimas le escurrían por las mejillas.

—¡Lo extrañaré tanto...! —exclamaba entre sollozos mientras lo cubría con una sábana.

Nos sobresaltó un sonido extraño dentro del tronco, Becky miró al interior, dos minúsculos ojos amarillentos le devolvieron la mirada y en la semioscuridad brillaron unos colmillitos. ¡Claro! era el hijo de Ralph, el cachorro cuya madre había muerto y que él había intentado criar solo.

¿Había indicado un instinto al Ralph agonizante que su cría estaba segura aquí, como lo había estado él, con quienes lo querían? Lágrimas ardientes mojaron la piel del lobato cuando Becky sostuvo el tembloroso bultito en brazos, todavía estaba bien pequeño:

—Ralphie —murmuró— no tengas miedo, aquí está mamá y también ella te quiere.

Entonces me pareció oír un eco lejano, como un leve batir. ¿Sería la cola del lobo?

Más allá de las estrellas



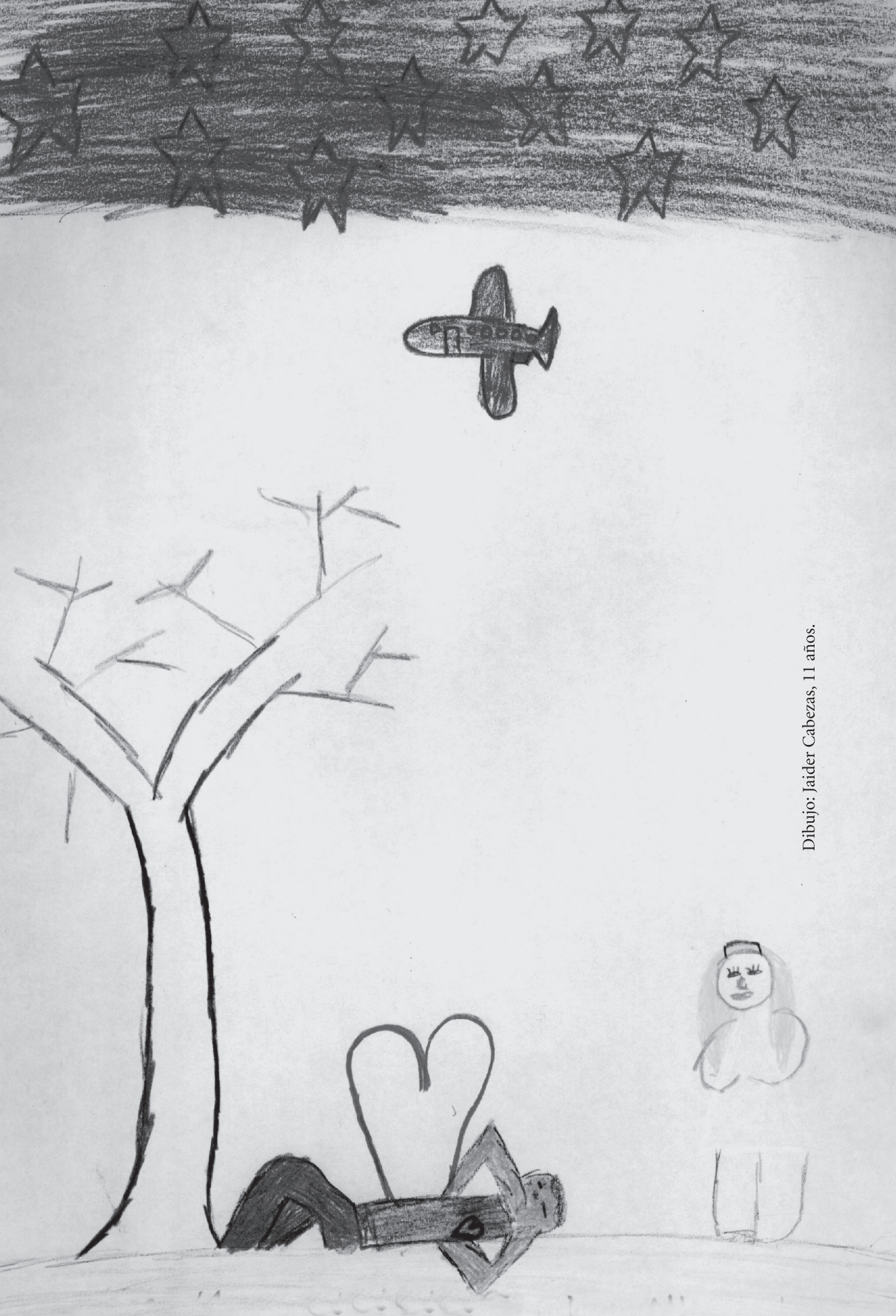
Autor:
Luis Carlos Rojas
Garzón
Colegio:
Institución
Educativa
Distrital
República de
México
Curso: 6º
Edad: 12 años

Veinticinco años atrás existió un hombre llamado Dogson. Él era joven, con un corazón cristalino y puro como el agua, tenía pocos amigos porque a él le gustaba mucho la gente con un corazón noble y puro, casi no salía a jugar porque no le gustaba el ruido, pues, su principal entretenimiento era mirar el cielo. Frecuentemente en las noches se recostaba en el pasto a contemplar

las estrellas con gran aprecio y decía:

—¿Cómo es que algo tan hermoso y resplandeciente no se puede apreciar más de cerca? ¿Qué es lo que debo hacer para lograr estar allá y conocer su forma, su estructura y toda su vida? Éste es mi mayor sueño, pero ¿cómo lo haré realidad si ya lo he pedido de diferentes formas a Papá Noel, a las velitas cuando celebramos mi cumpleaños y hasta he arrojado moneditas en los pozos de los deseos?, no tengo ninguna respuesta.

Cayó en un profundo sueño en el que se le apareció una luz que se le acercaba y le dijo con voz de autoridad:



Dibujo: Jaidier Cabezas, 11 años.

—¡Hijo mío, veo que todas y cada una de las noches te acuestas en tu jardín a mirar y a apreciar mis hermosas estrellas!

Dogson sorprendido le respondió:

—Si tú en realidad eres dueño de cada una de las estrellas te pido que me las dejes conocer más de cerca, éste es mi único sueño y quiero hacerlo realidad pues no he visto nada más lindo y exuberante.

Entonces la luz le presentó una mujer hermosa, de cabellos dorados, ojos cristalinos y azules como el agua de los mares quien reflejaba una gran ternura y amor. Él, al verla, se sorprendió muchísimo, pues en su vida no había visto una mujer así. La luz se dirigió a Dogson diciéndole:

—Esta mujer tan hermosa, que ves aquí, te va a acompañar a hacer un largo viaje donde tú podrás hacer realidad tu sueño, pues, en la vida nada es imposible y si se pide con mucha fe y con todo el corazón se podrá hacer realidad todo en la vida.

Él estaba mudo, no lo podía creer, pero una gran alegría le embargaba todo su cuerpo y, titubeando, respondió:

—No sabes lo feliz que me siento al oír esas palabras de tu boca.

Ella le puso en su cuerpo un chaleco espacial y se dirigieron a una cápsula para viajar rumbo a las estrellas. De repente, él se quedó mirándola y pensó: “¿Cómo es que yo viendo tantas estrellas me encuentre con la más hermosa del universo? ¡Quisiera poder tenerla siempre conmigo aquí en mi corazón!”.

La mujer, con una voz muy tierna le sonrió y le dijo:

—Mi nombre es Lucy y aquel que nos alumbra tanto se llama Sandro.

Pero él se quedó muy sorprendido, por un momento la alegría se transformó en dudas, como en algo incierto e inexplicable. Él de todas formas quería saberlo todo y, aunque dudaba en preguntar por el temor que esto le pudiera causar un gran dolor, se arriesgó y le preguntó:

—¿Quién es Sandro? ¿Por qué vive contigo?

Ella con una gran sonrisa en los labios le respondió:

—Sandro es mi padre, la persona que siempre ha estado junto a mí y yo soy su única hija. ¡Soy la princesa del amor!

Llegaron a una estación y Dogson se quitó su chaleco para descansar y mientras hablaba con ella él abrió su corazón dejando ver toda su vida, sus sentimientos, en especial, la sinceridad y gran amor que tenía allí guardado para dar a los demás. Pero, de repente reflexionó y dijo:

—¿Cómo es que yo pude viajar hasta aquí?, ¿qué pasó?

Ella le respondió:

—La clave está en tu corazón porque con el amor que hay en él lograrás todo lo que te propongas por imposible que parezca.

Dogson no se acordaba que estaba en un sueño, de repente se despertó y dijo:

—¡No! ¿Cómo es que todo esto es un sueño?, ¿qué pasó con la estrella? No puede ser que esto me pase a mí.

Pero, al voltear su rostro, Lucy estaba a su lado y le dijo:

—No todo es un sueño porque yo estoy aquí y te amo.

Se acercó y lo besó con gran amor y ternura. En ese momento se dio cuenta que esa estrella era el regalo que siempre había anhelado.

Salvar el mundo



Autor:
Rodrigo
Alejandro
Zambrano Rivas
Colegio:
Institución
Educativa
Distrital Luis
Carlos Galán
Sarmiento
Curso: 7°
Edad: 12 años

I

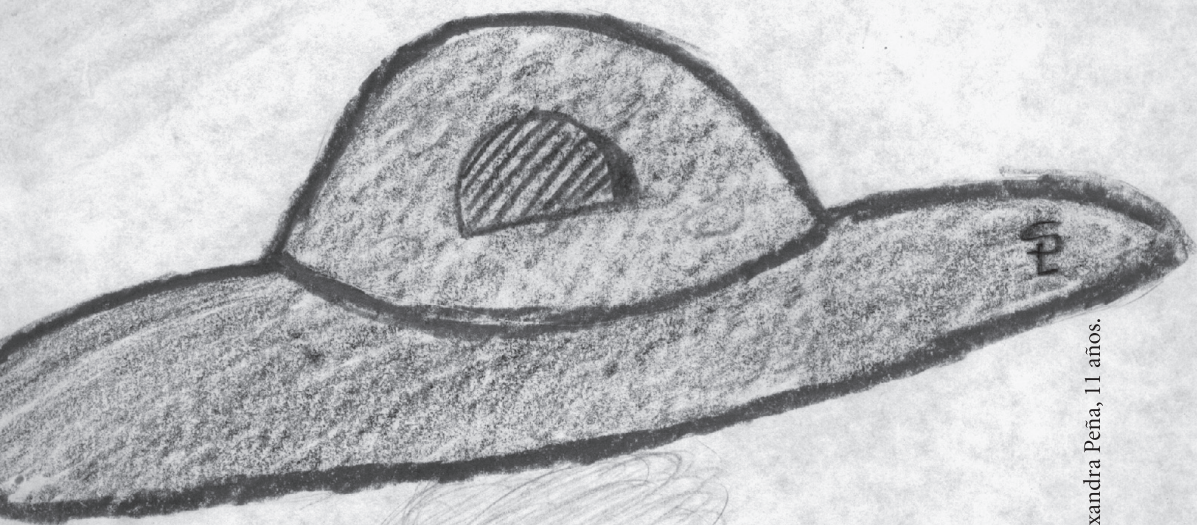
Estabas en el parque jugando béisbol. Cuando haces una anotación te mandan por la pelota, después de quince minutos la encuentras detrás de los arbustos, ves algo parecido a un platillo volador. Si quieres entrar en el platillo pasa al capítulo V. Si deseas esconderte y observar pasa al capítulo IV.

II

Te creen, llaman al ejército, te ponen a ti y a tu país en un refugio. Seis meses después sales, el presidente te felicita y hace un festival con fuegos artificiales, vez en el cielo el fin.

III

Te acercas a la puerta con el círculo, la puerta se abre, los extraterrestres te miran, sacan un láser y te disparan, estás en la oscuridad, ves un brillo y es el fin.



Dibujo: Alexandra Peña, 11 años.

IV

Ves que salen dos criaturas, entras en la nave, los exploras, intentas salir pero te pierdes. Al fin encuentras la salida, vas por la policía, los llevas al lugar y ves a tu actor favorito, te invita a su nueva película, das un vistazo al espacio pero esto no significa el fin.

V

Te acercas, se abre la puerta, entras rápido y, en ese instante, ves unas criaturas con grandes cabezas; te escondes, la pelota de béisbol se te resbala, las criaturas voltean, te levantan con sus poderes mentales, te llevan a una especie de cama, te amarran. Cuando ves que se van intentas liberarte, diez minutos después liberas una mano, sacas tu navaja que te regaló tu tío en Navidad. Media hora después te liberas, ves dos puertas, una tiene un rectángulo y otra un círculo. Si deseas ir por la puerta del rectángulo pasa al capítulo VII. Si deseas ir por la puerta del círculo pasa al capítulo III

VI

No te creen, sales, ves un rayo, despiertas, miras al cielo y ves el fin.

VII

Te acercas a la puerta y se abre, entras, ves un computador gigante, en él hay un montón de puntitos y un círculo y lo comprendes; es tu planeta que va a ser invadido. Te regresas, ves de nuevo las criaturas, te escondes. Una hora después miras la pantalla, los puntitos se acercan, entiendes que se acerca la invasión, las criaturas se alejan, ves una rejilla de ventilación, entras en ella, ves la salida pero las

criaturas están vigilando la puerta, sacas tus patines, te los pones, abres la rejilla y sales, las criaturas te siguen, logras perderlos, llegas a la estación. Si te creen pasa al capítulo II. Si no te creen pasa al capítulo VI.

Sueño ser...



Autora:
Claudia Milena
Torres B.
Colegio:
Mercedario San
Pedro Nolasco
Curso: 6º
Edad: 11 años

Era un domingo, Rafael dormía, su mamá entró a su cuarto sigilosamente y corrió las cortinas para que entrara la luz del sol. Rafael abrió los ojos y dijo:

—¡Hola mamá!

—¡Hola Rafael! —respondió ella—, baja

a desayunar, ya te serví.

Rafael salió de su cuarto y se deslizó por la baranda de las escaleras y así quedó en frente del delicioso desayuno de los domingos. Rafael, al ver que allí no había nadie, fue y despertó a su hermanita Valeria pues a él no le gustaba comer solo.

Valeria se paró medio dormida, bajó las escaleras y se sentó en el comedor; esperó hasta que le sirvieron. Mientras desayunaban, Valeria y Rafael hablaban del colegio y de un trabajo que le habían dejado a él, para el martes y que decía: “¿Qué quieres ser cuando grande?”.

Valeria dijo que tenía la respuesta, Rafael ansioso le dijo:

—¡Espera un momento!, ¡voy por mi cuaderno! Listo, estoy listo.

100 años
Cuerpo Inmortal AL ESPÍRITU



Dibujo: Yiseth Carolayn Mejía, 14 años.

—Tú podrías ser un caballo, todos los niños lo son.

—¡Caballos! No le veo el chiste Valeria

Muy enojado Rafael subió y se encerró en su cuarto a pensar qué le diría a la profesora. Pasaron horas y Rafael todavía no tenía la respuesta. La noche cayó y Rafael no tuvo más opción que acostarse a dormir.

Al día siguiente a Rafael se le hizo tarde para salir, se bañó apresuradamente, desayunó, se bañó los dientes, se despidió de su mamá y se fue para el colegio. Rafael cerró la puerta con llave y dijo:

—¿Mi hermana? No me despedí de ella.

Rafael la quería tanto que no podía irse sin despedirse de Valeria. Luego se fue a su lugar favorito del colegio.

Al llegar al salón Rafael saludó a la profesora y se sentó. Al descanso todos hablaban de la tarea y Rafael se sintió muy mal. Al finalizar la clase la profesora les dijo:

—Niños no se les olvide la tarea que les dejé para el fin de semana.

Rafael llegó a su casa y, como de costumbre, saludó a su mamá y a la pequeña Valeria.

—¿Cómo te fue? —le preguntó Valeria.

Rafael suspiró y subió a su cuarto a hacer tareas, la única tarea que tenía era ¿Qué quieres ser cuando grande? Rafael se quedó pensando y otra vez se tuvo que ir a dormir pensando en su tarea.

—Buenas noches —le dijo mamá. Rafael sonrió y cerró los ojos.

Cuando Rafael estaba profundo empezó a soñar que era un pájaro que volaba y se perdía entre las nubes mientras el sol iluminaba su camino y que con su dulce canto despertaba todas las mañanas a Valeria. Soñó que era un pez, que vivía en un palacio de cristal en el fondo del mar,

nadando y nadando siempre en ilusiones y felicidad. Soñó que era un gato, que todas las noches se escapaba de su casa y saltaba de tejado en tejado mirando el esplendor de las estrellas mientras las admiraba y las contaba soñando que un día iba a terminar.

Al día siguiente Rafael se levantó muy feliz por el hermoso sueño que había tenido, salió corriendo de la cama a contarle el sueño a su mamá, pero su mamá seguía dormida. Después de hacer su rutina diaria Rafael se fue para el colegio un poco confundido por su sueño. La profesora dijo:

—¡Buenos días niños!, ¡saquen su tarea y léanla uno por uno!

Rafael pensó: “¡ya lo tengo!”. Cuando le tocó el turno Rafael dijo:

—¡Cuando yo sea grande quiero ser una persona libre y feliz!

Toby y su balón



Autora:
Nataly León
Colegio:
Miravalle
Curso: 6º
Edad: 13 años

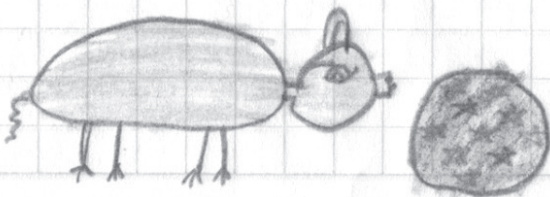
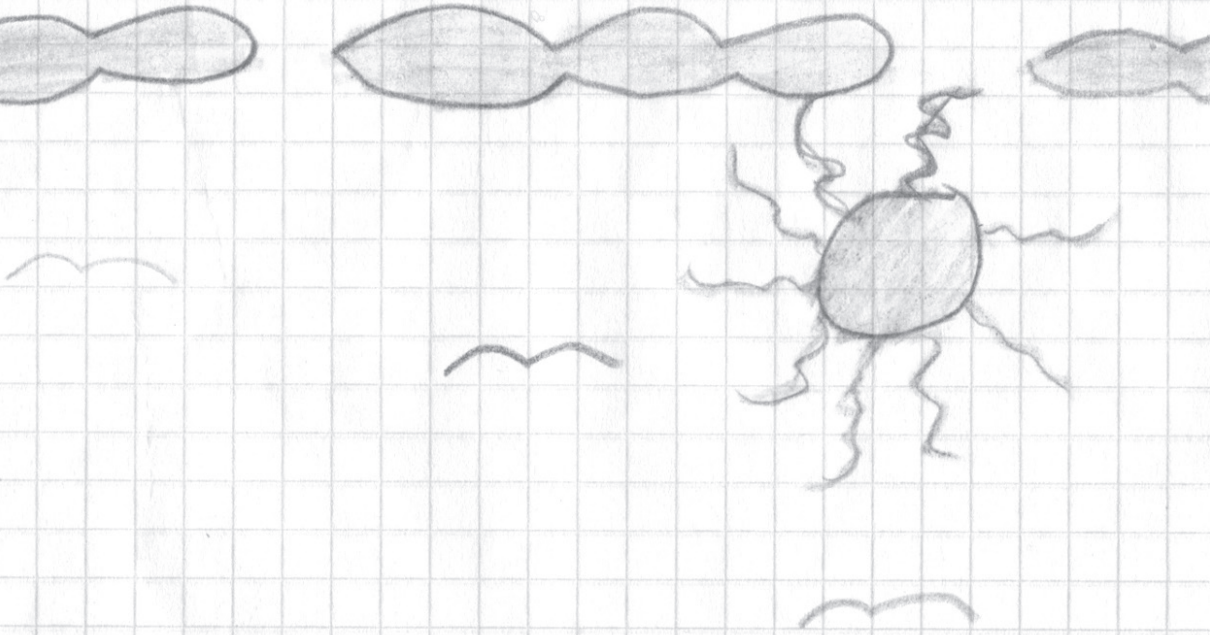
Esta es la historia de un cerdito llamado Toby que vivía en una granja con muchos animales. Él era un cerdito cariñoso, alegre, consentido y, además, muy colaborador.

Pero en la granja había dos animales que no lo querían mucho porque le sentían mucha envidia de que los demás tuvieran un trato tan especial con Toby.

Ellos eran muy odiosos y, además, no les gustaba compartir con nadie, siempre andaban los dos por toda la granja. Estos animales eran un pato y un perro que no eran tan queridos como los demás.

Toby pasaba la mayor parte de su tiempo jugando y por eso tenía un juguete preferido, era un balón amarillo con estrellitas azules y éste era la adoración de Toby. Al pato Pepe y al perro Coky les daba rabia cada vez que Toby sacaba el balón porque los demás animales se quedaban viéndolo jugar. Pepe y Coky le hacían muchas maldades a Toby: lo dejaban encerrado en su casa, le hacían zancadillas para que se cayera, se burlaban de él y nunca lo invitaban a jugar con ellos, por eso, a veces Toby se sentía triste.

Fabry su Babon



Un día Pepe y Coky, cansados de ver jugar a Toby con su balón, planearon cómo quitarle la alegría. Entonces esperaron a que todos los animales estuvieran dormidos y entraron a la casa de Toby. Con mucho cuidado, y sin hacer ruidos, tomaron el balón y lo escondieron en la casa de Coky, el perro.

Al siguiente día Toby fue a jugar con su balón y no lo encontró, así que, desesperado, lo buscó por toda la granja y le preguntó a todos los animales pero nadie le supo decir nada; así que se fue adonde Pepe y Coky a preguntarles, pero ellos le contestaron que de pronto él lo había botado y no se acordaba.

Toby estaba muy triste por su balón y de su cara desapareció esa sonrisa que siempre tenía. Mientras tanto, Pepe y Coky se reían de ver a Toby llorar por su balón. Se acercaban al cerdito para hacerle burlas y le recordaban de la desaparición de su balón, para que Toby llorara más. Los demás animales se dieron cuenta de lo que Pepe y Coky le hicieron al cerdito, así que decidieron castigarlos: le pusieron a los dos unos disfraces de cerdos y los echaron al barro, ellos, tratando de quitarse el disfraz, se revolcaban echándose barro hasta la nariz; así duraron mucho tiempo y terminaron todos negros y con barro hasta en los huecos de los oídos, hasta que, al fin, lograron quitarse los disfraces.

Toby no sabía qué hacer, así que se encerró en su casa por varios días. Los animales de la granja ya estaban preocupados por él e intentaron hablarle, pero él no les abrió la puerta. Con el pasar de la semana Toby empezó a enfermarse por no comer ni dormir. Pepe y Coky, al verlo tan mal, comenzaron a sentir pena por lo que habían hecho y empezaron a arrepentirse, así que fueron adonde Toby y le entregaron su balón, pero le dijeron que ellos lo habían

encontrado por ahí. Cuando Toby vio su balón recuperó todas sus fuerzas y se puso muy feliz, la bella sonrisa apareció de nuevo en su cara.

Finalmente, Pepe y Coky decidieron contarle toda la verdad acerca de la pérdida de su balón, pero le explicaron que ellos se sentían muy mal porque todos los animales le prestaban atención a él únicamente, eso los hacía sentir rechazados. Toby los entendió y les dijo que ellos también deberían cambiar su forma de ser para que los demás animales empezaran a quererlos.

Pepe y Coky se sintieron bien al decir toda la verdad y prometieron no volver a hacerlo. Desde entonces, Pepe y Coky se volvieron más amigables y hasta cuidaban del balón de Toby para que no se le fuera a perder. Todos los animales olvidaron lo sucedido y les dieron una oportunidad. Toby también hizo lo posible por tratarse bien con ellos y hasta les prestaba sus juguetes preferidos.

Las mañanas en la granja se habían convertido en una cita para ver a Pepe, Toby y Coky jugar con ese balón amarillo de estrellitas azules.

Hasta el momento todo marcha bien en la granja a no ser que a Pepe o a Coky se les ocurra volver a portarse mal.

Un reino que nace del corazón



Autora:
Mayra Alejandra
Chingaté Barbosa
Colegio:
Institución
Educativa Distrital
Curso: xx
Edad: xx años

Hace muchos años había un lugar adonde acudían los más necesitados. Todos buscaban cariño y pocos eran egoístas. Pájaros y conejos se acercaban al lugar encontrado en este un refugio ideal. Uno de sus habitantes entregaba su corazón y brindaba ayuda a quienes más amaba, sus amigos. Amaba el amanecer y la figura del sol al amanecer, le gustaba su vida que, aunque no tenía lujos, era muy especial puesto que no necesitaba de dinero ni la riqueza para ser feliz, lo tenía todo y en especial poseía un gran corazón que le ayudaba a ver en su vida, con orgullo, lo que tenía. Se llamaba Candela, ya que sus padres la habían llamado así esperando que la pequeña siempre brindara calor humano.

Sus amigos sólo eran algunos de los habitantes donde vivía y, en especial, los animales del pequeño lugar. Las noches eran frías y Candela no tenía un abrigo especial, aunque casi siempre sus amigos le brindaban calor esperando que algún día este ser creciera y comprendiera que el amor que ella brindaba era una riqueza, que sólo era valiosa para los

Dibujo: Janis Pachón, 13 años.



lentos de espíritu, como los animales y aquellos que, sin ser ricos, brindaban un poco de lo que tenían.

Candela, aunque pasaron los años, sabía que lo único que tenía era la ayuda que le daba a quienes lo necesitaban y trabajó con fervor porque sabía que muchos necesitaban de su ayuda.

Cuando Candela no fue más una niña, descubrió que lo que había a su alrededor era un tesoro invaluable, puesto que allí encontraba diariamente su alimento, su vivienda y tenía buena compañía. No tenía a sus padres pero sabía que día a día la acompañaban sin dejarla sola y que desde donde se encontraran siempre le enviarían ayuda.

Candela, al salir una mañana, se encontró muy preocupada al ver en el suelo un pequeño conejo que se encontraba gravemente herido, lo llevó a su hogar y lo curó pero luego volvió a salir en busca de aquellos malvados que dañaban la naturaleza. Caminó por muchas horas y detrás de un arbusto logró observar que un grupo de extranjeros con rifles se reían al ver que en el día habían tenido una buena cacería. Ella en el momento no se acercó pero se puso muy triste al ver que lo que ella más quería había sido destruido por la mano del hombre. Regresó a su casa en busca de ayuda y entre todos fueron a explicarles a aquellos hombres que su pueblo no poseía ninguna riqueza pero que los animales y lo que ellos tenían era de mucho valor cuando se veía con los ojos del corazón.

Um organismo



Dibujo: Wendy Vargas.

Un sueño hecho realidad



Autor:
Cristian Camilo
López
Colegio:
Fundación
Colombia
Curso: 6º
Edad: 12 años

Érase una vez, en un orfanato muy lejano, unos niños que siempre buscaban estar felices pues no tenían padre ni madre, de ahí que todas las noches cantaban juntos en su dormitorio: “Yo no tengo padre, yo no tengo madre, no tengo dinero, mucho menos quien me quiera” y así lo hacían todos los días desde que se volvieron amigos. Olvidaba decir sus nombres: la chiquilla consentida y única mujer del grupo se llamaba Erika; Kevin, el que siempre trataba de llamar la atención por sus chistes y bromas; David, el más chiquillo de la tropa que siempre trataba de hacerse al ambiente de los demás y, por último, Yo, Cristian el *Bonachón*.

Una tarde, todos los niños del orfanato salimos a jugar y a divertirnos, pero como en un cuento no todo es felicidad apareció el *profe* más regañón y fastidioso, el profesor Reyes. Nosotros pensábamos que él nunca había tenido infancia pues odiaba vernos divertir. De un momento a otro y con un fuerte grito exclamó:

—¡Todos se entran ya! ¡No habrá más diversión para ustedes hoy! ¿Qué dijeron... Navidad, cumpleaños, día del niño? pues para mí ¡no existe, ni existirá ninguna de esas fechas! ¡Y ya se van recogidos cartoneros!

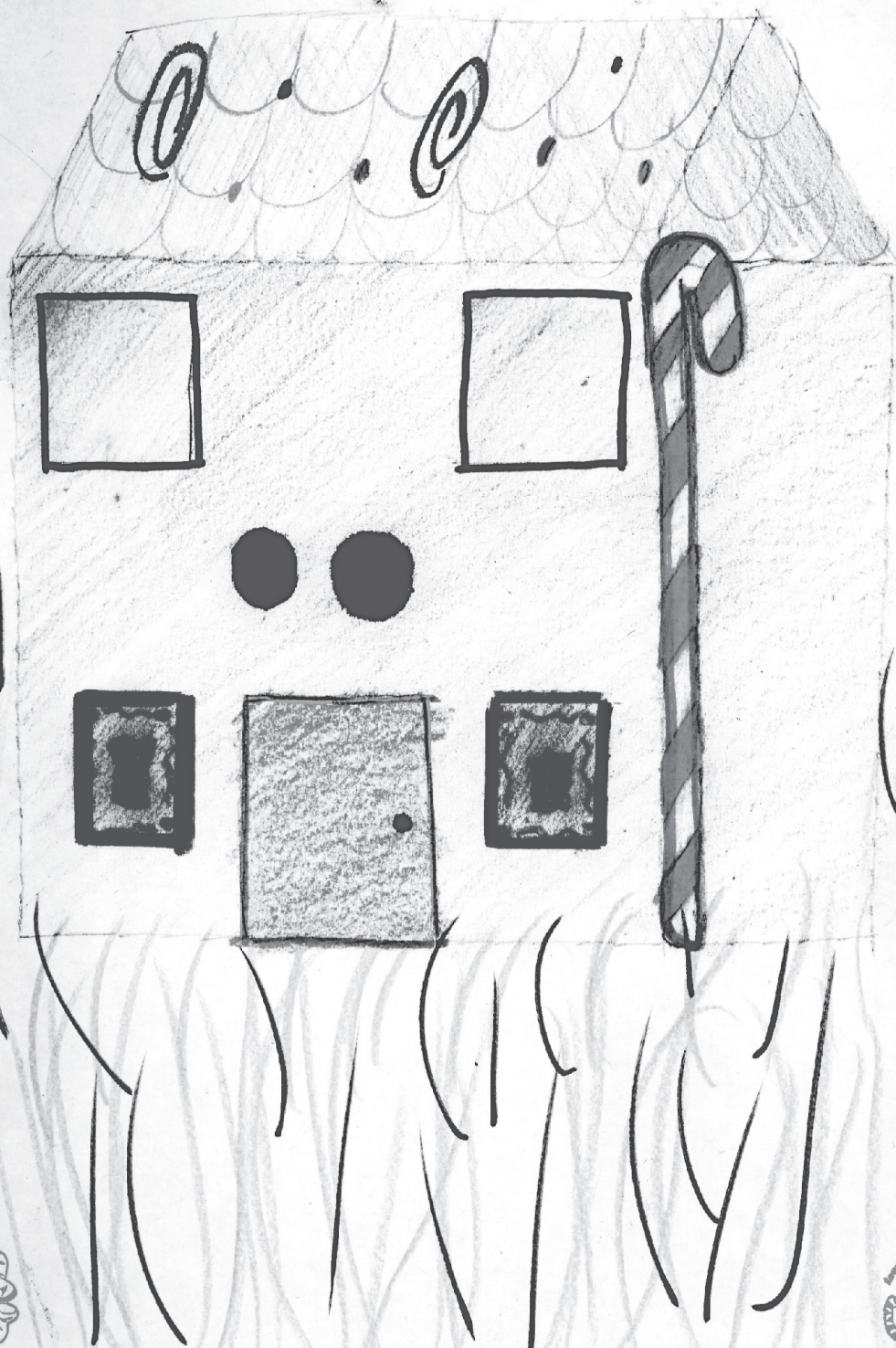
Esto lo decía debido a que todos veníamos del barrio Cayetano Cañizales, barrio de recicladores. Al ser *el mayor de los chiquis* enfrenté a Reyes con respeto pero, al parecer, fue el peor recuerdo que me dejó, debido a que me golpeó muy fuerte en una pierna y, desde aquel entonces, no pude volver a correr.

La noche siguiente hice una reunión para que todos los de mi tropa dialogáramos acerca de nuestros sueños. David contaba que su más grande sueño era convertirse en un gran actor y tener una súper patineta; Kevin quería irse a un lugar mejor donde pudiera comer todo lo que quisiera y ser como Michael Jordan, el mejor *basketbolista* del mundo; Érika, por su parte, quería llegar a ser la mejor porrista de todos los tiempos; y mi sueño, aunque suene chistoso, era que cada uno de mis grandes amigos tuviera un hogar lleno de amor y de muy pocos Reyes. Esa misma noche reflexioné acerca de los sueños de mis compañeros y pude concluir que no hay nada más anhelado para el ser humano que tener un hogar y valorar el verdadero sentido de la amistad.

Por causa de las quejas de los niños y los maltratos recibidos, el *profe* Reyes fue desvinculado del orfanato. Espero que algún día se perdone a sí mismo todo el resentimiento que tiene. El reemplazo de Reyes fue la profesora Berenice, que cuando nos veía despistados de un grito decía: “¡Aterrice mijo!” y así lo hacíamos. Al ver cómo nos trataba y darnos cuenta que, a pesar de su aparente exigencia, sentía un gran cariño por nosotros, quise hacer realidad los sueños de la tropa con la ayuda de ella.

Bere de inmediato tomó cartas en el asunto contactando a los medios de comunicación, de allí surgió esa pegajosa canción: “los niños, los niños buscan su hogar”. Después de que la gente nos vio por televisión y de escucharnos en la radio no paraba de sonar el teléfono y el cartero ya tenía más músculos que Isabel Urrutia en las piernas, de tanto ir y venir en su bicicleta trayendo la correspondencia. Esto nos emocionó tanto que hicimos una fiesta en el parque. El día de la fiesta nos quedamos boquiabiertos cuando vimos a las personas entrar por la reja con ganas de hacer parte del sueño y también de la realidad de los niños. Nos pusimos felices pues era la primera vez que no sentíamos rechazo alguno. Gracias a estas personas somos seres humanos agradecidos, llenos de vida y, sobre todo, de felicidad.

Cada uno de nosotros: Érika, Kevin, David y yo cumplimos, de una u otra forma, nuestros sueños, sobretodo el mío pues pude contar nuestra historia como era mi sueño: contando un cuento.



Dibujo: Matheew Carrillo, 12 años.



Una ciudad de dulce



Autor:

Juan Diego Bernal

Burgos

Colegio:

Mayor del

Rosario-

Arrayanes

Curso: 6°

Edad: 12 años

En el mundo esta ciudad es conocida por sus colores y sabores. Fue diseñada en forma delicada y amorosa por dos niños con mucha imaginación y amantes de las golosinas, que, según ellos, hacen feliz la vida.

No se les permite la entrada a personas con caries o a glotonas por razones obvias. Para esto realizan vigorosas pruebas odontológicas, los mejores odontólogos de la ciudad y los científicos con habilidad en psicología hacen test y verifican, por medios tecnológicos, para que no entren las personas glotonas.

Han ingeniado una especie de techo transparente para que en los días soleados el calor no derrita el chocolate y otros dulces. Para la lluvia usan otro techo para que no se moje la ciudad y evite el ruido al momento en que las gotas golpean el techo.

Hay una estricta regla para que no se coman la ciudad, para esto tienen registradas todas las mordidas de los ciudadanos, para que, si muerden un dulce, se sepa rápidamente quién fue.

Las casas son, generalmente, de caramelo con techo de almendra y las ventanas son de menta transparente, los pisos y las calles son de masmelos, por eso se han ingeniado unos zapatos que no se gastan, no se ensucian y son especiales para no dañar el masmelo del suelo.

El transporte que se usa es una especie de chicle cuadrado con asientos de menta que vuela. Cuando un pasajero desea bajarse del transporte sale automáticamente por una escalera de arequipe.

No crean que en esta ciudad los habitantes sólo se alimentan de dulce, también se alimentan de lo normal, es decir, carbohidratos, proteínas, entre otros. En resumen, todo lo necesario; pero, casi todos los días obtienen una ración de golosinas. Por esto, cada mes los ciudadanos tienen que ir al odontólogo; aunque en esta ciudad todos son muy cuidadosos con sus dientes.

*En esta ciudad nunca entras
si de comértela piensas,
aunque trates de entrar
siempre algo te detendrá.*

En esta ciudad también hay un colegio y está hecho de vainilla con pedazos de chicle. Los niños estudian estas clases en el colegio:

1. Culinaria: aprenden a hacer deliciosos postres, hasta unas mentas.
2. Ciencias: en la parte de zoología van al zoológico que se construyó en un bosque muy lejano de la ciudad, donde también estudian a las plantas.
3. Matemáticas: aprenden toda clase de números que también les sirve para las recetas en la clase de culinaria.

4. Choco-latín: es un idioma muy antiguo y propio de la ciudad que, aunque han perdido un poco las raíces, sigue siendo usado.

5. Idiomas: estudian muchos idiomas: español, inglés y francés.

6. Geología: donde estudian desde los relieves de helado hasta los hundimientos de menta.

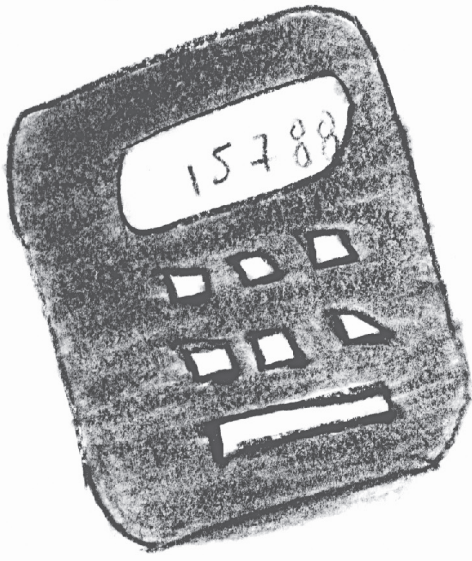
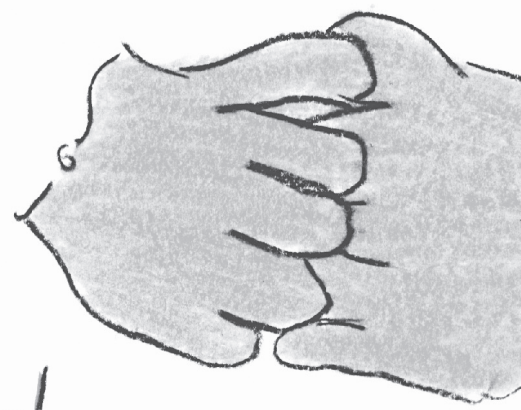
7. Historia: estudian los inventores de cada una de las golosinas.

8. Arte: plásticas, música, teatro, entre otros, donde todos los instrumentos son de chocolate.

En el museo, hecho de chicle, hay documentos que indican que esta ciudad era normal, de concreto, de vidrio, pero que estaba en muy mal estado y sus habitantes eran infelices, entonces, los niños se basaron en la antigua ciudad para crear la actual de dulce.

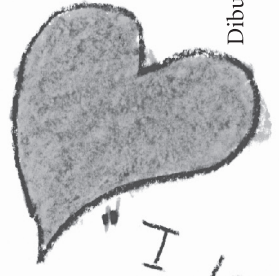
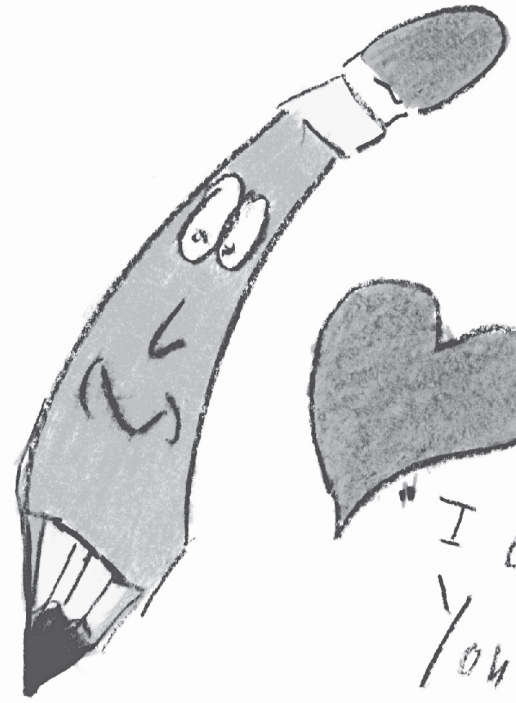
Pero no todo en esta ciudad es feliz, algunos viejos, que han obtenido a lo largo de su vida mucha sabiduría, dicen que esta ciudad puede sufrir muchos daños debido a los terremotos, aunque todavía no ha ocurrido el primero, pero, si ocurriera, no pocas casas y edificios se destruirían ya que su pisos son de masmelo... y si ocurre ¿qué harían?

$$1 + 1 = 1$$



$$\Delta^2 + xy^2z^3 = x$$

D.R.Q.



"I love you"

Me fue
del
Putas



Yo fui un lápiz



Autora:
Lina Marcela
Jerez Díaz
Colegio:
Institución
Educativa
Floridablanca
Curso: 5º
Edad: 10 años

El ser humano es una caja de sorpresas que ríe, llora y sueña. Esta última e increíble sensación la tenemos todos, unos más frecuentemente que otros, pero, al fin y al cabo, todos lo hacemos; si esto no pasara creo que estallaríamos. Son muchas las experiencias que a diario tenemos en la realidad y que reaparecen en nuestros

sueños.

Hablando de los sueños miren lo que me pasó. Hace algún tiempo yo soñé que era un lápiz, pero no uno de esos tantos lápices que usted ve por ahí, era un lápiz especial, que sentía el amor como los enamorados que algunas veces me tomaron para escribir y decirse palabras lindas, para recordar los más lindos acontecimientos vividos y mandarse dibujitos.

Luego sentí que alguien más me tomaba entre sus dedos para hacerme sentir rencor, rabia, envidia y me hizo escribir tontadas y groserías; esta experiencia me hizo sentir muy mal porque, a pesar de ser yo un lápiz, en mi sueño podía

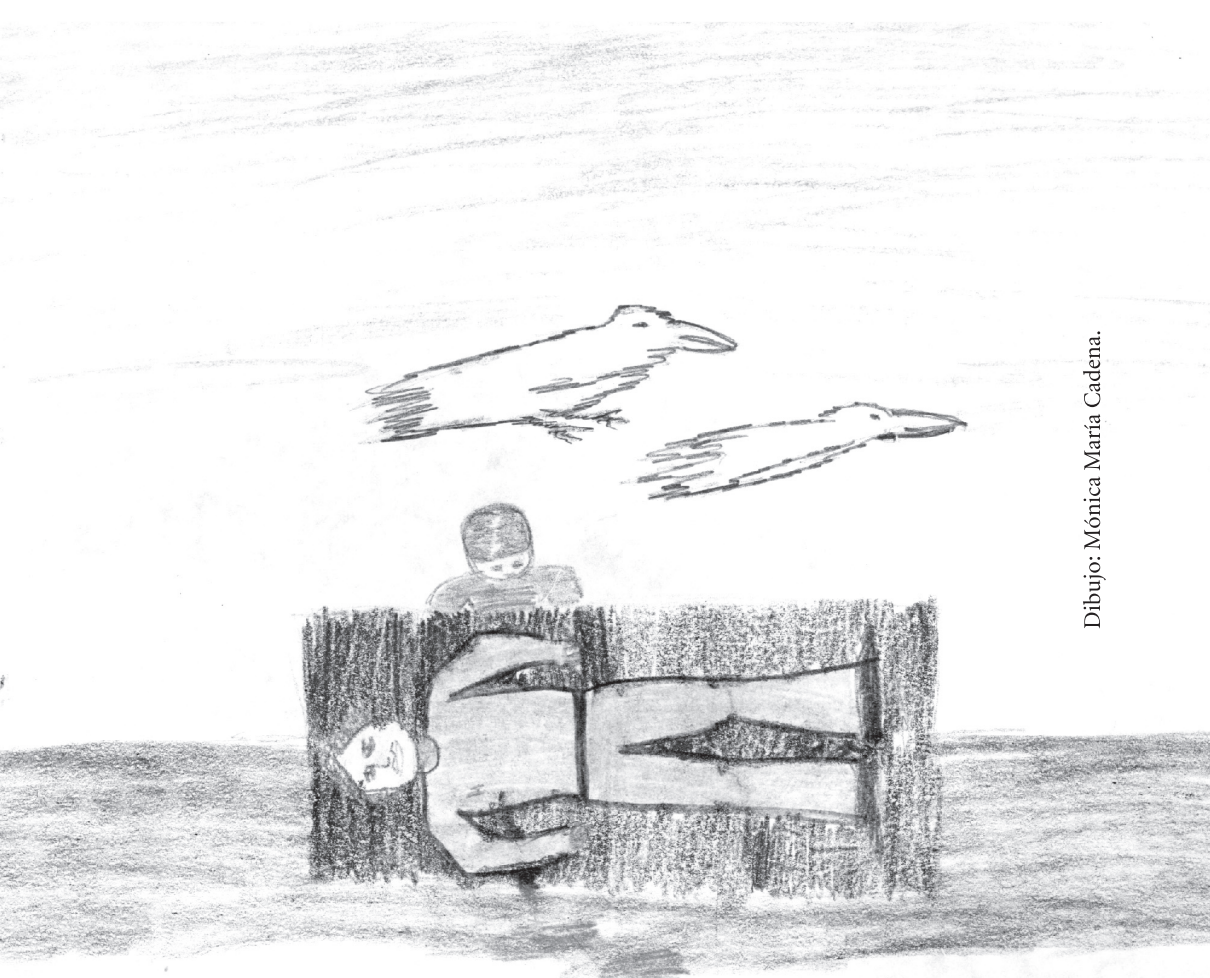
experimentar ese sentimiento que uno tiene por allá en su interior y que lo hace distinguir entre lo bueno y lo malo.

Después otra mano, helada, por cierto, porque estaba en continuo contacto con el metal de las monedas ajenas, me transmitía su deseo, su angustia, su ansiedad porque las cuentas le quedaran bien; era un contador que, noche tras noche, se desvelaba jugando con números. Por un momento me asusté. Cuando no cuadró su balance e intentó partirme en dos lo entendí, pues ya había repetido cinco veces consecutivas su balance y, lo más cruel, es que era un sábado por la noche, cuando el resto de la gente se estaba divirtiendo en mi pequeño pero bullanguero pueblito. Con su actitud yo me sentía morir, afortunadamente, él tomó aire, me tiró al piso con rabia y salió en busca de un tinto caliente.

Pasados estos momentos amargos, la felicidad vino a mí cuando unas manitas sucias de niño me apretaban tan fuerte que me estaban ahorcando, estaba prácticamente asfixiado, pero él me besaba, luego me estrujaba, me tiraba, pero, rápidamente, me buscaba porque yo era algo impactante, algo sensacional para él, así pasamos un buen tiempo, la verdad no sé cuánto, lo cierto es que, después de todo ese ajeteo, nos quedamos dormidos, él primero y yo después.

Estaba yo en este hermoso sueño cuando mi mamá entró apresurada a la habitación porque se le había olvidado algo y yo me desperté; estaba sudando metida en mi cama pero, otra vez, era yo misma.

CATEGORIA JUVENIL
Cuentos ganadores



Dibujo: Mónica María Cadena.

Aquel pájaro negro al que llaman cuervo



PRIMER PUESTO

Autor:

Javier Enrique
Acosta Forero

Colegio:

Institución
Educativa

Distrital Integral

José María
Córdoba

Curso: 11°

Edad: 18 años

Aquel capitán palideció con la sola idea de morirse esa noche sin tomarse un agua de panela; así que resolvió levantarse de la cama para beber un poco que quedaba en una botella olvidada en el tiempo y maltratada por la oxidación y los golpes. Mientras bebía a sorbos cortó la mezcla panela y agua, observó la calle y sólo así concluyó que abril se había postrado en la ciudad. Luego, en movimiento casi mecánico de su cuello volvió su cabeza y, por ende, su mirada, que se detuvo en los polvorientos y ya desolados rieles sin tranvía. Notó que los pocos transeúntes se limitaban a ser tres ebrios que se iban de culo al piso porque los atraía la tierra, entonces lo invadió una soledad temerosa que aguantó con valentía hasta que se acordó del agua de panela, la terminó de un largo sorbo y aprovechó el impulso de haberse levantado de la cama para intentar orinar, pero regresó al cuarto con la enorme frustración de no haber expulsado una sola gota. Se metió en la cama

de un salto en vilo y se tapó con las pocas cobijas que tenía, ya sosegado en su cama recordó que su doctor iría a verlo en la mañana. Transcurrieron las horas y un gallo viejo anunció, con su canto, la llegada del día. La mañana estaba cargada de luto, desde el amanecer, cuando el capitán despertó a causa de una pesadilla. A las once de la mañana llegó el doctor, lo examinó sin notar la tristeza del viejo que se acentuaba en los ojos, tomó un bolígrafo e inició su caligrafía médica en una fórmula, se la entregó al capitán con algunas recomendaciones; entonces, el viejo la leyó y dijo:

—Doctor, estos jarabes saben a estiércol, ¿me quiere matar de una intoxicación?

—Vea, capitán —respondió el doctor—, tome los medicamentos, siga mis recomendaciones y cuide su salud, así puede vivir cien años.

—¿Para qué vivir cien años? —dijo el capitán sintiendo una enorme soledad—, ¿para escribir un libro?

—Usted verá, capitán —resolvió el doctor— pero no hay nada más importante que la salud.

—¿Y dónde deja la política? —continuó el capitán.

—En la mierda, capitán, en la mierda si está de por medio la vida —concluyó el doctor con enérgica voz.

Luego, el doctor empezó a guardar la instrumentación médica en su maletín de cuero de culebra con movimientos rítmicos pero con aires bruscos, el capitán lo acompañó con su mirada y, en símbolo de amistad y de atención, a sabiendas de que no tenía nada que ofrecer, dijo:

—¿No se toma algo, doctor?

—No se preocupe, capitán, mejor me voy rápido porque los liberales y los conservadores quieren iniciar otra guerra civil, y no me quiero arriesgar.

El capitán sintió alivio por la negativa pero lo atacó la incertidumbre política.

—Y ya que habla de eso ¿qué pasó?, ¿por qué se armó tanto alborotó? —preguntó el capitán.

—Por Jorge Eliécer Gaitán y sus discursos.

Una mirada furtiva del capitán hacia la calle le heló el alma, entonces dijo:

—Soñé que los cuervos andan muy cerca y hoy comerán más ojos que nunca y no podrán levantar vuelo por su obesidad.

El doctor lo miró con compasión, después observó la hora en su antiguo reloj; tomó el sobretodo, lo puso en su descomunal espalda, luego, puso el sombrero en su testa y dijo:

—Vengo a las tres de la tarde a ver cómo sigue.

—O a expedir el certificado de defunción —dijo el capitán.

El doctor salió del recinto y el capitán recordó la guerra en el Perú, sintió nuevamente la agudeza de la soledad, el sentimiento de un recuerdo lejano y envidió la suerte con la que corrieron los marineros muertos en el Perú. Esta batalla con la muerte, o aún peor, contra la vida, era más fatal que la del río Amazonas donde salió triunfante y condecorado por la marina y la presidencia de la república.

Con más fuerza de voluntad que por instinto natural se levantó de la cama para ir al baño, llegó al inodoro, intentó orinar pero no tuvo éxito, subió y acomodó su pantalón a la cintura, ajustó la cremallera y volvió a la habitación; entonces, sólo le quedó como última alternativa rezar frente a un crucifijo instalado detrás de la puerta.

—¿Por qué hiciste la vida tan absurda? —dijo mirando al Cristo.

Luego, un sonido ensordecedor irrumpió en el recinto y una voz exclamó:

—¡Mataron a Jorge Eliécer Gaitán!... ¡mataron al caudillo liberal!

Para esos momentos un estruendo de guerra resonó en Bogotá, y me atrevo a decir que no ha terminado, el capitán, cabizbajo, derramó una lágrima que bajó por su mejilla y encontró fin en su mentón, entonces, tomó la determinación de beber un poco de veneno para ratas y, para mejorar su sabor, lo mezcló con su amada agua de panela. Cayendo al piso encharcado de orines dijo:

—Ya los cuervos se pueden comer mis... —y exhaló un último suspiro.

Tres horas después el doctor llegó con un secretario a la habitación.

—Escriba señor secretario —dijo el doctor—. Nombre: Santiago Pires Vallejo. Fecha y lugar de defunción: a los nueve días del mes de abril en Bogotá, aproximadamente a las doce horas.

El doctor hizo el levantamiento, puso al muerto en un vehículo para que fuera llevado a la morgue, pidió a una mujer que limpiara el charco de orines; tomó su sobretodo, lo puso en su espalda, colocó su sombrero en la testa y, a la salida de la casa, lo sorprendió un balazo que agujereó el sombrero, en ese momento bajaron los cuervos desde el cerro de Monserrate para comerse los ojos que andaban por el suelo, que, francamente, eran muchos y que, de seguro, les causaría obesidad a los cuervos.



El Pretoriano



SEGUNDO PUESTO

Autor:

Steven Andrés

Pérez Garzón

Colegio:

Centro Educativo

Distrital Restrepo

Millán (JM)

Curso: 10°

Edad: 14 años

Los suaves rayos del sol acariciaban las calles y los tejados de la ciudad de Cesárea, el mar brillaba con un destello dorado al reflejar la luz del gran astro solar.

La sombra del palacio del gobernador Félix se proyectaba sobre el muelle de la ciudad, donde afanosos marineros embarcaban sus mercancías en las pequeñas galeras comerciales, especies de Arabia y de la India, tapetes y armas persas, esclavos egipcios, todo era introducido en las naves que partirían a medio día. La ciudad era uno de los principales puertos de la parte oriental del Mediterráneo, además de ser la base de dos legiones al mando del gobernador romano Félix.

Y allí, en el muelle, una peculiar nave estaba amarrada al puerto, su casco de madera pintada de negro y su vela de color púrpura la hacía distinta a las demás, en su costado, una placa de bronce tenía una inscripción en ella: “El Pretoriano”; su propietario era un anciano romano que, a pesar de su edad, demostraba una vitalidad juvenil; las



cicatrices de su cara mostraban una vida violenta, llena de batallas, traiciones y aventuras. Éste era Calixto, el cual había sido General de la guardia pretoriana durante el gobierno del emperador Claudio, pero, con la muerte de Claudio y la coronación de Nerón el senado lo destituyó. Utilizó lo que le quedaba de su fortuna para construir El Pretoriano y salir de Roma para ganarse la vida lejos de sus enemigos.

Aquella mañana la ciudad se despertó más temprano que de costumbre. Desde antes del amanecer, la ciudad estaba envuelta en los aromas de los hornos donde se horneaba el pan. Como de costumbre, en la mañana, antes de partir Calixto, despidió y pagó a su tripulación que había contratado en el puerto de Alejandría y salió en busca de una nueva tripulación para su barco. Mientras paseaba por el muelle fijó su mirada en un puesto de pescado seco atendido por tres hombres, al parecer judíos, un viejo y dos jóvenes, probablemente un padre y sus dos hijos. Se acercó a ellos y dirigiéndose al más joven dijo:

—¿Cuánto cuesta aquel pescado? —refiriéndose a un pez mediano colgado al sol.

—Tres denarios de plata —dijo el joven.

—¿No es demasiado dinero por un sólo pez? —dijo Calixto—, ¿qué tienen de especial?

—Es pescado galileo, el más sabroso y apetitoso, incluso en una ciudad costera como Cesárea, donde la pesca es tan variada, es bastante apetecido.

—Dime, ¿tienes experiencia en el mar?

—Sólo tengo experiencia con pequeñas naves galileas.

—¿Ganas suficiente con esta venta de pescado?

—No, en realidad no, todas las ganancias las toma mi padre y con esto sostiene a la familia.

Mientras todavía hablaban, los ojos del anciano judío se posaron en el romano y, con un tono grave, de desconfianza, se dirigió a él.

—¿Qué deseáis romano?, si no tienen nada qué comprar, marchaos y dejad tranquilo a mi hijo.

—De acuerdo, de acuerdo, ¡dadme cinco peces medianos!

Tomó los peces y le dio al muchacho una pequeña bolsa que, al parecer, tenía monedas, hecho esto se retiró.

Cuando su padre se hubo descuidado el muchacho abrió la bolsa. En su interior se encontraban quince denarios de oro y una nota en arameno que decía: “si deseas ganar veinte veces esta suma, conocer el mundo y sentir la aventura, busca mi embarcación en el muelle sur, la reconoceréis por sus velas púrpuras y por tener un águila de hierro en el mástil”.

Durante el trayecto de la mañana Calixto recorrió los muelles ofreciendo trabajo a cuanto joven reflejara la sed de aventura y se le atravesara en el camino.

Casi para medio día Calixto volvió a su barco escoltado por casi veinte jóvenes, hombres seducidos por las promesas del viejo y astuto romano. Entre ellos se contaban Vatorixi y Vincetorix, dos hermanos galos traídos como prisioneros en una de las galeras romanas; Keops el egipcio, llegado a Cesárea en busca de oportunidades que no encontró en Alejandría; Hamubi, Hemubes e Himbo, tres novatos sirios de paso en la ciudad y un considerable número de judíos, samaritanos y nativos de la ciudad.

Con este grupo de jóvenes tenía suficientes hombres para usar los seis pares de remos y para operar en cubierta; pero aún no estaba seguro, en alta mar nunca sobran cinco o

seis hombres de más, entonces pensó en el joven que había conocido en el muelle y quizá, con suerte, el joven judío.

Llevaban casi dos horas esperando y las naves que habían zarpado a medio día debían ir a medio camino del próximo muelle, entonces se decidió a partir.

—¡Suelten las amarras! ¡Remen a mi voz! ¡Remen!, ¡remen! —gritó con fuerza—, ¡remen!

Pero, entonces, dos siluetas aparecieron en el muelle corriendo a toda velocidad.

—¡Esperen! ¡No se vayan! ¡Queremos navegar con ustedes! —era el joven judío acompañado de su hermano—. ¡No nos dejes!

—¡Deténganse! ¡Dejen de remar, detengan el barco! —dijo Calixto al ver el muchacho.

Se habían apartado apenas del muelle seis pies, los dos muchachos se arrojaron al agua y nadaron hasta el barco donde una soga los guió a cubierta.

—Me alegra que hayan decidido acompañarnos, jóvenes —dijo satisfecho Calixto.

—¿Realmente ganaremos tanto dinero como dices? —dijo emocionado el joven.

—Mucho más de lo que piensas, pero... ¿cuáles son sus nombres?, no hemos tenido la oportunidad de presentarnos, permítanme empezar, yo soy Cayo Calixto Claudio.

Los jóvenes estaban maravillados con los modales y costumbres del romano.

—Mi nombre es Matihash o, en la forma romana, Matías —dijo el mayor— y éste es mi hermano Yoh-Shuah o Josué.

—Bueno, lo mejor será que partamos, Matías, baja y ayuda a acomodar la mercancía, Josué colabora en la limpieza de la cubierta.

El trayecto era simple, de Cesárea se dirigían a Tiro, de allí a Pafos en Chipre, luego pasarían a Creta y de Creta a los puertos de Grecia hasta Bizancio.

Aquel primer día pasó en total tranquilidad, la nave avanzaba con lentitud. No había viento y el barco debía su movimiento a los remeros que cambiaban turnos con el resto de la tripulación, con suerte estarían en Tiro al amanecer.

Aquella noche Calixto reunió a la tripulación en cubierta, la nave quedó temporalmente casi inmóvil a no ser por el ligero movimiento de las aguas. Se paró en frente de todos ellos con una antorcha en la mano.

—Las reglas de este barco son muy simples, las ganancias serán repartidas dos terceras partes para ustedes. Espero que sean repartidas. La otra tercera parte será repartida para mí y el cuidado de la embarcación —se detuvo momentáneamente— ; en el nivel inferior de la nave, detrás de los remos y de la mercancía, hay una puerta, está rotundamente prohibido intentar abrir esa puerta, el que sea descubierto tratando de abrir la puerta será inmediatamente tirado al mar y será alimento para los peces.

Dichas estas palabras avanzó hacia la tripulación y esta vez les habló con una voz más tranquila y serena:

—Tengan por seguro que mientras no intenten romper estas dos reglas, desafiar mi autoridad o dañar a otro miembro de la tripulación tendrán mi aprecio y sincera amistad. Bueno, pues supongo que deben estar cansados, sepárense en dos grupos, el primero se encargará de la nave hasta la medianoche, el segundo desde la medianoche hasta el amanecer, ¡buenas noches! —y bajó al nivel inferior del barco y se recostó en un costal de trigo.

Matías y Josué quedaron en el segundo grupo, junto a Vicentorix y Keops además de seis samaritanos, así que bajaron e, igual que Calixto, se recostaron en los costales de grano. De pronto, mientras se encontraban en sus más profundos sueños, sintieron un poderoso golpe que los despertó, de inmediato subieron rápidamente a cubierta y se encontraron una poderosa tormenta. Las poderosas olas chocaban sin clemencia contra la pequeña galera romana, los rayos y truenos iluminaban la oscura bóveda celestial, el viento soplaba con violencia, la embarcación era tan frágil ante esta tormenta como una pequeña hoja en la corriente de un poderoso río. Toda la tripulación se encontraba en cubierta tratando de sujetar la carga que no había sido llevada al interior del barco. El miedo y la preocupación se veían en sus caras, incluso, el mismo Calixto reflejaba temor, su gruesa voz era escuchada y obedecida por todos los hombres.

—¡Necesito doce hombres abajo controlando los remos y necesito otros tres manteniendo el curso del timón!

Ordenaba y se contradecía, la calma y la serenidad no le acompañaban aquella noche. De pronto, una gran ola se levantó sobre el barco y golpeó la cubierta, lo siguiente que se vio y escuchó fue la voz de auxilio de los hombres que cayeron al agua y las cuerdas que sujetaban la carga totalmente rota.

Matías volteó a su izquierda para verificar que su hermano estuviera bien, pero no estaba, ni en toda la cubierta, corrió a la borda y vio a su hermano sujeto a una cuerda a punto de caer al mar.

—¡Ayúdame Matías! —gritaba Josué.

—¡Sujétate fuerte Josué!, ¡pediré ayuda! —dijo Matías—. ¡Auxilio, mi hermano se cae al agua! —Su suave y joven voz

era sorda para los oídos de la tripulación—. ¡Sujétate Josué! —gritó Matías y tiró con fuerza sin lograr mayor avance.

—¿Necesitas ayuda jovencito? —dijo una fuerte voz—. ¡Tira con fuerza!

Era Calixto que había escuchado al joven en apuros y, usando su gran fuerza, entre los dos subieron a Josué, instantes después el viento y el mar se calmaron y el sol radiante salió por el horizonte iluminando la costa de Tiro.

La ciudad reflejaba una gran belleza, a la derecha estaba la parte continental de la ciudad, con las altas murallas, los pequeños puertos y las torres; a la izquierda, sobre una isla cercana a la playa se encontraba la parte insular de la ciudad, con sus grandes puertos, casas y edificios lujosos, además de un pequeño muro que rodeaba la ciudad.

Pero algo andaba mal y dañaba este momento de felicidad y calma. Matías se levantó y miró el barco, la mitad de la tripulación había sido llevada por el mar, en el suelo yacía el viejo y cansado Calixto junto a un charco de sangre. Matías corrió hacia él y lo tomó en sus brazos.

—¡Señor!, ¡señor! ¿Está usted bien? —dijo preocupado—. ¡Respóndame!

Matías miró hacia su abdomen y vio una estaca clavada en su vientre. El fuerte anciano había usado sus fuerzas para ayudar a salvar a Josué a pesar de estar gravemente herido, de pronto sus ojos se abrieron y pudo pronunciar algunas palabras.

—¡Reúne a la tripulación! —dijo con voz débil—, toma estas llaves y abre la puerta que dije estaba prohibida para ustedes —dijo sacando un juego de llaves—; en el interior del cuarto, tras la puerta, encontrarás dos cofres de hierro, tráelos y ábrelos con las llaves de oro.

Matías recostó la cabeza del anciano en el suelo y se apresuró a despertar a toda la tripulación y a reunirla en torno del agonizante anciano. Tomó a su hermano del brazo y bajaron al nivel inferior, atravesaron la zona de remos y de la mercancía y se vieron frente a la negra puerta, cuya cerradura de hierro tenía grabada la cara de un león.

Josué tomó la llave de hierro y abrió la cerradura, la gran puerta se abrió ante ellos, del otro lado, dos grandes cofres eran el único contenido del pequeño cuarto.

Matías y Josué subieron los cofres a cubierta y, en presencia del anciano, los abrieron. El primero tenía en su interior una armadura negra, similar a la de un centurión romano, una capa púrpura y un casco plateado; en el segundo cofre había una gran espada, con un mango en oro, adornada con dos rubíes y una esmeralda la cual tenía una inscripción que decía: “*Pratorion Roma, Pratoriom Imperator*” y una carta cerrada con el sello del emperador.

—Esta carta contiene un secreto que he llevado sobre mis espaldas desde hace catorce años —dijo el agonizante anciano—, me harían el favor de leerla.

Matías tomó la carta entre sus dedos y rompió el sello, la carta estaba en latín. Matías escasamente sabía hablar arameo y hebreo.

—¡Lo lamento señor! —dijo consternado— está en latín y no sé leer esa lengua, a menos que alguien de la tripulación pueda leerla, creo que no sabremos qué dice.

—¡Yo puedo! —dijo un joven miembro de la tripulación—, mi padre es romano y me ha enseñado a hablar y leer latín.

—¡Léela muchacho!, ¡no ves que la vida se le va de su cuerpo! —dijo Vatorixi *el Galo*, refiriéndose al anciano.

Tomó y leyó la carta:

A mi querido amigo y protector Cayo Calixto Claudio, General de la guardia pretoriana del emperador César Augusto Claudio. Mi querido amigo: me he enterado de un complot en contra de mi vida por parte de la madre de mi yerno Nerón, Agripina, y en contra de mi hijo Británico para lograr la coronación de su joven hijo. Sabiendo esto, amigo mío, te pido que lleves esta carta y mi espada al único hombre capaz de detener esto o gobernar el imperio en caso de mi muerte y la de mi hijo, Vespasiano, General de las legiones de oriente, hombre íntegro y fiel. Ya he escrito a mis principales partidarios en el Senado pero temo que Agripina y Nerón atenten contra ellos. Sólo a ti puedo confiar este secreto. Gracias amigo.

Emperador Claudio César

—Por las palabras de esta carta fui expulsado de Roma —dijo el agonizante Calixto mientras que de sus ojos brotaban lágrimas—. Ahora, en mis últimos momentos de vida les pido que lleven El Pretoriano hasta Pátara, en Asia, y entreguen esta carta al General Vespasiano con esta espada que le hará saber que estas palabras son verdaderas. No se detengan en ningún puerto pues sé que desde que salí de Roma, hace catorce años, he sido seguido de cerca por enviados de Nerón y, en más de una ocasión, han atentado contra mi vida. Les aseguro que serán bien recompensados por esta misión.

Todos se miraron unos a otros, no sabían si cumplir o no la última voluntad de un anciano que conocían hacía tan poco.

—Abajo, tras la puerta que abrieron encontrarán una bolsa con seis mil denarios de plata que, sin duda alguna, les encantará como paga, pero os aseguro que conseguirán

cinco veces esto por llevar la carta a Vespasiano —dijo el astuto Calixto.

De nuevo todos se miraron con una sonrisa en sus rostros, pero, cuando volvieron a ver al anciano ya estaba muerto.

Le pusieron la armadura al cuerpo inerte del anciano y le envolvieron con los mantos que llevaban puestos, ataron una roca a su cuerpo y lo lanzaron al mar, izaron las velas y, aprovechando el viento que soplaba hacia el Noroccidente, partieron hacia Pátara sin siquiera parar en el puerto de Tiro.

Las siguientes dos semanas no fueron las mejores, a pesar del buen viento y el mar tranquilo, el agua dulce se acababa poco a poco y el alimento que se encontraba entre las mercancías se estaba deteriorando.

Finalmente, podían divisar el puerto de Pátara tras veinte días de navegar; estaban hambrientos y sedientos, ya soñaban con las ganancias que obtendrían al entregar la carta al General Vespasiano.

Cuando pudieron divisar el puerto una sonrisa iluminó sus rostros, saltaban y bailaban en cubierta, los remeros trabajaban con fuerza, pero algo pasó. Keops divisó una figura a lo lejos y esa figura se volvió dos y tres, hasta diez siluetas.

—¡Galeras romanas!, ¡galeras de combate! —gritó Keops—. ¡Vámonos o nos matan!

Todos trabajaron en cubierta y remararon al tiempo, pero El Pretoriano no era tan veloz como aquellas naves de guerra que pronto estuvieron a poca distancia de él.

Algunos tripulantes cansados por remar subieron a prisa a cubierta para tomar aire y una lluvia de flechas cayó sobre ellos, atravesando sus pechos, robándoles la vida y pintando el suelo con su sangre. Luego llovieron flechas en llamas,

que quemaron las velas, el humo los hizo salir a cubierta donde una nueva lluvia de flechas mató a casi todos los tripulantes. Matías vio morir a su hermano Josué por una flecha que le atravesó el corazón. Entonces Matías tomó una decisión radical y decisiva, tomó un jarro e introdujo la carta en él; tomó la brea de los maderos en llamas y lo selló, se lo amarró al cuerpo con la espada y se lanzó al agua. Cuando emergió y vio hacia atrás observó la pequeña nave negra en llamas y el mástil caer, pero, cuando vio hacia el cielo, al humo que salía, vio formarse una especie de águila que volaba hacia el Occidente, hacia Roma; las esperanzas le dieron fuerzas para nadar y nadar hasta que ya no pudo más y el cansancio le hizo desfallecer.

Cuando abrió los ojos vio ante él a un hombre vestido de armadura, alto y fornido, de cabellera rubia y barba espesa, era el General Vespasiano. Matías lo reconoció quizá por estar escoltado por otros cuatro hombres o por su casco dorado. Matías, aún en el piso, dirigió su mano al pequeño recipiente y tomó la espada, estiró su mano hacia el general, el cual recibió los dos objetos de importante valor.

—¡Una carta del Emperador Claudio general! —dijo sin aliento Matías.

—¡Creo que llegó catorce años más tarde! —dijo el general.

Y el resto de la historia... ¡es historia!

Tertulia entre Dios y el diablo



TERCER PUESTO

Autora:

Leify Marcela

González Ospina

Colegio:

Institución

Educativa

Distrital José

Félix Restrepo

Curso: 10°

Edad: 16 años

—¡Ya ha llegado la hora de acabar con esta farsa de mundo! —decía Dios al diablo mientras tomaba un café. El demonio, riendo a carcajadas, le contestó con ironía:

—¡Aquel que creaste con tanto esmero Señor!, ¿qué pasó con tus esperanzas, tus sueños, tus ilusiones?, ¿a qué clase de seres les diste un soplo de vida?, ¿a aquellos que, tiempo después, iban a demostrarte su

agradecimiento matándose unos a otros?, ¿mostrando su admiración por ti: violando, robando, secuestrando a sus propios hermanos los cuales son imagen y semejanza tuya?, ¿a esos... tus hijos, vas a destruir! Ja, ja, ja...

—¡No más! —gritó con furia y tristeza.

—¡Sí más!, ¡mucho más! —continuó el demonio de forma grotesca— ¿Sabes algo? Tu poder se convirtió en tu peor enemigo, tu peor opresor, tu cuchillo, ya que todos tus hijos han querido obtenerlo y por ello te han perdido el temor, el respeto. ¿Y qué me dices de la justicia esa que tú creaste?, la misma que se volvió contra tu hijo Jesús y que,



Dibujo: Lorena Fernanda Guro, 13 años.

sin ninguna compasión, lo destruyó. Es triste Señor, muy triste, han creado tantas religiones y dioses que lo único que han hecho es desviarse de la verdad, pues el dios del dinero, del placer, de la lujuria no hacen más que burlar tu nombre. Tus adorados angelitos, ja, ja, ja, se han descarriado a causa de tu falta de carácter y, por eso, se rodearon de malas amistades. ¿Te acuerdas de aquella que vino un día?, ¿cuál era su nombre?, ¡ah! ya lo recuerdo, era la Duda y venía acompañada de otras dos señoritas, la Envidia y la Lujuria, las cuales vestían hermosos vestidos de hipocresía y con su falsedad influenciaron sus mentes, hasta el punto de ponerte a ti en segundo lugar. Ahora no hay valores, en el mundo reinan los elitistas sin sentimientos, superficiales y plásticos.

—¡Silencio! —gritó Dios exaltado— ¡No más!, ¿de qué hablas?, si fuiste mi más bella creación, fuiste el más hermoso de mis ángeles y, aun así, contra mí te volviste ¿por qué criticas ahora?, todo te lo di y lo rechazaste para después envidiarlo y añorarlo, ¿o no?

—Eso no importa —contestó el diablo—, no estamos hablando de mí sino de tus hijitos... estás decepcionado, ¿verdad?

—Tal vez un poco —replicó Dios— pero no pierdo la esperanza, pues también creé las oportunidades, el arrepentimiento y el perdón, así el amor reinará sobre el odio y la verdad volverá al alma.

—¿Quiere más café? —preguntó Dios al diablo

—Un té estaría bien, guardo mi línea —respondió él.

—Y dime, ¿quieres continuar con la conversación Señor, o prefieres parar aquí?

—¡Mira diablo!, ¡no seas tan cruel conmigo!

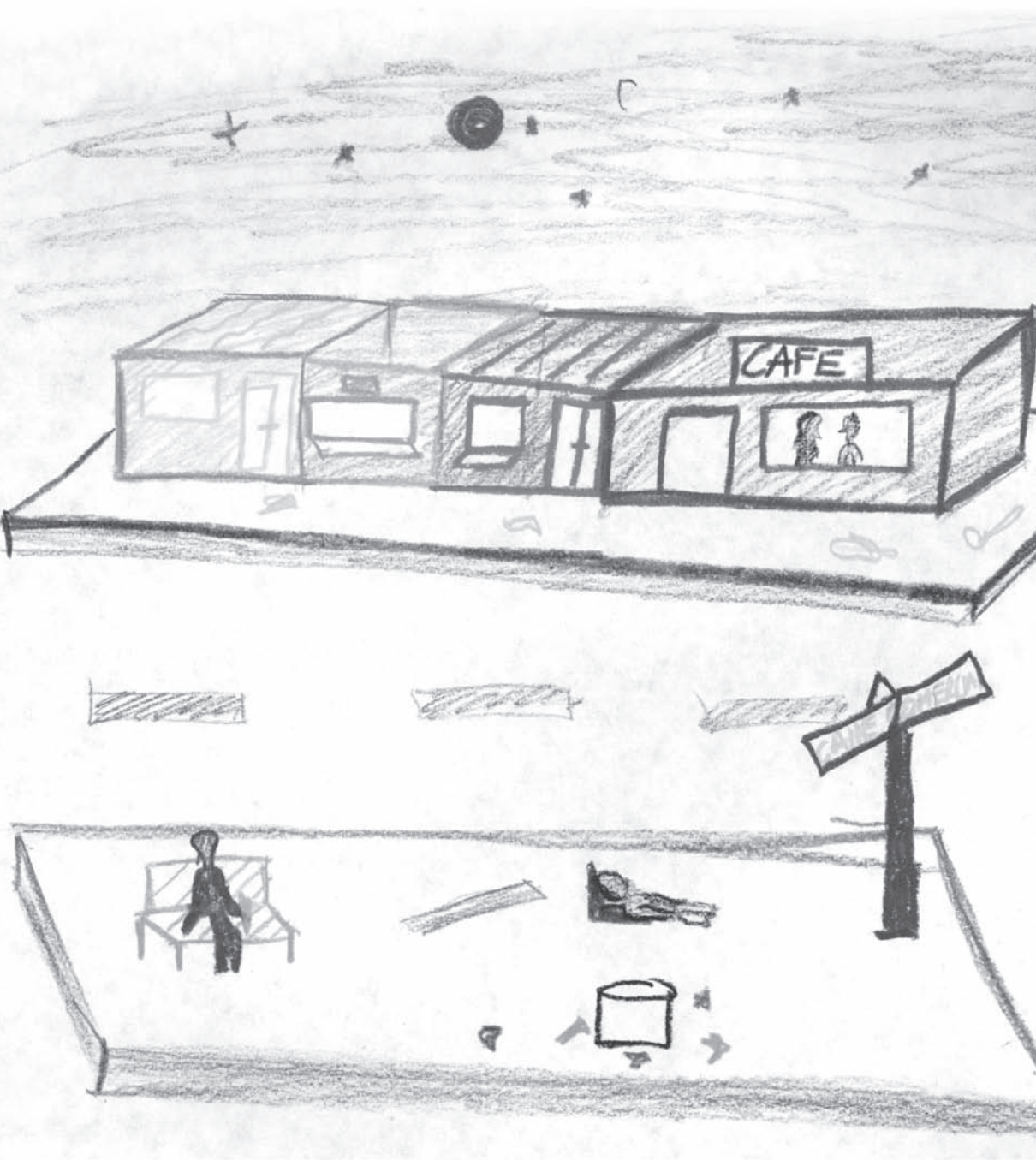
—No estoy siendo cruel sino realista, sólo te digo alto Dios, acuérdate de la gente que sufre: los del tercer mundo, los pobres, los enfermos, tal vez suena bastante irónico de mi parte, pero no quiero reinar en este mundo tan cruel, hasta podría decir que me compadezco de ellos. Entra en el alma de aquella gente mala, que daña a los suyos. ¿Sabes? yo soy malo pero ellos ya me han superado en maldad, ¡ay! ¡humanos! eso no se vale, ¡me robaron el protagonismo!, y ahora vivo aburrido por no poder tentarlos y competir con el bien, esa era mi felicidad. ¿Sabes?, me deprimí —dijo el diablo—. Mejor paga la cuenta y vámonos.

—¡Pero tú invitaste! —contestó Dios y terminó pagando la cuenta.

Dios y el diablo finalizaron así su tertulia y optaron por irse a casa, eso sí, prometiendo volverse a encontrar para jugar una partida de ajedrez.

Entre tanto, en el café bar donde se encontraban, quedó cierto aire de incertidumbre y todos se preguntaban ¿qué pasa con este mundo?, ¿hasta dónde vamos a llegar?, y, lo más importante, ¿qué pensará Dios de todo esto? ¿Qué piensas?

CATEGORIA JUVENIL
Cuentos preseleccionados



Dibujo: Carolina Reyes.

Ciudad de Nadie



Autor:

Carlos Saavedra

Muñoz

Colegio:

Liceo Juan

Ramón Jiménez

Curso: 9º

Edad: 14 años

La poca luz del amanecer permitía apenas ver el aviso “CALLE COMERCIAL” ubicado en la esquina oriental. El mensajero dirigió su mirada hacia el rayo de luz que salía de la montaña aún cubierta por la neblina, luego se fijó en la acera vacía y comenzó a buscar la dirección de la carta: Banco CAM.

Cuando la encontró vio el edificio gris, viejo y sin vida que contrastaba con los restaurantes, bares y tiendas que se ubicaban a su alrededor, era una isla muerta entre el arco iris de las otras construcciones.

A pesar de lo temprano que era, en el edificio había un trabajador que no había dormido en toda la noche. Se trataba de un economista que en la tarde anterior recibió la terrible noticia: la reunión del viernes sería el miércoles, es decir, el día que estaba comenzando. La noche había sido fría pero calmada, pudo trabajar con tranquilidad y ya casi terminaba, lo que le preocupa era no quedarse dormido en la reunión que empezaría en tan sólo unas horas.

El economista decidió descansar e ir a su casa que se hallaba a algunos minutos nada más. Apagó la luz, cerró con llave y se despidió del celador, quien acababa de recibir una carta para el presidente, enviada desde la central bancaria. Al salir a la calle la soledad de la misma lo impactó, miró al cielo y al azul profundo, el sol, que aún no se decidía a salir, y los pájaros que recién despertaban, le hicieron pensar que ese sería un día maravilloso, sin saber el porqué de su presentimiento.

Luego de su breve descanso, el economista inició su regreso al trabajo, caminaba repasando sus notas y confiando ciegamente en lo que sus pies hacían. Sin darse cuenta llegó frente al letrero “CALLE COMERCIAL”, pero un ruido en sus oídos lo hizo levantar la cabeza y darse cuenta de que había llegado. El azul profundo del cielo, el sol que aún no se atrevía a salir y el cantar de los pájaros habían quedado tan sólo como recuerdos lejanos, ahora el cielo era claro como de verano, el sol alto insolaba a los transeúntes y los pitos de los carros lo perturbaban fácilmente.

Entró un momento al café, donde pidió el periódico del día, el vendedor con cara de sueño se lo entregó y, sin darse cuenta, le dio más dinero de vuelta de lo debido. El economista, haciendo uso de su oficio y de su buena fe, le devolvió lo que sobraba, aun así, el vendedor no reaccionó. Todo debido al guayabo producido por la borrachera tremenda de la noche anterior.

Era lógico que se encontrara en ese estado, pues, la noche anterior jugó la selección, y un triunfo como el ocurrido no pasaba a menudo, era para celebrarlo con los amigos del barrio, obviamente, sin preocuparse por lo agitado que sería el trabajo al siguiente día.

Para comenzar, llegó tarde. Como era de esperar tenía que hacer el café para los madrugadores para quienes la bebida parecía darles vida, luego, seguía la venta de periódicos y revistas a los peatones que pasaban por el andén durante la mañana y, finalmente, a eso de la una, se iba a almorzar a la casa.

Considerando el estado en que se encontraba el vendedor decidió dejar encargada del café a María, la mesera a quien le tocaba el trasero y le miraba los senos cada vez que se le acercaba. Se fue a la casa y durmió hasta las siete de la noche, hora en la que se despertó de mal genio a regañar a la esposa por no tenerle la comida lista.

María, la pobre que vivía perturbada por el viejo verde que tenía como jefe, atendió a la perfección el café, incluso a las seis de la tarde, que era cuando los oficinistas se lanzaban como pirañas a las tazas de tinto, los pasteles de pollo y las empanadas de carne y papa criolla.

Fue un día agotador para ella, salió del local a las siete y media, cuando ya no quedaba sino el restaurante abierto. Se detuvo frente a la ventana a mirar los platos exquisitos que pasaban en la mano de los meseros de aquí para allá, deseando que, por arte de magia, apareciera adentro comiendo junto a su novio, cosa que veía difícil por la pelea de la noche anterior.

En su distracción no se fijó en la pareja de amantes que se reían de ella, el señor hijo de papi y mami, con su traje de paño y de gafas oscuras que, mostrando su tarjeta de crédito, bromeaba con la mujer refinada; que jugaba con su pelo mientras se fumaba uno de los cigarrillos que le había ofrecido su compañero.

Los amantes se quedarían hasta que la botella de champaña se terminara, luego irían a bailar al club y, finalmente,

regresaría cada uno a su casa, donde dirían que el día en el trabajo había sido tremendo y que el papeleo no terminaba. El plan era el mejor, les había funcionado por casi seis meses en los que se veían una vez cada dos semanas. Además, era una relación perfecta, no tenían responsabilidades el uno con el otro, la pasión nunca dejaba de fluir y siempre tenían algo para hacer, sin olvidar nunca el acto sexual, por supuesto.

Finalmente, salieron del restaurante, que cerró a los dos minutos de que ellos se dignaran irse. A esa hora la calle ya estaba vacía, sólo quedaban tres gamines dormidos que se irían del lugar por ahí a las cinco de la mañana, antes de que llegara la patrulla de policía que hacía la ronda por el barrio.

La noche era fría, como ocurre cuando el día es despejado, pero era hermosa, con una luna inmensa rodeada de miles de distantes estrellas. Aun así, para los gamines esto no era nada importante, lo que sí importaba eran las sobras de comida que les habían regalado en el restaurante, haber conseguido un buen murito donde recostarse y tener las mismas cobijas que se habían encontrado, cinco años atrás, botadas en la basura.

Habían dormido como siempre, espichados para calentarse y arrullándose en los sonidos de la ciudad nocturna que tenía vida propia. Por la mañana se habían despertado antes de que el sol sacara, si acaso, uno de sus pelos rizados. Se fueron caminando con rumbo a su andén preferido, donde pedían las limosnas que les permitían comprarse algo de comer y, en especial, el frasco de *boxer* que ya les tocaba renovar.

Finalmente, el día volvía a empezar, el mensajero no iría porque se había enfermado; el economista llegaría a eso de las diez, feliz por el convenio logrado el día anterior con los

inversionistas extranjeros; el vendedor llegaría a tiempo... que ya es mucho decir, María dejaría que le tocara el trasero con tal de conservar el trabajo, y los amantes se verían al medio día para nunca volver a salir juntos, el esposo de la mujer se había dado cuenta y la había amenazado con no darle dinero para comprar sus zapatos, blusas y carteras, de las que no podía prescindir.

Lo extraño es que cada una de estas personas pasaba por el letrero “CALLE COMERCIAL” con frecuencia, pero nunca se daban cuenta de lo decadente que se estaba volviendo el lugar, de lo poco alegre que era y de cómo esto se expandía por cada lugar por el que pasaban, contaminando la ciudad como si fuera una epidemia inevitable. Vivían en la ciudad de nadie, donde nadie se interesaba por, siquiera, conocer a aquellos que caminan a su lado, una ciudad muerta en la que contaminación no era el humo de las fábricas, ni la basura, ni los criminales, sino la indiferencia de sus habitantes.



Dibujo: David Espinel, 13 años.

El juicio



Autor:
Jorge Enrique
García Bernal
Colegio:
Institución
Educativa
Distrital Alfonso
López Pumarejo
Curso: 10°
Edad: 17 años

Sumido en un letargo profundo, pero no eterno, comencé a soñar. Soñé con un salón gigantesco, al parecer, allí se llevaba a cabo un juicio. El acusado interrumpe el silencio del salón con su sorpresiva y terrorífica risa, a la fuerza lo hacen sentar en el estrado; con esa misma risa comienza a hablar en un tono amenazante:

—¡Yo!, ¡sí yo!, soy el culpable de todo lo que se me acuse, yo interrumpí con mi ráfaga de odio la tranquilidad del ser humano y yo... maté a miles.

El juez rígido como su autoridad se lo exige, con escepticismo, mira al acusado y sobre los hechos interroga:

—Usted, ¿se declara culpable de haber segado la inocente y corta vida de miles de niños mientras descansaban en el regazo consolador de sus madres?

Con su cruel risa, que en el ambiente producía el olor embriagador de la muerte, él contesta con el más infame cinismo.

—¡Sí!, ¡yo!, desde el aire los bombardeé en la tranquilidad... ¡Maldita pasividad de la noche! Arrasando a mi lúgubre paso todo lo que para ellos existía, mire usted, señor juez, me llevé hasta a sus amadas madres.

El juez golpeado y herido en su alma, que se retorció de dolor por estas palabras tan crueles, pero rígido y sin demostrar su sufrimiento, como su profesión le dictaba, sigue cuestionando:

—Y usted, ¿se declara culpable de haber sembrado la semilla del odio en los corazones de los hombres y después de haber entregado las herramientas y armas necesarias para que se mataran entre sí, luego juzgarlos y condenarlos, sin derecho a hacerlo, a la esclavizante envidia de la desigualdad social reflejada en la creencia de humanismo del rico y la vida miserable del pobre?

Él, con más cinismo responde:

—¡Sí! ¡yo lo hice!, fui capaz y tuve tanto poder que a los ricos les brindé el lado corrupto y sucio del poder y a los pobres, fue sencillo, los maté de hambre o los contagié de las peores enfermedades para silenciar sus voces de queja y protesta ante mis acciones.

El juez, sin poder disimular la palidez de su rostro ante el hecho nauseabundo de estar viviendo la espantosa pesadilla que significaba escuchar a este despreciable ser, se retira a dictar sentencia.

En la mirada del condenado sólo se podía ver la soberbia de quien divaga, inmerso en un mar de recuerdos llenos de desaparición, oscuridad y muerte, mientras los presentes murmuraban aterrorizados. Se abre la pequeña puerta posterior, una cabellera blanca hace su arribo con la felicidad en los ojos; la esperanza de sus labios y el coraje hecho valentía, el juez hace su dictamen:

—Usted es condenado a estar clausurado en la oscuridad, encadenado a la soledad, a nunca ser alimentado por su principal sustento: la violencia. Nunca más surcará la muerte de los demás, jamás volverá a destruir o amar, la justicia será su yugo y el olvido su tormento, porque todo ser racional desechará su semilla para que no dé fruto, su propósito se verá sumido en el olvido, porque los hombres entenderán que todos somos iguales y que el amor hacia los demás basta para ser felices, que es más fuerte un abrazo fraternal que la ambición. Comprenderán que el mundo y la naturaleza dejarán de reclamarnos si usted es sometido a la tranquila paz. Señor Guerra vivirá apartado de nuestras mentes y corazones para que florezca la vida y se disipe el llanto; por cada vida perdida, una nueva sonrisa; por cada dictador, un aliento de libertad; por cada voz silenciada, un grito de esperanza; por cada ciudad destruida, trillones de coloridas flores; hará esto durante miles y miles de eternidades.

Sólo risas, besos, abrazos se vieron desde entonces, la solidaridad brotaba sin algún interés, la gente sólo moría de vejez, el mundo era suave, bello y limpio, la sinceridad se respiraba, la hermandad brillaba como el sol.

Pero... desperté de mi letargo en la cruel realidad, por eso, cada mañana anhelo con paciencia que los demás me ayuden a hacer mi sueño realidad, que tanto necesitamos.



Dibujo: Mary Yiset.

El poeta mudo que no sabía escribir



Autora:

Gina Castro

Sierra

Colegio:

Cooperativo de

Bosa

Curso: 10°

Edad: 16 años

En el pueblo Puerto Rico hacía mucho calor y, como sus calles no eran pavimentadas, cuando la lluvia intensa caía, el suelo arenoso se volvía una sopa de lodo, imposible de pisar. En ese pueblo nació y vivía un personaje supremamente importante para el país, Samuel López, el escritor y poeta que me dijo, con voz triste, lleno de dolor:

—Cuando yo era niño era muy solo, no me gustaba el arroz y me encantaba ponerme al sol todo el día cuando no había clase. Y cuando llovía, enlodarme el rostro e imaginarme la vida de las ranas.

Mi vida cambió cuando al pueblo llegó mi maestra de artística, Margarita, tenía los ojos negros como pantera, así mismo sus pestañas, sus cabellos, ah... sus cabellos rizados, sus labios rojos, su piel dorada.

Yo estaba sentado en un banco viejo de madera acabada por los gorgojos, con dolor de cabeza y algo de gripa, la vi y su mirada tan arrolladora me envolvió en el más dulce sueño de amor, con fina inocencia que impregnó

mi corazón. Recuerdo que sus labios se abrieron y con voz suave me dijo:

—¡Vamos muchacho! —tocando mi hombro, sonriendo con ternura.

Un frío se adueñó de mi cuerpo. Perdí por completo la capacidad para andar, desde ese momento dejé de ser yo; insistiéndome de nuevo me dijo:

—¡Samlo!, ¿qué pasa?

Tartamudeando respondí en mi corazón “te amo”.

Aunque era muy pronto yo no entendía porqué, Margarita, aparte de ser hermosa era tan dulce y sonriente, no me importaba que fuera mayor que yo, tampoco por mi mente pasaba el cura, el alcalde, mi mamá, y todos los chismosos; estaba enamorado y eso era realmente maravilloso para mí.

Con el pasar de los días un sentimiento crecía más y con él las ansias de aprender, por eso de la igualdad intelectual; hablar sin ningún problema.

Mi mamá estaba muy extrañada, no entendía mi cambio, me observaba mientras que yo cantaba o hacía mis tareas, además, estaba relacionándome con chicas, quería aprender a hablar con tranquilidad y seguridad y con anterioridad empecé a planear cómo le iba a decir a Margarita lo importante que era para mí.

Se llegó el día que había escogido para hablar, estaba nervioso. Cuando terminó la clase, perplejo, me quedé sentado mirando nada, con la mente en gris, ella estaba en su escritorio revisando algunos trabajos, de pronto me dijo:

—¡Samlo!, ¿qué pasa?

Como la primera vez, sudé, me levanté, la miré sin parpadear, mi corazón empezó a latir con más frecuencia, mis mejillas se sonrojaron, pasé saliva y dije:

—¡Margarita! yo pienso y siento que...

—¡Samlo! —me interrumpió— ¡las tres y treinta!, ¡tengo prisa!, ¡hablamos luego!, ¡discúlpame!, ¡recuérdame que tenemos una conversación pendiente!

Yo cerré mis ojos, lloré y, con mi puño, golpeé la pared, se había ido, era un estúpido.

Llegué a mi casa y no quise comer y me acosté mirando el techo de mi habitación como cuando era más chico. Las imaginaciones se mezclaron, eran tan ilógicas pero aun así me dormí soñando, soñando con ella.

Al día siguiente no fui a la escuela, no pensaba más que en ella, tomé una hoja y un cuaderno y me dediqué a escribir. De lo más profundo de mi corazón salió un poema que, sin pensarlo tanto, al siguiente día se lo entregué. Sin contestar las preguntas que me hacía por mi ausencia la besé en la mejilla, se sonrió y empezó a leerlo, yo, con amor, la veía y la escuchaba:

Te amo porque, sin saber,
tus ojos han sido la
clave más hermosa de la verdad.

Te amo porque con tus cabellos
aturdes mi amor.

Te amo porque con tus labios rojos
se aceleran mis sentidos.

Te amo porque tu sonreír
me envuelve en una suave seda.

Te amo porque te miro y
tiemblo, te amo,
sencillamente te amo.

Samlo

Con su risa alborotada, con sus manos suaves tocaba su cabello y decía en voz muy alta:

—¡Es maravilloso!, ¡es muy especial!, ¡Dios!, ¡Dios!
¡Cómo no me di cuenta, eres un artista! ¡Me alegra que
sea yo quien te asesore!, aunque no lo necesites, ¡eres muy
grande!

Yo no entendía nada, en realidad nunca entendí nada así
como ellos, nunca vi que no me amaba, mis intentos porque
ella supiera de mis sentimientos fueron fallidos.

Hoy estoy aquí diciéndote mi triste historia de amor pero
la inspiración verdadera... razón de tantos triunfos. De nada
me sirvieron las entrevistas, los premios aquí y allá si nunca
la tuve a mi lado, ella fue quien me trajo a este mundo.
Yo en cada letra que formaba un poema, dejaba mi amor.
Antes de que los demás lo conocieran, ella los leía y decía:

—¡Qué gran privilegio!

Le iba a decir que la amaba y no fui breve, le escribí y
no me entendió. Quizá nunca aprendí a hablar y mucho
menos a escribir.

Ilusión de algodón



Autora:
Carolina Padilla
Unigarro
Colegio:
Anglo Americano
Curso: 10°
Edad: 15 años

Aunque él se había esforzado, tal vez pudo haberse estirado más, pensándolo bien, la mano no estaba completamente extendida. Pero, por otra parte, ya había intentado de todas las maneras posibles, había saltado con fuerza y resistencia, había escalado a

través de los demás, sus amigos lo habían alzado, incluso, una vez había intentado alcanzarla con los pies. Un día la había tocado y cuando ya se sentía que la podía coger, la moneda se había gastado. Sí, él era un muñeco, un pingüino de peluche que vivía en una máquina de esas de los centros comerciales, en las que uno inserta una o dos monedas para que, con una garra metálica, de un color plateado muy brillante, uno pueda alcanzar un premio.

Él siempre había soñado que la garra lo alcanzaba y lo llevaba hacia un niño que lo tendría en su cuarto y jugaría con él, y que conocería otros muñecos, pero, por más que se esforzaba, nunca era suficiente pues la moneda se gastaba rápidamente, y si algún día una persona cogía a un muñeco siempre era el que estaba al otro extremo, ¿por qué?, ¿por



Dibujo: Gustavo Cárdenas, 14 años.

qué si él todos los días lo intentaba, la garra nunca lo veía a él? No había otra opción que valiera la pena, el pequeño pingüinito lo seguiría intentando.

Era un día solitario y nadie se acercaba a la máquina hasta que una niña muy bonita, con unos brillantes ojos cafés, se asomó a la ventana y observó al pingüino, le pareció un muñeco muy tierno así que pidió a su mamá una moneda y, con mucho entusiasmo, intentó agarrar el pingüino. Ya casi se acababa el tiempo pero la niña se movió con destreza y en el último segundo oprimió el botón y agarró al pingüino; éste se emocionó mucho, nunca había sido tan feliz, pero, al mover los brazos en forma de celebración, la garra se enterró en su costura, y ésta se fue rompiendo precipitadamente dejando salir todo su relleno de algodón. Cuando llegó al lugar por el cual salían los muñecos la niña lo tomó y lo miró.

—Aún se puede arreglar, ¿verdad que lo puedes coser?

—No, nena, no lo creo, ¡dámelo!

—Pero, Mami... es sólo coger aguja, hilo y un poco de algodón y ya estaría listo.

—No, ¡dámelo! y ¡vamos, que ya es tarde!

La señora se lo arrebató de las manos a la niña y lo lanzó a la caneca haciendo que la niña, silenciosamente, derramara una lágrima. El pingüinito vio cómo se alejaban cada vez más y cómo la niña volteaba a mirar con gran tristeza. Él agradecía por el instante de felicidad, pero ahora su única esperanza era que la niña volviera y lo remendara con aguja e hilo como ella había dicho.

Los espejos



Autora:
Mariana Garavito
Posada
Colegio:
Gimnasio Iragua
Curso: 10º
Edad: 17 años

Aquel lugar era caliente, pero no con la calidez sana y agradable del verano. Éste era un calor asfixiante como el de los calabozos o cualquier lugar cerrado y pequeño en el que coexisten muchas personas junto con la podredumbre y la suciedad de su propia indigencia. En el aire se respiraba una extraña e intoxicante humedad, así como si el sudor de muchas personas estuviera evaporándose ahí mismo. Asimismo flotaba una corriente fétida y nauseabunda, que sumaba pesadez a la atmósfera, como si todos los olores humanos se juntasen para componer aquel infeliz perfume que engalana a la dama *miseria*. Y todo ello era la única prueba de la presencia de alguien ahí cerca, porque en aquella inmensa y viciada oscuridad no había nadie, antes bien, se sentía la misma desolación que se siente cuando se visita un cementerio. Aquel sentimiento de vacío de quien sabe que lo ha perdido todo en el mundo, de aquel que no concibe una verdadera razón para vivir; ¿tal vez el sentimiento del suicida? Allí, en

el mugriento e irregular suelo, se halló Laura recostada como quien cae desmayado; ahí ella tenía la misma afinidad de Proserpina con el averno. Su dorado cabello expelía una límpida estela de luz que iluminaba todo el espacio a su alrededor; su pálida piel emitía un rayo de luna formando en resumen una cálida y luminosa aura; todo en ella expresaba un albor, aun en el deteriorado estado en el que se encontraba.

Para cuando la conciencia dominó la nebulosa inconciencia parecía como si llevara ahí recostada una eternidad. Sus extremidades estaban entumidas y sus músculos parecían perforados por las piedras que sobresalían en el suelo, cada movimiento implicaba la inserción imaginaria de mil agujillas. Pero, haciendo acopio de valor y fuerza, Laura se levantó, sentándose primero, arrodillándose después y, finalmente, estando de pie, sucediendo cada movimiento con una fuerte y decidida aspiración e inspiración para mitigar el dolor, que persistía; además, estaba aquella oscuridad que no era favorable para sentirse ubicada. ¿Cómo había llegado hasta ese lugar? No recordaba. ¿Cómo era posible estar en medio de una nada y no saber cómo se llegó ahí? ¿Cómo? ¿Por qué? Todas las preguntas venían a su mente como en una lluvia de asteroides que se estrellaban contra su cerebro y, al final de todas sus preguntas, a ninguna halló una respuesta coherente, su memoria estaba limpia de datos, así que se rindió en su búsqueda de respuestas y dedicó todo su esfuerzo mental a la tarea de encontrar una salida. Pero caminar no fue más sencillo de lo que fue levantarse, mas sabía que debía hacerlo, algo se lo repetía incesantemente, algo así como un “tú puedes” mental que tenía



Dibujo: Estafania Cediél.

origen más allá de su propia mente, una voz suave y anímica que la halaba dócil, pero persistentemente.

Y, por aquella voz, siguió, aun cuando parecía no saber caminar paso a paso empezó su ruta. Tomó como guía las paredes, ellas eran el marco de los caminos y, aunque parecían estar cubiertas de babas y moho, no tenía tiempo para ponerse con ascos. Aparte de la voz, Laura experimentaba un extraño sentimiento de afán, algo como si el tiempo se acabara, lo que fue suficiente para dejar a un lado sus dolencias; con esto pudo olvidarlas e intentó caminar más rápido. Más de una vez cayó pero siguió aquel *vía crucis*, “debía hacerlo”, “tenía que hacerlo”, tácitamente lo sabía.

Así el afán se convirtió en una desesperada lucha contra sus dolores, pero, con el tiempo, se transformó en rabia combinada con histeria. Sorprendentemente, todavía no entendía el origen de su afán y, tratando de reflexionar sobre aquello, vio aparecer el destello de una luz que después se convirtió en un titileo constante, y, a medida que se acercaba a él, éste se hacía más intenso y luminoso. A medida que se acercaba la atmósfera cambiaba, la pestilencia se perdía y el aire se hacía cálido pero agradable y llegó un momento en que desapareció del todo la atmósfera en que despertó, y la luz la rodeó cada vez más. Así fue como se encontró frente a una cascada, pero por la parte de atrás. Era una cueva donde el agua cristalina hacía un contraste magnífico con el negro carbón de la cueva. Al borde del precipicio, por donde caía la cascada, había un espejo veneciano estilo renacentista de buen tamaño y con marco de oro magníficamente repujado, que giraba, gracias a la caída del agua, como una rueda hidrostática.

De allí provenían los destellos; era hermoso y Laura no fue inmune a esa belleza pero tenía que continuar, y continuar significaba, así lo entendió apenas entró a la cueva, arrojarse por el precipicio. Eso era difícil, Laura sentía miedo a las alturas, pero, al acercarse al espejo, éste detuvo su giro y la extraviada vio algo extraño. Había una niña en un árbol, en una rama muy alta, con su linda y tierna jardinera de flores. En el suelo estaba un hombre de mediana edad, el padre, dedujo Laura, que le decía con ternura a la chiquilla “sólo déjate caer”, aquí estaré para recibirte. Después de esta imagen el espejo volvió a sus giros y Laura se halló ante unas sombras, y, así, con calma, se acercó al precipicio y se dijo: “...sólo déjate caer” y así hizo, dio un paso y desapareció en la niebla de la cascada.

Para cuando despertó se encontraba en una playa, y aunque no había nadie allí que la recibiera se sentía maravillosamente descansada y muy cómoda. Había dormido sobre la arena. Después de desperezarse se levantó y empezó a caminar por aquella playa tranquila y soleada, hasta que llegó a unos arrecifes que la atrajeron por muchas lucécitas destellantes. Cuando se acercó y metió el pie en el agua todo se oscureció de pronto y se encontró con que era de noche; con la luna y la brisa serena, fría y refrescante, ¡cuánta paz!, pero cuando iba a sentarse la dominó de nuevo el afán, incesante y más concentrado que en la otra ocasión, era un sentimiento de esos que corroe el alma, esa angustia penetrante. De repente, una nube tapó la luna y de cada pequeño estanque de los arrecifes costeros se levantó un fragmento de espejo mediano y sin forma, como si un enorme espejo se hubiera destrozado allí mismo.

Cuando el viento liberó a la luna de su manto nebuloso ésta se proyectó en todos los espejos y se creó un campo de luz como una nube, que envolvió y elevó a Laura. Los fragmentos empezaron a girar a su alrededor, cientos de ellos y cada uno llevaba una imagen, ¡un recuerdo!, como el de la niñita en el árbol, ella era Laura, como la de todos los fragmentos, y esos eran pedazos memorables e importantes de su vida, aquello que la había hecho ser quien era, los cinceles que la habían esculpido desde la primera vez que se cayó siendo niña hasta la última lágrima que derramó por una depresión. ¡Qué extraño!, parecía como si no los conociera, como si no se conociera. Sin notarlo, una lágrima rodó por su mejilla y se estrelló contra el piso, en ese instante una luz empezó a emanar de su pecho y las imágenes de los fragmentos fueron ingresando allí hasta que la última ingresó y, con esa última, por fin entendió.

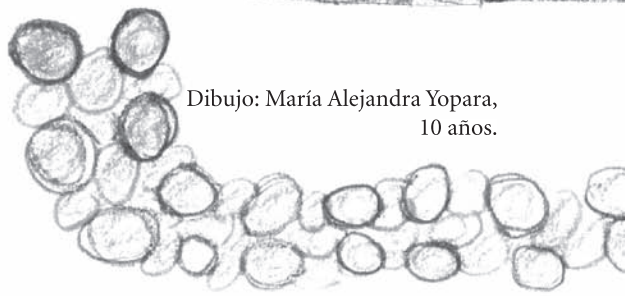
Cuando terminó la procesión de imágenes, los espejos se retuvieron en el aire y, de pronto, se precipitaron al suelo y con ellos todo el paisaje, como si un agujero se los tragase, y Laura se sintió rodeada por agua hasta que, finalmente, sintió la asfixia del ahogado. En ese momento vio la superficie del manto azul acuoso y nadó con todo su ser hasta allí. Apenas salió y tomó la primera bocanada de aire, ¡despertó! Con una ahogada y violenta aspiración abrió los ojos lentamente. Aquello no era agua, aquello era un hospital y la rodeaban muchas personas que, con asombro, la miraban.

Aquel día Laura despertó de un coma profundo que la había retenido en el mundo de las tinieblas de la inconciencia, en el cual había estado atrapada por más de dos años. Ese día la iban a desconectar de la máquina

que la hacía respirar y subsistir, pero, justo antes de eso, dio su primera señal de vida en todo ese tiempo. Ese día las plegarias de su madre, la voz suave, se habían cumplido. Laura había cruzado el coma guiada por la voz suavemente insistente de su madre, y sus recuerdos extraviados le dieron una razón para volver. Ese día había despertado y había vuelto a nacer.



Los Linderojos del mundo IRREAL- Ideal



Dibujo: María Alejandra Yopara,
10 años.

Los linderos del mundo irreal - ideal



Autora:
Gissell Medina
Meléndez
Colegio:
Nuestra Señora de
la Paz
Curso: 11°
Edad: 17 años

Por fin descansó, sorpresa tras sorpresa
Valentina dejó de soñar, de dormir sin
esperanzas para marcharse a un lugar, tal
vez mejor, en el que no esté atada a nada
para mantener una ilusión.

El día se veía claro, una constante mancha
gris insistía en hacerse sentir en el ambiente,
pero, a pesar de su persistencia, era sólo una mancha incapaz
de opacar aquel día tan luminoso.

La joven nunca había visto en su existencia un día tan
bello; en la terraza de su casa siempre había luz, por cada
ventana y en cada rincón el sol se colaba para iluminar las
bellas cortinas, los mantos y los cubrelechos de su habitación.
A pesar de todo ese resplandor siempre había ruido, había
olores y personas que, de alguna manera, le fastidiaban.
Pero hoy todo es distinto, en cada lugar estaba lo que ella
quería que estuviera, por su delicada nariz sólo penetraba el
olor más placentero que hubiera percibido en toda su vida,
en su mente sólo resonaba el sonido de una bella sinfonía,
y, lo más importante y encantador de todo, en su ambiente

no había nadie. Por un momento se encontraba sola, total, entera y profundamente sola, no porque sea una persona solitaria ni apática sino porque hasta ahora siempre había estado acompañada por alguien, nunca había estado sola, nunca.

No cabía duda, éste era el mejor día de su vida, todo era justo como ella quería, siempre había anhelado un momento así, deseaba muchas otras cosas, claro está, quería estudiar música y llegar muy lejos como compositora en Europa, también quería enamorarse y tener un matrimonio como los que ya no hay hoy en día, en fin, quería hacer muchas cosas, pero, lo más elemental de todo, lo más sublime y noble era, sencillamente, un día como el de hoy.

Pero no es casualidad todo esto, como ya sabemos, ella siempre se había imaginado momentos como los que estaba viviendo y ahora se le estaban proyectando a la realidad como un *film* después de que sus productores, actores y directores lo han imaginado en la pantalla, y, tal como ellos sonríen y se exaltan al ver su creación, ella sonreía frente a la suya, llena de la armonía y de la paz que siempre imaginó.

Valentina no sabía de dónde provenía toda esta maravillosa combinación de sensaciones, es más, ni siquiera se había detenido a pensar en ello, lo cual era muy raro en ella ya que usualmente pensaba en todo lo que le pasaba. Cada cosa pasaba repentinamente y lo único que hacía era disfrutar, bailaba al ritmo de la música, se deleitaba observando la forma como al pensar en algo lo evocaba y, como por arte de magia, se plasmaba en realidad frente a sus ojos.

De repente, se cansó de admirar todo y por fin se detuvo a pensar en qué era lo que estaba pasando, todo era muy raro, hermoso, pero raro, eso era lo único que ella tenía claro. Además, la embargaba una duda, no sabía qué era esa

sombra que se mantenía en el ambiente del día, desde que el sol había hecho despertar sus ojos la había notado, no se explicaba su presencia y eso era algo molesto ya que no le gustaba que hubieran cosas inexplicables.

A pesar de ello no duró mucho tiempo pensando, tenía que seguir disfrutando de todo lo bello que la estaba rodeando, además, se había dado cuenta de que cada cosa que imaginaba era puesta por unas manos invisibles ante ella, entonces, quiso aprovechar esto y empezó a pensar en todo lo que le hacía falta a su pequeño mundo para ser aún mejor.

Entonces, se imaginó una inmensa cascada, siempre había visto por televisión grandes corrientes de agua que caían majestuosamente sobre inmensos ríos, las cataratas del Iguazú, las del Niágara, y así se presentó ante ella una inmensa cascada, tan limpia y cristalina como las de la televisión.

Ah, todo era tan maravilloso, sólo tenía que evocar en su mente algo que deseara para que apareciera, ella no se explicaba esto, pero irremediamente estaba ocurriendo, así que, simplemente, siguió imaginando.

Por su mente desfilaron comidas exquisitas, paisajes, arreglos de flores, ropa de toda clase, estupendas obras de arte, joyas irreales, en fin, todo lo que cabía en su cabeza apareció por arte de magia en su pequeña habitación. Aunque ya no era precisamente una pequeña habitación, es más, no se sabía ni siquiera qué era el lugar en el que estaba, de repente, era un campo gigante lleno de árboles, arroyos y montañas y, luego, un gran palacio estilo Versalles, con lujos y riquezas.

Pero, a pesar de tantas maravillas, esto no era realmente lo que ella quería, si bien era cierto que se sentía bastante

confortable con todas aquellas cosas, también lo era el hecho de que su corazón era muy sencillo como para querer derrochar tantas suntuosidades; hasta ahora siempre había tenido una vida casi sin lujos y no se sentía bien teniendo tantos y de una forma tan fácil.

Además, había dos cosas que la tenían consternada; una era la persistente mancha gris que rodeaba sutilmente todo, y, aunque no opacaba lo suficiente para ser significativa la oscuridad, sí era inquietante su terrible forma de mantenerse, no sabía cuánto tiempo llevaba en ese estado de su vida, pero sí sabía que era mucho y Valentina hasta ahora se dio cuenta que, instante a instante, esa mancha crecía un poco más, no tanto como para asustarla pero sí era algo que la inquietaba. Había otra cosa aun más aterradora que esa pequeña mancha y era la inmensa soledad en que se encontraba; hasta hace un momento esa soledad le producía placidez y emoción, pero ya llevaba mucho tiempo sin sentir la presencia de alguien.

Gracias a Dios Valentina podía traer a su mundo lo que quisiera y eso era algo que ella ya sabía, entonces, decidió probar si este don también le funcionaba para tener cerca a las personas. Pensó mucho tiempo en quién sería la persona más adecuada para su experimento, tenía que ser alguien a quien quisiera mucho, entonces pensó en su mamá, pero se imaginó que no todo podía ser tan perfecto, en su soledad sufriría mucho, prefería no ilusionarse; el segundo opcionado era Leonardo, su amigo y compañero, de quien estaba aparentemente enamorada sin que él lo supiera, sí, él era el mejor ser en el mundo que le podría servir de compañía, por un momento pensó en lo mismo que había pensado al escoger a su madre, pero esta vez sintió la convicción de que él vendría, no podía ser posible

que después de tener tantos deseos cumplidos éste fuera la excepción, así que decidió que quería estar al lado de Leonardo, compartiendo toda la magia que la invadía en aquel momento.

Estaba pensando en esto cuando su variable capacidad de decisión le hizo dudar, llevaba mucho tiempo ocultando su amor por el miedo a que no fuera correspondido; y que tal que llegara, ella le confesara todo y la rechazara, no, esto era algo terrible.

Ya desechada la opción de invitar a su mundo a Leonardo, aunque con tristeza, empezó a pensar en otra persona, pensó en su papá, en sus amigos, amigas, hasta llegó a pensar en actores y cantantes, sus amores platónicos, esa era una buena opción, quién no quería tener a Bratt Pitt o a cualquier galán de Hollywood cerca, pero, como siempre, había un problema, no sabía ni pizca de inglés ni de otro idioma que no fuera español, nunca puso cuidado a todas las clases que había tenido cuando estudiaba, y así, ¿cómo iba a hacer para decirle algo?

Esta decisión era terrible, tenía la oportunidad de estar con quien quisiera, y ni la podía aprovechar por no saber con quién quería estar. Entonces, dejó a un lado tanta pensadera y, simplemente, escogió a la primera persona que recordó, su hermanito recién nacido, era un niño muy lindo, medio gordito y cachetoncito.

Después de tantas dudas, Alejandro apareció, eso sí con todo y cuna, pues no iba a llegar así no más, tiradito en el piso. Al verlo, Valentina corrió a recibirlo, era un momento muy feliz, hace un rato estaba sola, sola, sola y ahora estaba con su hermano.

Empezó a consentirlo, a jugar con él y a cuidarlo, duró así un buen rato hasta que el bebé empezó a llorar. Valentina

creyó que era por hambre entonces se imaginó una deliciosa compota para su hermano, la compota apareció y el bebé se la comió, pero siguió llorando, ella miró el pañal y no encontró nada que pudiera causar ese terrible llanto, en ese instante Valentina se dio cuenta de la mala decisión que había tomado, había traído consigo a una personita que no sabía cuidarse sola y, lo peor, era que estaban solos en ese lugar.

Deseó inmensamente que su madre estuviera ahí para aconsejarla, para ayudarlo, pero no se le ocurrió desearlo de la forma en que hacía que todo apareciera, sino de otra forma, como cuando uno quiere algo pero tiene miedo de lo que pudiera pasar, era como si ella pensara que su mamá la iba a regañar.

De repente, Valentina escuchó la voz de su mamá que le decía afanosamente que regresara, que viniera a donde ella estaba, que la mirara; pero, por más que Valentina buscaba y buscaba, no podía encontrarla, no podía verla, entonces, se sintió perdida, llevaba al bebé en sus brazos, ambos estaban llorando desesperadamente, Valentina corrió tanto como pudo pero nunca encontró a su mamá.

Paró un momento porque su cuerpo ya no aguantaba más, observó el paisaje y se dio cuenta de que todo estaba oscuro, la sombra que había visto al despertar era ya muy grande y superaba considerablemente la luminosidad pasada. En medio de su preocupación por el bebé y por ella misma, Valentina lo único que quería era salir de ese extraño mundo, pero, sorprendentemente, esto era lo único que no se le podía cumplir, podía tener todo lo que quisiera materialmente pero nada que tuviera razonamiento o que pudiera sacarla de ese lugar le era permitido tener, por eso no había aparecido su mamá ni Leonardo ni nadie, sólo el

pequeño bebé. Entonces, desconsolada, rompió a llorar y en lo único en que se le ocurrió pensar fue en una cama, una suave y grande cama dónde llorar junto con su hermanito; y, como siempre que quería algo material, al momento tuvo una formidable cama en la que se recostó y en la que, casi sin quererlo, se durmió.

Mientras tanto, su mamá, sentada al lado de una cama de hospital, rogaba al cielo que su hija estuviera bien.

Valentina despertó pero no fue un despertar común, bueno, después de su anterior despertar, casi nada podía ser común para ella, pero el de hoy era notablemente más raro, se encontraba en un salón con mucha gente, era un gran teatro, no sabía cuál era pero sabía que era un teatro, y uno muy lindo, lujoso y elegante.

Echó un vistazo alrededor y descubrió los finos y seguramente costosos atuendos que lucía la gente que estaba allí presente. Era impresionante el sitio en el que estaba, lleno de *glamour*, de buena música, en fin, un ambiente culto. Estaba verdaderamente asombrada.

Luego de ver a su alrededor bajó la vista y descubrió el elegante y magnífico vestido que tenía puesto, no sabía en qué material estaba hecho pero sabía de sobra que era uno muy fino y que era un modelo exclusivo, además, lucía unas joyas costosísimas, tenía las manos suaves y, por el reluciente borde de palco en el que se encontraba, alcanzaba a vislumbrar un alto y hermoso peinado. Ahora estaba mucho más asombrada.

Pero lo que había visto hasta ahora no era nada como lo que le esperaba ver, al voltear el rostro hacia su lado derecho se encontró frente a frente con el hombre más espectacular que había visto en toda su vida, no tenía una cara perfecta de modelo, ni mucho menos, pero tenía una mirada seductora

y una expresión que cautivaba, se notaba en su porte que era una persona elegante, exitosa y distinguida, además, tenía cierto aire que, sin duda alguna, la dejó deslumbrada. Estaba boquiabierta mirándole cuando se encontraron sus ojos con los de él, y, sin esperarlo, escuchó de su boca las palabras más estremecedoras que le habrían dicho en toda su vida:

—¿Qué te pasa amor?

¿Qué podía ser esto en la vida de Valentina?, despertaba un día con todo lo que había deseado pero sola, luego traía a su hermano recién nacido a un mundo extraño del cual sólo ella es habitante, después de darse cuenta de que no podía salir de ese mundo, queda dormida y, luego, despierta con la apariencia de una mujer adulta, llena de lujos y con un súper compañero. Esto ya era mucho más de lo que ella se había imaginado en toda su vida, no sólo por los lujos y esas cosas, sino porque, incluso, ella era como siempre había querido ser, tenía un cuerpo escultural, así mismo su comportamiento era intachable, hablaba con una fluidez y autonomía propias de una mujer muy educada, además, sabía cómo tratar a la gente, todos la conocían y parecían respetarla, y además, tenía ese hombre, ese lujo de hombre a su lado. Ya había comprobado que era su esposo y notaba en su forma de tratarla que él verdaderamente la amaba, lo cual era indudablemente correspondido porque, desde el momento en el que lo vio, se enamoró profundamente, incluso, sentía que lo amaba desde hacía mucho tiempo.

Esta situación que estaba viviendo era muy diferente a la anterior, ahora estaba rodeada por mucha gente, aunque todas eran caras desconocidas. Y todo era, aunque muy extraño, mucho más creíble que lo de poder tener todo lo que ella quisiera con sólo desearlo.

Era de noche, pero una noche muy, muy oscura. Luego de estar en la opera salió junto con su esposo y se dirigieron a casa, allí encontró un bebé, se sintió morir al verlo, era idéntico a su hermanito, y lo vio llorar; a su lado estaba una niñera tratando de consolarlo pero él seguía llorando. Valentina pensó que era su hermano, pero no, era su hijo, tenía un hijo con aquel hombre, con su esposo, y estaba llorando. Desconsolada, y por instinto, tomó al bebé en sus brazos y, con la experiencia de una verdadera madre, empezó a darle de comer y el niño se calmó, luego durmió tranquilamente.

Era un alivio para Valentina que esto hubiera pasado, por un momento creyó que, al igual que su hermano en el día o en la noche o en la que fuera anterior, no sabría cómo calmar a ese pequeño niño, pero no fue así, esta vez todo era perfecto y, en medio de su preocupación, no sentía ninguna sensación extraña como la de antes.

Ya no había ninguna sombra, aunque ella pensaba que se debía a que estaba de noche en aquel lugar, además, lo de la sombra ya no le inquietaba. Estaba sentada en un sillón de su casa cuando la llamó, desde la alcoba, su esposo. Ella tenía muchas preguntas, ¿cómo era posible que, sin recordar nada, estuviera con este desconocido, amándolo ciega y profundamente pero sin saber quién era? ¿Qué había pasado con su familia, con su vida de antes, con sus amigos?, ¿quién era ella en realidad?, ¿era Valentina? Detuvo sus pensamientos y se dirigió al cuarto en el que estaba su esposo, lo vio consternada y extasiada, lo contemplaba sólo como alguien puede contemplar al ser amado. Lo amaba, de eso estaba segura, pero no sabía por qué. Él la invitó a sus brazos, la quería abrazar como seguramente lo hacía todos los días, ella, en medio de su extrañeza, caminó hacia

él y se dejó caer en él como si fuera la única salida a todos los pensamientos que la afligían.

Juntos en un abrazo, que para ella fue eterno, cayeron en su lecho, y contemplándolo, como hacía un momento, Valentina durmió con la imagen de su amado en la mente, tratando de recordarlo palmo a palmo, como si se sintiera obligada a hacerlo para tenerle siempre junto a ella; entendía que sólo junto a él era feliz.

Aún seguía su madre contemplando el rostro pálido y agotado de la hija que minuto a minuto se alejaba de la vida.

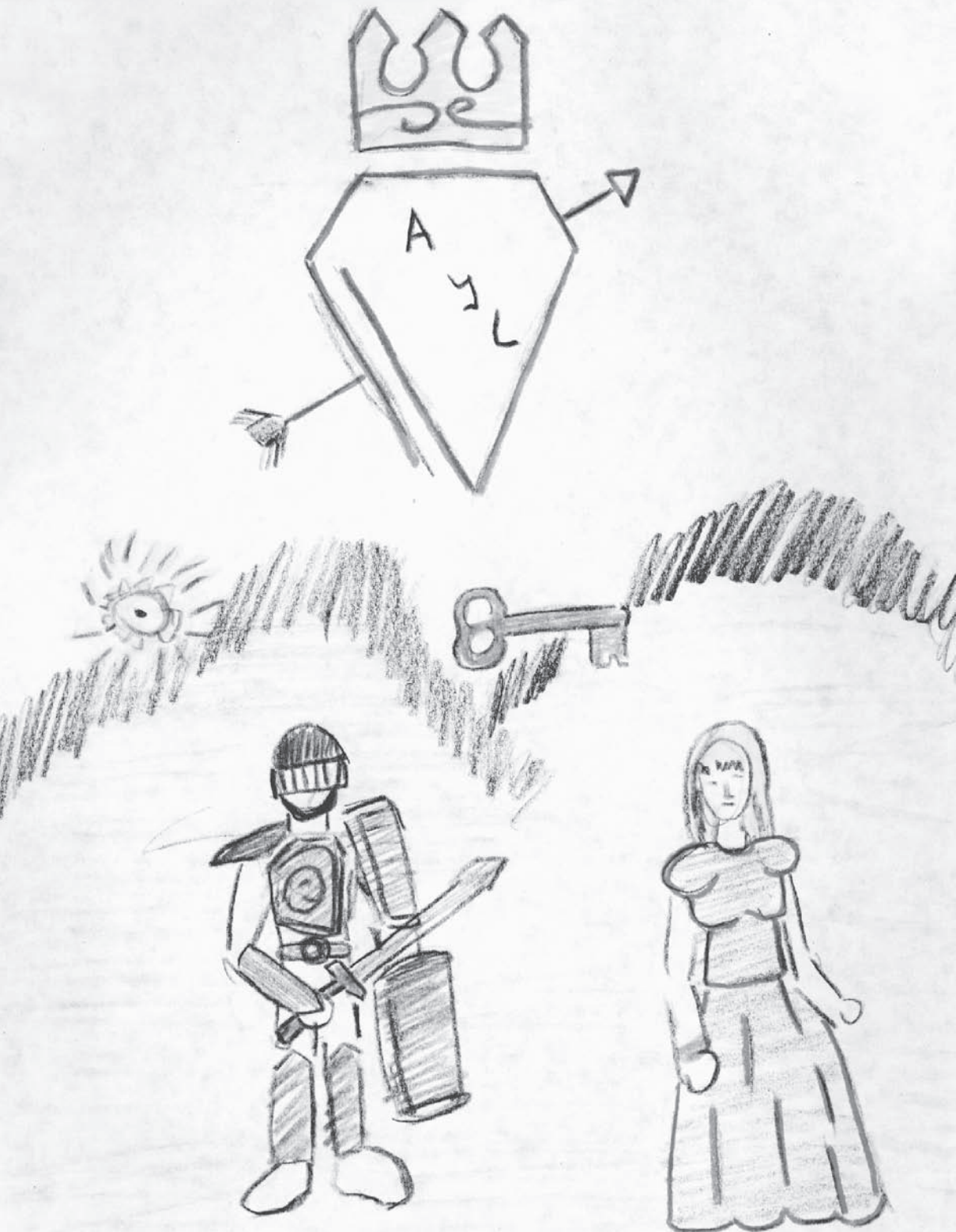
Valentina despertó de nuevo, estaba en una cama blanca, fría y lúgubre, ya no sentía a su lado nada de oscuridad, no tenía la incertidumbre de estar fuera de la realidad, recordó el rostro de su esposo, de su amor, de su vida y se sintió morir al saber que todo había sido un sueño, y que nada de lo de la noche anterior, ni lo de la mañana perfecta, había sido realidad; después de tanta plenitud, tanta felicidad, tantas maravillas que había vivido. Ahora, estaba en un hospital, sí, en un hospital, veía todo a su alrededor y ahí no había nada que ella quisiera. Sólo algo, un bulto, algo que se movía pero que no podía ver, ese algo giró hacia ella y así lo reconoció, era su mamá, por fin, su mamá, sentía que la quería tanto que no hallaba la hora de que ella se acercara y la abrazara.

La mamá, con lágrimas en los ojos, se acercó a la cama y vio, con gran dicha en su corazón, que Valentina abrió sus ojos entre lágrimas y una gran expresión de alegría en su rostro. La joven intentó acercarse a besar a su mamá pero no podía, su cuerpo no reaccionaba, no podía moverse, sólo pudo mover la boca para balbucear unas cuantas palabras al oído de su madre:

—¡Fui feliz! —dijo con un gran esfuerzo.

Le dijo sin siquiera dar lugar a explicaciones o a demostraciones de afecto. Al cerrar su boca cerró también sus ojos, pero, esta vez, para siempre. Los cerró a su madre, a su familia y al mundo real, los cerró al mundo en el que su cuerpo no pudo aguantar al impacto de un fusil asesino que la dejó sin aliento para continuar. Murió.

Sin embargo, la violencia que la mató a lo real le dio vida a lo irreal, al mundo en el que podía vivir de los sueños, un mundo en el que ya no hubo ninguna sombra que no la dejara en paz, porque esa sombra no era más que el paso a su cuerpo en el mundo real, al que estaba ligada por el deseo de pertenecer a él. Pero, su deseo no era ese, su deseo era ser libre y vivir junto al hombre que había encontrado, ese hombre que despertó junto a ella en la misma cama en la que se había dormido antes, el hombre con el que conocería todos los linderos del mundo irreal, donde sólo tenía que imaginar para tener, y donde sólo tenía que soñar para ser feliz, además, el mundo en el que, sin planearlo, tenía un hijo, tenía ese matrimonio ideal con el que siempre había soñado.



Dibujo: Cristian Trujillo, 16 años.

Los retos de un caballero enamorado



Autora:
Adriana Marcela
Califa S.
Colegio:
Liceo Parroquial
San José
Curso: 11°
Edad: 16 años

Érase una vez hace ya mucho tiempo, en la época de los castillos y las corridas, existía un reino bastante acaudalado que poseía grandes tesoros y las mejores tierras en millas. Era un reino bastante apetecido por los demás reinos. En este reino existía un rey llamado Federico XI quien sólo tenía una hija llamada Liliana, quien era una mujer muy hermosa y extremadamente orgullosa; ella siempre rechazaba a los príncipes que la visitaban porque no eran capaces de cumplir sus deseos.

El pobre rey, viendo que su vida pronto concluiría y que aún no tenía un heredero, le imploró a Liliana que se desposara lo más pronto posible, a lo cual Liliana tuvo que acceder. Se hizo una convocatoria magnánima, en la cual, por petición del rey, podían participar, aparte de príncipes, caballeros y aldeanos por igual. Esta decisión enojó demasiado a la princesa, ya que no se podía imaginar al lado de alguien que no tuviera sangre real.

A esta convocatoria acudieron miles de hombres, algunos atraídos por la belleza imperial de Liliana y otros por los tesoros del reino. Así que ese día la princesa se levantó muy temprano para elegir a su futuro esposo, pero, aunque su padre tenía demasiada prisa, ella iba a elegir a quien le concediera todos sus deseos. Ella comenzó a mirar rostros eligiendo a los que le parecieran mejor; ya, para finalizar el día, la lista se había reducido a la mitad y ésta se conformaba de varios príncipes, algunos caballeros y muy pocos aldeanos. Cuando la princesa llegó a su aposento, lista para abordar el sueño, comenzó a pensar en qué pruebas iba a ordenar que cumplieran aquellos hombres para obtener su mano.

Al día siguiente, todos los rivales se encontraban allí para escuchar las palabras de Liliana.

—Quiero que vayan a la cueva del dragón de Tiswood y me consigan la llave de oro que custodia con su vida —dijo la princesa atenta a la reacción de cada uno.

—¡Eso es imposible! ¡Todos moriremos! —dijo un príncipe totalmente abatido por tal idea.

—Si no estás dispuesto a hacerlo, simplemente márchate del reino ya que nadie te está obligando —dijo la princesa en un tono demasiado tranquilo.

Aquel príncipe, junto a unos cuantos, se marcharon al momento.

Entre todos los que se quedaron listos para cumplir su deseo se encontraba Arturo, un caballero que estaba perdidamente enamorado de Liliana y que, desde hacía años, esperaba el momento para declararle su amor. La princesa comenzó a despedirse de todos aquellos que se disponían a emprender tan laborioso viaje deseándoles la

mejor suerte del mundo. Todos subieron a sus caballos y emprendieron su viaje.

Arturo, antes de partir, tomó su armadura, envainó su espada y comenzó su viaje en su fiel corcel. Viajó durante días llegando por fin a dicha cueva. Arturo entró con gran cautela y con espada en mano preparado para enfrentar al dragón. Poco a poco se fue adentrando más y más hasta llegar a un recinto lleno de luz en el cual, al final, se veía con un gran resplandor la llave de oro. Arturo corrió a gran velocidad hasta llegar a aquella llave y tenerla en las manos, con cautela emprendió su regreso con tal suerte que el dragón le obstruyó la salida.

Con una mirada penetrante que venía de aquellos ojos rojos llenos de ira, el dragón dio un grito que a Arturo casi ensordece, pero aun así Arturo tomó su espada y se preparó a luchar; él se acercó de tal forma que enterró su espada en el pie del dragón, éste se enojó tanto que comenzó a lanzar fuego hacia Arturo, quien corrió hasta ponerse a salvo de sus flamas. Arturo se tomó un instante para descansar sin cerciorarse de que el dragón estaba tras de él, listo para atacar. Sintió cómo una ligera brisa movía su alborotada cabellera, volteó de inmediato y vio al dragón sobre él. El dragón tomó con sus dientes a Arturo lanzándolo al aire listo para comérselo, se sorprendió de ver que no caía, Arturo había logrado sostenerse de una de las grietas de la cueva, consiguiendo trepar en la cabeza del dragón y clavar allí su espada; el dragón, de inmediato, cayó derrotado por manos de Arturo.

Arturo, con la llave de oro en sus manos, emprendió su viaje de regreso, ansioso de ver a su amada Liliana. Al llegar al palacio sonaron las trompetas del retorno. Liliana, quien se encontraba en sus aposentos, corrió al salón real para

ver quién era aquel hombre que había concedido su deseo; y allí estaba Arturo viéndola con tal benevolencia y amor que Liliana no pudo apartar la mirada de la suya. Se había enamorado de él, pero eso no impidió que ella siguiera con sus planes, ella se acercó a él, lo besó y le dijo:

—Has cumplido mi primer deseo y me alegra que seas tú quien volviera, pero aún quedan dos.

—¿Qué otro deseo quieres que te conceda mi princesa?, ¡tú solo dime y yo obedeceré! —dijo Arturo con algo de temor.

—Quiero que vayas a la montaña de Akerbill y me traigas la luz eterna que se halla en su interior —dijo la princesa con algo de temor y esperando que él se negará a esta tarea, ya que no lo quería ver sufrir desdicha alguna.

—¡Como tú ordenes! —dijo Arturo marchándose.

Arturo tomó de nuevo su corcel y emprendió su nuevo viaje. Cabalgó durante tres largas semanas. Cuando llegó al fin a la montaña dejó su corcel y comenzó a escalar. Pasaron dos semanas cuando, por fin, llegó a la cima y ahí comenzó a descender dentro de ella. Al anochecer, ya se encontraba en el fondo de ésta y no lograba ver nada, pero, aun así, comenzó a caminar y caminar. Pasaron dos meses, ya sus provisiones se estaban terminando y él ya se veía perdido. Comenzó a llorar por la desdicha de morir en un lugar como éste y por no poder ver, por última vez, a su princesa. Lloró tanto que sus lágrimas emitían un sonido de caída después de un tiempo. Al oír esto, Arturo se puso de pie y siguió este sonido llegando así a unas escaleras. Arturo comenzó a bajar lentamente viendo un gran resplandor y consiguiendo la luz eterna; él, lleno de felicidad, comenzó a buscar una salida y, con la luz eterna en sus manos, podía ver todo a su alrededor. Después de un tiempo llegó a

una puerta y, al abrirla, vio la mayor cantidad de tesoros: había rubíes, diamantes, coronas de oro y un sin fin de curiosidades valiosas, a un extremo de la misma habitación se hallaban toda clase de alimentos que extrañamente se encontraban en buen estado. Arturo comió hasta saciar su hambre y descansó esa noche.

Al día siguiente tomó los tesoros que para él eran más valiosos y comenzó a subir de nuevo, al llegar a la cima vio hacia abajo y, sorprendido, notó que su caballo seguía esperándolo, bajó a gran velocidad y, al atardecer, ya estaba sobre su corcel emprendiendo viaje hacia su princesa.

Al llegar al castillo la princesa lo esperaba con los brazos abiertos y le confesó a Arturo que cada noche oraba por él y que nunca había dejado de pensar en él. Pero, aun así, le dijo su tercer deseo.

—Quiero que vayas al tercer reino olvidado, que entres al segundo castillo que hay allí, que busques la quinceava puerta y me traigas lo que encuentres allí —dijo la princesa con completa seguridad.

—¡Lo que tú digas! —dijo Arturo con una gran sonrisa.

—Te entrego tu llave de oro y tu luz eterna, son tuyas, tú las conseguiste, tú las mereces y tú las necesitarás —dijo la princesa.

—¿Cómo? No entiendo, esto es tuyo princesa, las traje para ti y fue por ti por quien hice estos viajes, no fue para que yo tuviera más tesoros sino para conseguir el tesoro de tu amor —dijo Arturo algo alterado.

—Te equivocas Arturo, te esforzaste pensando en mí y eso me halaga, pero lo que conseguiste, lo conseguiste tú y sólo tú lo hubieras logrado. Ahora márchate y no tardes —dijo la princesa dándole un enorme beso.

Arturo montó nuevamente su corcel y emprendió su viaje, cabalgó tres semanas esta vez. Al llegar allí vio qué tan desolado se encontraba aquel reino, este lugar era lúgubre y daba escalofríos. Arturo dejó a su corcel y comenzó a caminar hasta el segundo castillo de aquel reino; entró, pero todo era oscuridad. Arturo no conseguía ver nada, así que usó la luz eterna viendo con ella todo lo que a él le rodeaba. Comenzó a caminar muy cautelosamente preparado para cualquier cosa, buscó la quinceava puerta pero no logró abrirla, usó su espada pero no lo consiguió, trató por todos los medios pero ésta no cedió, cuando recordó la llave de oro la sacó y, extrañamente, encajó en la cerradura de aquella puerta; la giró y abrió. Cuando entró no podía creer lo que veía, era ella, allí estaba Liliana sentada viéndolo fijamente a los ojos. Arturo sólo se le acercó y le dio un fuerte abrazo.

—¿Por qué? ¡No entiendo por qué me pusiste tantas pruebas! —dijo Arturo sin soltar a su princesa.

—Porque en el amor hay que luchar con grandes enemigos para poder seguir, hay que enfrentar enormes cosas que intentaran alejarnos, pero, si se es fuerte y se piensa en la otra persona, se pueden derribar, como fue el dragón, he allí el porqué de la primera prueba —dijo la princesa.

—¿Y por qué la segunda? —preguntó Arturo.

—La segunda es porque, cuando hay amor, jamás se ve al futuro, simplemente se dan pasos sin saber qué nos espera, sin saber si caeremos o si encontraremos tesoros, simplemente nos arriesgamos por continuar juntos, por dar pasos hacia la misma dirección y compartir nuestros sueños —dijo la princesa.

—¿Y por qué la tercera? —continuó preguntando Arturo.

—Simplemente para demostrarte que en el amor, poco a poco, se van dando las herramientas para que quienes se

aman estén juntos, que cada uno puede ayudar para que el amor, día a día, sea más fuerte y que cada vez se pueden tener más herramientas para no tropezar, o que se tenga la suficiente confianza para aceptarlas y levantarse —dijo la princesa besando a su caballero.

Arturo y la princesa se tomaron de la mano, salieron del castillo y después de un mes contrajeron nupcias. Gobernaron este reino con la misma rectitud con que lo había manejado Federico XI y alimentando, cada día, con un nuevo amor.

Esta fue la historia de Arturo, un caballero enamorado y sus retos.



Dibujo: Lina Paola Clavijo, 13 años.

Mariposas portuguesas



Autor:

Jesús David
Beltrán Sánchez

Colegio:

Liceo Hermano
Miguel de La
Salle

Curso: 11º

Edad: 17 años

Era para salir de noche. Todos envidiaban a aquella mujer, pero, si existiera un hombre que fuera capaz de seguir sus pasos, quizá ya nada de esto importaría.

Se llamaba Cassandra, le gustaba la lluvia y un postre agrisado después de la comida, ir a caminar y violentar pájaros con su mirada; verlos follar o jugar simplemente. Leía a Bukowski y, de vez en cuando, viajaba con Miller hasta el París de la posguerra, se perdía en las calles de verano, se bañaba en la fuente y proseguía imaginando la vida de Henry con muchas ganas de encontrarse con cualquiera de las prostitutas francesas, así fuesen malolientes, eso no le importaba.

Se levantaba a las cinco con el televisor, preparaba un postre y se aliviaba los cólicos con un vaso frío de agua. Creo que nunca se imaginó que yo la observaba siempre con su montón de días tristes: y lo mejor era imaginar que entraba a mi casa y que decía: “Muéstrame tus cuadros, esos que llamas absurdos, quiero saludar las flores muertas

que pintas, los hombres, y quiero ver si ese que veo de noche desde mi habitación es mi cuerpo desnudo”. Creo que en ese momento no se le ocurrió pensar en mi existencia, pero pronto dejé de ser invisible.

Una mañana ansiosa de ella la vi sentarse en el parque de Las Marimondas, sacó un libro y se distrajo por un largo rato, yo no le presté atención, ya le había dado suficiente tiempo, y me dirigí a la estación de bus. Cuando regresé, ella estaba frente a mi casa, casi dormida y con un gesto pronunciado y feliz sobre su rostro, nunca sabré el porqué de esta luz, tenía el libro entre sus brazos, seguí de largo y, cuando saqué las llaves, Cassandra cogió mi mano derecha y pronunció estas palabras:

—Hola pintor, ¿qué tal va la obra?

Se volvió a dormir, yo la levanté del suelo, la puerta de su casa estaba abierta así que la dejé en la sala. ¡Qué sala tan viva!, ¡qué lugar más extraño!, ¡qué belleza! Dejé un vaso con limón sobre la mesa, firmé el libro de visitas que estaba antes de llegar a la puerta y me fui.

No creí que eso me importara tanto, pero, la verdad, no tenía mayor deseo que ver sus pies desnudos acariciar la alfombra, sus bragas azules cerca de la cama y su infame cuerpo llegando hasta el abismo de mis días. Qué pena volver a mí y enfrentarme con este espíritu erróneo e incapaz; mi inconsciente camina detrás de ella en las noches de luciérnagas vivas; qué lamentable es sentirse tan cerca y tan lejos de sus formas. Mañana pasaré por su casa.

Era miércoles y todo con respecto a mí estaba a medias, menos ella. Fui a visitarla a eso de las once de la mañana, me esperaba con un té de naranja. Cuando llegué me sonrió y agradeció mi ayuda de la tarde anterior. Me dio un cigarrillo y lo puso en mi boca, lo prendí con mi

encendedor, luego entró a su habitación y sacó un montón de cuadros, parecían muy antiguos, pero tenían algo que los condicionaban dentro de las mismas manos, no eran los colores, la técnica no era nada especial, había algo detrás de ese desorden de mariposas abiertas y búfalos corriendo.

—¿Quién pintó estos cuadros? —pregunté—, son muy viejos.

—Eran de mi hermano —dijo Cassandra—, murió hace veintidós años, era músico y a él se los dejó una mujer que decía llamarse Evelyn, no sé nada más.

—Ya veo, ¡qué enredo! —terminé.

Ya era hora de pensar en otro rollo, ahora ella me gustaba más que nunca y todo se limitaba a un vino, viernes, qué más que un peche y una ronda de buenas canciones y, claro, pensar en ella.

El sábado me recibió un fuerte dolor de cabeza, levanté mi pesado cuerpo y derroté las ganas de seguir durmiendo con algo de Charly García. Era temprano, desayuné algo de café y tostadas integrales, mi madre siempre se preocupa por eso, había estado ayer aquí. Recordé el último recital de poesía en el que estuve, no recuerdo el nombre de la poeta pero lo único que me gustó fue un poema de la muerte de un gato llamado Thomas o no sé cómo, siempre tienen que ponerle nombres a los animales y ahora son nombres de gente, y eso no es lo que me cabrea, sino esas personas que tienen que atinarle a los nombres que me gustarían para mis hijos, si es que un día los tengo, como Simón o Luna, creo que los llamaré Trolly o Soica, no importa.

Sonaron las campanas de la iglesia. Siempre era entretenido ver ese montón de viejos lúgubres caminar con su fe de pecadores hacia el mundo momentáneo y, de algún modo, pacificador de Dios, ¿qué pensaré a su edad?, eso

siempre pasa por mi mente. La vi, tenía unos zapatos rojos, una falda hasta los tobillos y una blusa poco escotada; creo que venía de compras, pues cargaba una bolsa llena de frutas y hortalizas; no lo pensé dos veces, salí a la calle y toqué a la puerta.

—Hola —dije—, aún no sé tu nombre.

—¡Cassandra!

—Eres hermosa —parloteé— Cassandra.

Ella sonrió, y aún un poco sonrojada me dijo:

—¡Pasa!

Su mundo olía a flores igual que ella y, en ese momento, la casa se encontraba llena de luz, eso me gustaba, mucho. Prendió un incienso, a mí no me gustan esa clase de inciensos, me quedé con las ganas de decirle que no lo prendiera, estaba en su casa. Me ofreció de nuevo té, esta vez de limón, lo tomé con todo el gusto del mundo. Me habló de su estancia en Brasil, de la *bossa nova* y todo eso que le recordaba su natal Portugal, de las tardes con las palomas y el escenario que se hacía en la bahía de Río de Janeiro por las tardes; aún se escuchaba muy enamorada de su pasado y, para completar, se sentía sola en esta ciudad. Yo le conté de mi vida en otros lugares, de mi hábito de pintar y de mis noches en un punto cualquiera contemplando la belleza de lo absurdo. Así se fue la noche con ella, no recuerdo nada más.

La noche del domingo vino con un drama propio, para mí y para ella. Esa mañana desayuné en la plaza, que queda cerca de mi casa, un tamal con chocolate, luego me fumé un pielroja y estuve todo el día por ahí, buscando libros, música y algo de lo que me pudiera encantar lo suficiente como para quedar picado. Luego se vino abajo un aguacero. Llegué a mi casa y noté que las luces de su sala estaban

prendidas, tenía hambre y frío, eran las cinco de la tarde y no había almorzado, además, andaba mojado y daba pena llegar a cualquier lugar de esa forma.

A las ocho de la noche escuché una música que provenía de su casa, me asomé y allí estaba ella con la cara pintada como mariposa y unas alas enormes, un poco exageradas, pero igual me gustaba, mucho.

Salí, Cassandra saltó sobre mí y me dio un pequeño beso en la boca, estaba tomando vino; qué hermosa e histórica mezcla, mujeres y vino, yo no supe qué sentir, siempre es así, nunca funciono cuando debo, siempre me dejo llevar por lo que pasa. Me incliné sobre ella, creía que el alcohol había hecho algo en su mente, pero no, su ser se encontraba intacto. Comenzamos una agradable conversación, le pregunté:

—¿Qué significa ese raro disfraz?

—Es de mariposa —contestó—, ¿te gusta?

—Sí, encaja perfecto contigo.

—Te voy a regalar algo.

—¿Qué? —dije.

La estaba mirando en ese momento, la estaba mirando emocionado.

—Todo lo que ves es tu regalo.

La seguía mirando aún más emocionado.

Amanecí con su brazo sobre mi pecho, con su pintura sobre mi cuerpo y con algo de ella dentro de mí. Me levanté primero, cociné unos huevos y me los comí. Preparé café —no pensé que fuera a encontrar—, después busqué pan, no había pero encontré algo de harina, me puse a hacer unas arepas. Cassandra me observaba desde el patio mientras se bañaba la cara, su cuerpo se encontraba casi desnudo y yo prescindí de sus formas para leer un poema en voz alta

mientras se bañaba. Serví el desayuno, se demoró un rato vistiéndose, valió la pena, aunque el chocolate se enfrió.

Éramos dos, con dos casas, dos cuerpos, un tiempo y todo lo demás. Se ocupó más que nunca, se dedicaba a estudiar actuación. Fui a algunas de sus obras; siempre en el escenario había algún animal, la obra que más me gustó fue una en la que los personajes no hablaban, ella salió con un disfraz de lobo, los demás eran búfalos, y la trama era fuerte y directa, al final, todos los personajes terminaron sin piel, pero seguían siendo animales.

Una noche en la que yo dormía en el sofá de mi casa, ella entró por la ventana y me puso unas orejas de tigre y pintó mi nariz de negro. Gritó fuertemente hasta que desperté, ella tenía una lanza en su mano, echó a correr, por todos lados ella me seguía como loca, como una cazadora, me pegó en un pie con su arma, yo caí, después me advirtió que si me movía me clavaría su arma en el cuello, no hice caso: yo no era un hombre, sino un animal. Al llegar a la cocina logré perderla; me escondí detrás de la alacena, esperé a que llegara, a que me diera la espalda para poder sorprenderla. Pasó todo como lo pensé, ella se acercó y, cuando estuvo casi a mi lado, cogió su lanza, luego su cuerpo, creo que, al final, los dos fuimos presas.

Cartagena

Dos meses después me fui a vivir a Cartagena con ella, allí nos quedamos seis meses, los mejores de nuestros tiempos. En esta ciudad todo era magia, tanto las calles coloniales como las moscas que se paraban sobre la comida a la hora del almuerzo. Yo trabajaba de martes a sábado en una tienda de antigüedades; era el negocio de un amigo que viajó a la India y me pidió el favor de que lo mantuviese abierto;

aprendí mucho más de lo que vendí pero me iba bien. Los viernes salía con Cassandra a comer, los sábados al almorzar y los domingos a desayunar. Cambiamos periódicamente de restaurante, entrábamos a bares poco conocidos que nos recordaban la ciudad de la que veníamos: Bogotá.

Ella enseñaba expresión oral a niños, teníamos una casa grande donde se podían dar las clases cómodamente, aunque algunas veces, cuando los padres acompañaban a sus hijos, ella prefería la playa, decía: “El mar es el mejor intérprete de lo que yo no puedo enseñar”.

En ese entonces gané una beca en un concurso de pintura para irme a estudiar al museo de París.

París y Lisboa

Llegamos en junio, el verano nos recibió muy bien; alquilé un piso cerca del museo, y ella me esperaba todas las tardes para almorzar. Era desesperante vivir sin ella, pero siempre regresaba. Juntábamos los deseos que se nos ocurrían dentro de un vaso de mayonesa, lo encontramos en el apartamento cuando llegamos y nos pareció interesante compartirle nuestros pensamientos, el tarro es fácil de llevar, pero una puerta o un armario cuesta mucho trabajo.

Una vez fui con ella hasta Portugal, quería que conociera a su familia: hablaba poco de ella pero siempre andaba pendiente. Dos veces por semana telefoneaba a su casa en Lisboa, su padre la tenía un poco triste; estaba enfermo por estos días, tuvo un preinfarto y necesitaba de cuidado y descanso. Llegamos una tarde de lluvia, el tren nos dejó en la estación de Cas Cais, en Cais de Sodré, una ciudad cercana a nuestro destino. No llegó hasta Lisboa, pues un accidente había taponado la vía férrea, tomamos un bus.

Durante el viaje yo observé el mar en Alto de la Torre, luego la vi dormir abrazada a mí.

La casa era gigantesca, y reconocí mucho de mi mujer mariposa en los rincones de ese hogar tan acogedor. Su madre nos recibió una cuadra antes, traía unos zapatos rosados que rayaban exquisitamente con los árboles pardos del lugar, y en sus manos descansaban unas bebidas frías que nos ofreció después que ella y su hija se saludaron efusivamente.

Su padre se comportaba de una manera muy valiente, como si no quisiera demostrar su enfermedad ante nadie, parecía ser que él era el pilar de esa casa y le molestaba que le prestaran atención de una manera tierna, pues creía que era por su estado. La familia nos regaló momentos enredados y sublimes, tenían costumbres raras, creo que de todo lo que aprendí eso fue lo que más me gustó: salir a fumar hongos para llamar los buenos espíritus, de esa forma la buena salud llegaría a la casa.

Un día salí temprano a dar una vuelta por la ciudad, compré revistas de mi país y fumé en un café colombiano. Tenía que aprovechar el día, pues, en la tarde, un tren nos llevaría directo a París. Las dos semanas que nos refugiamos en Lisboa nos sentíamos tan bien que estábamos preparados para sentirnos cómodos contra cualquier sentimiento que quisiera recompensarnos el alma. Cuando me acercaba a la calle lateral de su casa escuché un fuerte grito que parecía venir de Nora, la criada de Cassandra. Cuando llegué la vi a ella, a mi mujer mariposa, tendida sobre el asfalto fresco a la sombra de un gran árbol, su sangre lavó mis manos y, de paso, la ciudad.

Regresé a París dos días después, terminé mis estudios en tres años y nunca quise regresar a Portugal y jamás pensé

en visitar su tumba y nunca contesté los llamados de su familia.

Mucho tiempo después me encontraba solo, otra vez solo en mi gran casa descubierta de maldad, llena de tristeza y de mariposas celestiales que entraban por las llaves. Era de noche y decidí acostarme temprano para remediar el día tan pesado que había vivido, volteé mi cuerpo y la vi a mi lado y eso me gustaba, la miraba y me gustaba mucho.

Misterio resuelto



Autor:

Juan Camilo
Nieto Quintero

Colegio:

Liceo Juan
Ramón Jiménez

Curso: 10°

Edad: 16 años

—¡Fercho, necesito que se venga para acá inmediatamente! ¡Aquí hablamos!

Esto fue lo que me dijo doña Helena Santos antes de colgarle a Fernando Espitia, uno de los miembros de la CDAA (Compañía de Detectives Anónimos Asociados), una asociación establecida por siete miembros que compartían la afición de investigar y develar misterios por sus propios medios, es decir, sin ayuda de la ley, y que tenía como principal y única sede un apartamento en el centro de Bogotá.

Inmediatamente después de la llamada recibida, Fernando Espitia salió de su lujosa casa y caminó hacia la estación de Transmilenio. Allí él se cuestionaba qué hacía un joven de diecinueve años acudiendo a citas urgentes mientras la gente de su edad estudiaba, se divertía y disfrutaba su juventud, conformándose, después, con el hecho de saber que estaba haciendo lo que quería.

Cuando se encontró frente al edificio donde se ubicaba la sede de la CDAA vio una mujer de aproximadamente cuarenta años que gritaba:

—¡Corra Fercho que ya estamos todos aquí!

Fernando subió por las escaleras cuatro pisos y, al encontrarse frente a la vieja puerta de metal, en la cual se encontraba la inscripción: “Sede de la CDAA”; entró en el apartamento, un lugar medianamente grande donde se encontraban reunidas seis personas que estaban sentadas en una pequeña salita. Dos de ellas eran mujeres: Helena Santos, de cuarenta años, y su hija Dora Gómez, de veinte. Los demás eran hombres: Pedro Ruiz, de sesenta años, Jorge Rojas de diecinueve, Enrique Rojas de veintiuno y José Belalcázar, de treinta y tres.

Helena tomó la palabra:

—Fernando, los he llamado a todos porque acaba de llegarnos un caso de lo más interesante, que, por decisión común, deberá ser resuelto por usted, ya conoce muy bien el reglamento de esta asociación y todos los casos funcionan como retos para quien los resuelve, recibiendo, como recompensa, parte de nuestro dinero.

—¿Y qué tan importante es ese caso?, cuénteme doña Helena —dijo Fernando.

—Ahórrese el doña, Fernando —dijo sacando un artículo del periódico, del cual empezó a leer:

Extraña muerte en Cali

El pasado veinte de enero, en un apartamento del centro de Cali, fueron encontrados los cuerpos sin vida del padre, la madre y el hijo de una familia de clase alta, los cuales fueron apuñalados aproximadamente ocho veces cada uno. La autopsia revela que antes de ser apuñalados, los integrantes de esta familia fueron dopados con un extraño tipo de sedante. Hasta el momento no se han encontrado indicios que den razón de tan extrañas muertes y, por dificultades

de la policía de Cali, el caso será cerrado mañana mismo. Sólo se reabrirá hasta nueva orden.

—Este artículo fue publicado ayer mismo, lo que significa que para hoy este caso ya se habrá cerrado, por eso usted debe viajar hoy mismo para sacarle algo a la policía sin ser descubierto, ya sabe, no vaya a dar papaya, recuerde que somos una organización por fuera de la ley —dijo Helena.

Fernando cambió su semblante de alegría a uno de sombría decepción, diciendo:

—Hoy llega mi novia de Estados Unidos y hace un mes que no la veo. Si viajo hoy puedo perderla.

Pedro, el más viejo, le respondió:

—Mire mijo, si usted no viaja hoy mismo será despedido de esta asociación, ni siquiera yo que llevo tanto tiempo en esta asociación he faltado a mis responsabilidades tanto como usted, ¡no joda!

Jorge el mejor amigo de Fernando interrumpió a Pedro diciendo:

—Además, su tal Juanita siempre lo deja plantado hermano, no se da cuenta que no quiso que la acompañara al aeropuerto, no quiere que la recoja y ni siquiera lo dejó acompañarla a sacar un simple pasaporte. Yo soy su amigo y por eso le estoy diciendo esto, no quiero que salga sufriendo por culpa de las mujeres y con la confianza que le tengo déjeme decirle que yo creo que ella le está poniendo los chachos.

Fernando se sintió tocado por las palabras de su amigo y, reflexionando, decidió que si su novia lo quería realmente tenía que esperarlo como él a ella. De esta manera aceptó la proposición de sus compañeros pidiéndoles que le reservaran pasajes lo más tarde posible con el fin de poder despedirse de Juana.

Así dejó el apartamento, se encaminó a su casa, donde se arregló para ver a su novia y después partió para el apartamento de ella. Su vuelo había quedado programado para las once y treinta de la noche y su novia estaría en el apartamento más o menos a las nueve, lo cual implicaba que sólo tendría tiempo para ir a visitarla, despedirse de ella y averiguar si todavía estaba segura de aceptar la propuesta de matrimonio que éste le había hecho hacía mes y medio.

Frente a la puerta negra del apartamento de su novia Fernando se retocó y, tan nervioso como en su primera cita, golpeó suavemente. Juana abrió la puerta y al ver a Fernando se le abalanzó, lo besó y se puso a llorar tan fuertemente que llegó a asustar a Fernando:

—Hace tanto que no te veo Fer, te amo —dijo Juana, y Fernando, con el fin de consolarla, empezó a acariciarle las manos, tras lo cual la miró decepcionado:

—¿Qué pasó con el anillo? —preguntando por qué Juana no tenía puesto en su dedo el anillo de compromiso.

Juana, más nerviosa de lo común y recordando claramente el anillo de oro blanco y esmeralda de dieciocho quilates que hacía mes y medio Fernando le había regalado, dijo, no muy creíblemente:

—¡Ay Fer!, ¡no sabes lo difícil que es la vida de los latinos en Estados Unidos!, con decirte que me robaron el anillo y todo lo que tenía al salir del aeropuerto de Nueva York, mira, hasta me dejaron marcas en la muñeca por la forma en que trataron de robarme. ¡Lo siento mucho!

Fernando, dudando de la respuesta, abrazó a Juana con el fin de tranquilizarla para darle la noticia de su insólito viaje y, entregándole el ramo de rosas que le había comprado en una lujosa floristería, dijo:

—Juanis, yo quisiera poder acompañarte pero tengo que viajar urgentemente, sin embargo, regreso en una semana para que podamos estar juntos. Tengo que estar en el aeropuerto en diez minutos.

Fernando debía cuidar sus palabras para no delatar a la asociación secreta a la que pertenecía, ya que ni siquiera su novia podía enterarse de los asuntos en los que estaba metido. Preparado para el escándalo que le iría a hacer su novia por no acompañarla y en espera de éste dijo:

—¿Ya te dije que regreso en una semana?

Pero, a pesar de la explicación dada, Juana ni se inmutó y a la hora de la despedida, ésta lo hizo fácilmente como si no le importara que su novio se fuera después de tanto tiempo sin verse.

Fernando, sin tener idea de lo que había sucedido, salió furioso sin la intención de preguntarle si todavía quería casarse con él. En esos momentos esperaba que la actitud de su novia hubiera sido totalmente distinta y que hubiera renegado, aunque fuera un poco, lo cual no ocurrió y fue lo que, sumado a la respuesta que ella había dado a la pregunta de dónde había dejado el anillo, hizo que las palabras de su amigo Jorge volvieran a su cabeza.

Con mil pensamientos rondando en su mente, Fernando viajó a Cali, donde se alojó en un lujoso hotel. Allí pensaba pasar el tiempo que se demorara en resolver el misterio, lo cual no era nada fácil teniendo en cuenta que, para acceder a los documentos que describían las muertes, debía ser con alguien de la policía o de alguna entidad por el estilo. Debía buscar los archivos que contenían el caso y hacer una inspección en el lugar de los hechos. Sin embargo, este tema todavía no lograba opacar el de su novia, y, cansado como estaba, se recostó en la cama sin poder dormir. Lo

único en lo que en ese momento pensaba era la razón de la actitud de su novia, ya que si bien él sabía que era muy rara y que sólo había logrado abrirle su corazón a él, nunca se había comportado de tal manera y, resignándose, tomó por cierta la opinión que le había dado Jorge. En ese momento creía que Juana le había sido infiel y lo que sentía era una profunda rabia ya que había sido él quien, al encontrarla en situaciones difíciles con su familia, la apoyó salvándola de un suicidio, con lo cual logró sacarle algo que la había dejado marcada para toda la vida. Le confesó que era la oveja negra de su familia y que la habían echado de la casa por historias falsas inventadas por su propio hermano, que a pesar de ser casi de su misma edad siempre la vio como un estorbo dentro de la familia, por lo cual nunca se la llevó bien ni con él, ni con sus padres. Entonces pasó por su cabeza la idea de que todo el tiempo de su noviazgo estuvo con una persona que aún no conocía, pero que había todavía un amor tan grande que se arrepintió de haber pensado mal de ella y lo único que pudo hacer fue resignarse a creer las explicaciones que ésta le dio.

Al día siguiente, y más o menos con doce horas de retraso, madrugó a la estación de policía, donde, con una placa falsificada, logró obtener los archivos que necesitaba, pensando entonces en lo estúpida que puede llegar a ser la gente, recordando al oficial que lo atendió y que no se dio cuenta del engaño. Al salir de la estación entró a una cafetería cercana donde pidió un tinto y empezó a leer:

Nombre y edad de los muertos: Ignacio Peralta, 48 años, Estela Domínguez de Peralta, 45 años, y Roberto Peralta, 21 años. Todos fueron drogados y posteriormente apuñalados en abdomen y pecho.

Adjunta a esta información se encontraban fotografías de los muertos y del lugar del crimen, así como la descripción del mismo. Fernando pensaba que era un informe muy pobre para un caso tan extraño y, terminado de leer, encontró algo importante que reafirmó lo que pensaba de la policía colombiana: era un nido de mediocridad e ineptitud escondido tras la máscara de la justicia. Había una petición de análisis de los cuerpos sin vida, pero ésta no aparecía ni tampoco las condiciones del sedante utilizados para drogarlos. Debajo de esto había una nota que decía: “El apartamento no fue registrado totalmente ya que el podrido olor de los cuerpos nos lo impidió”.

Al leer esto Fernando empezó a adquirir un interés aún mayor en dicho caso ya que, con extrañas artimañas, logró conseguir una entrevista del teniente que había sido encargado del caso, quien le dijo:

—Escúcheme bien, yo de usted no me metería con este caso, es muy complejo y además ya está cerrado, pero, viendo lo entusiasmado que está con solucionarlo, no le puedo dar más que un archivo con sospechosos que armé justo antes de que la investigación fuera cerrada.

—¡Perfecto! —dijo Fernando.

Recibió varias hojas que contenían fotografías y pasados judiciales de los sospechosos, los cuales tenían, todos, algo en común que los incriminaba aún más, habían desaparecido justo después de la muerte de la familia Peralta. Sus nombres: John Pérez, Marta Díaz y Erik Camargo. Relación con la familia: celador, empleada y mejor amigo de Roberto respectivamente. Todos eran muy cercanos a la familia y, al parecer, no tenían motivos para cometer tan atroz crimen.

Con esto, Fernando ya había dado el primer paso, el segundo, que resultó ser más fácil, era ir a la escena del

crimen, el apartamento en el centro de Cali. Para esto le había pedido copia de las llaves al encargado del caso quien le advirtió del asqueroso olor del apartamento, pidiéndole que, por su bien, llevara un tapabocas para evitar enfermarse con éste. Sin embargo, Fernando hizo caso omiso a la recomendación ya que pensaba que, sin los cuerpos adentro, el olor tendría que haber disminuido aunque fuera un poco.

Entonces, pasadas las seis de la tarde salió del hotel con un cuaderno de anotaciones y con su cámara fotográfica, para dirigirse al lugar de los hechos, al cual llegó en veinte minutos y, mostrándole al celador del edificio su falsa placa de policía, se encaminó al apartamento once de la torre A. Al llegar, y en frente de la puerta oficial de policía, notó cierto olor que pensó era el residuo de lo que le había mencionado el oficial de policía. Sin embargo, al abrir la puerta no pudo contenerse y vomitó justo en la entrada arrepintiéndose totalmente de no haber obedecido al oficial. A pesar de eso se tapó la nariz con la chaqueta y prendió la luz ya que todo estaba en tinieblas. No podía creer lo que veía, estaba asombrado de la ineptitud de la policía ya que, si bien hubo levantamiento de cadáveres, todo parecía haber quedado exactamente igual. Se veían muebles tirados en el suelo y arrumados en la entrada de las habitaciones, lo cual le llevaba a pensar que tuvo que haber ocurrido alguna pelea antes de que los cuerpos fueran asesinados, además, le parecía muy raro que, con los cuerpos sacados de allí una semana atrás, todavía oliera tan feo. Era como si todavía estuvieran allí.

Desconcertado, Fernando se sentó en la alfombra llena de sangre seca para poder detenerse a pensar más profundamente en lo sucedido. Volvió a revisar el archivo,

que le dio el oficial de policía, mirando fijamente las fotos de los sospechosos, con el fin de descifrar el misterio; y, dirigiendo su mirada hacia los muebles que obstruían la entrada de la habitación principal, empezó a despejar el sitio sin darse cuenta de que lo que estaba haciendo lo llevaría no sólo a descifrar el misterio, sino a cambiar su vida totalmente. Estaba acercándose cada vez más, quitaba asientos, mesas, repisas y mientras más se adentraba en la habitación más feo olía. De esta manera, siguiendo el olor, llegó a la puerta del baño que estaba entreabierta. Podía sentir el olor a pesar de haberse cubierto con la chaqueta y, al abrirla, vio la imagen más aterradora de su vida. En el suelo del baño se encontraban los cuerpos desnudos de dos hombres y una mujer, asesinados de la misma manera como lo habían hecho con la familia Peralta. El olor que despedían los cuerpos era inmundado, y, lentamente, tratando de contenerse, se acercó a ellos con el fin de observarlos más de cerca. Así logró identificarlos: eran el celador, la empleada y el mejor amigo de Roberto, lo cual pudo saber ya que minutos antes había estado mirando atentamente sus fotos. Sin embargo, lo más extraño ocurrió cuando vio en la mujer un puñal clavado en el cuello, el cual, supuso, era el objeto con el que habían sido asesinadas las demás personas. A pesar de eso todavía no sabía quién era el asesino y, en esos momentos, realmente se sentía asustado, ya que no podía imaginarse a la persona que pudo haber cometido tan horrible crimen. Podía ser alguno de ellos mismos, alguien de la familia Peralta...

Sin embargo, asustado como estaba, trató de pensar con cabeza fría y se dio cuenta de que la mujer tenía las manos cerradas en puño como si hubiera apretado algo antes de morir. Fernando, creyendo estar a punto de resolver el

misterio, abrió su mano izquierda en la cual encontró una pulsera, suceso que le pareció extremadamente raro, pero no tanto como lo que vería después en la mano derecha de la mujer. Fernando sospechaba encontrar allí el eslabón perdido, y, al abrirla, gritó tan fuerte que se oyó en todo el edificio.

Inmediatamente, con la comunidad en alerta, la policía fue a investigar el origen de los gritos, tras lo cual encontró tres hombres y una mujer muertos, tres de ellos fueron identificados, pero un hombre con la mano en el puñal que estaba enterrado en su abdomen fue el centro de atención de la policía, ya que sobre su pecho se encontraba una nota que decía: “Para la CDAA, lo único que encontré fue un anillo de oro blanco y esmeralda de 18 quilates”.

Con esto, el caso fue solucionado para la policía, ya que si bien no pudo descifrar el misterio de la nota, inculpó a Fernando de los asesinatos diciendo que después de cometerlos se había suicidado. La CDAA quedó reducida a sólo seis miembros y Fernando, donde quiera que esté, resolvió su propio misterio.

Rocío



Autora:

Esmeralda

Rodríguez

Rodríguez

Colegio:

Liceo Campestre

Libertad Vased

Curso: 8º

Edad: 13 años

Hace mucho tiempo, cuando Dios estaba creando el Universo, ocurrió una historia. El sol y la Luna eran una pareja feliz, de hecho, la única en el mundo. Ellos eran los amantes perfectos y disfrutaban de las maravillas otorgadas, pero, como bien dicen, la felicidad no es completa. Un buen día Dios los reunió y les dijo que los humanos iban a necesitar de luz, así que el Sol les brindaría luz y calor en el día y la Luna iluminación en la noche, lo que significaría su separación.

Los amantes tomaron la noticia con tristeza. La Luna empezó a pensar una forma de escapar de los mandatos del Señor; el Sol supo disimular más la gran tristeza que lo invadía y trató de calmar a la Luna diciéndole que su amor no tenía barreras y sería eterno, pero la Luna estaba desconsolada. El Sol no soportó verla así y decidió ir a hablar con Dios. Él le dijo que la decisión ya estaba tomada y que no cambiaría de opinión, pues los nuevos pobladores prácticamente dependerían de ellos dos. Cuando el Sol iba saliendo, Dios lo llamó y le dijo que él podía hacer algo que,



Dibujo: Karen Gutierrez, 13 años.

aunque no era mucho, serviría un poco; entonces decidió que las estrellas deberían acompañarla todas las noches y que así la Luna no se sentiría tan sola.

El Sol y la Luna emprendieron su camino y guiados por el destino empezaron su tarea, que no era nada fácil y sí muy agotadora, porque, aparte de que cada uno debía estar casi medio día brindando sus dones, ambos tenían que soportar ver a otras parejas felices y unidas, que para la Luna era más doloroso que cualquier castigo sobre el mundo.

El Sol guardaba la esperanza de algún día volver a estar junto a ella, pero la Luna ya estaba desilusionada de todo y sólo quería que todo terminara. El Sol hacía su labor de buen carácter pero la luna detestaba salir todas las noches. Dios, que la vio muy triste y deprimida, se compadeció de ella y se le ocurrió que podría crear un día en el cual se encontraran por un instante, que para ellos sería una eternidad, ese instante de amor se llamaría eclipse y sería la prueba más ferviente de su gran pasión. De este instante de amor la Luna quedó embarazada, ella se puso muy contenta porque llevaría parte del Sol en su vientre.

Pasado un tiempo, al Sol se le fue olvidando la promesa que le había hecho a la Luna, la cual la recordaba todo el tiempo y era su fuente de energía. El Sol se enamoró de una mujer muy hermosa cuando la vio desnuda nadando en una laguna, cerca de su casa; fue como si al Sol se le olvidara todo lo demás y su Universo se convirtiera en esa hermosa mujer cuyo dueño era un humilde campesino. El Sol la observaba cada mañana hasta cuando caía la tarde y tenía que darle paso a la noche.

Para el campesino, lo más importante en la vida era su esposa, que estaba embarazada de él. El Sol, quien se enteró

de todo, no dudó en hacer desaparecer al campesino y lo mató para quedarse con su mujer.

La mujer, que se dio cuenta de lo sucedido, al otro día no dejaba de llorar y de lamentarse por lo ocurrido con su esposo, entonces, el Sol decidió hablarle y declararle todo el amor que sentía por ella, ella lo rechazó y lo trató de una forma tan agresiva que el Sol reaccionó matándola al instante.

El viento, quien era bastante rápido en enterarse de los sucesos que acontecían en la tierra, corrió el rumor de que el Sol se había enamorado de una humana y que por sus celos excesivos había sido capaz hasta de matar; que ni siquiera mencionaba a la Luna.

La Luna se enteró, no podía creer lo que le había contado hasta cuando cayó la noche y vio la catástrofe que había armado el Sol. Cuando estaba amaneciendo la Luna vio que el sol se asomaba, no soportó más y empezó a llorar, sus lágrimas cayeron en las hojas y flores del prado. Esa mañana la Luna tuvo a su hija a quien llamó Rocío, la cual se formó, poco a poco, con las gotitas que la Luna rociaba de sus lágrimas. La Luna decidió que el Sol no se debía enterar de que había tenido una hija, pues no quería que la quisiera solamente porque habían tenido a su hija. Todas las noches la Luna arrullaba a su niña y la miraba con ojos tiernos.

Cuando Rocío creció la Luna la dejaba jugar en el prado, pero, por las noches, ella se encargaba de que nada malo le pasara junto con las estrellas, quienes la cuidaban y acompañaban como si fuera la propia Luna.

Un día muy temprano Rocío bajó a la tierra mientras su mamá y las estrellas dormían, pues, Rocío sabía que se lo tenían prohibido. El Sol la miraba con asombro pues, seguramente, le recordaba a alguien. Pensaba, pero ¿a quién

podría ser? En ese momento el Sol se acordó de la Luna y cayó en la cuenta de que ella era su hija, pero esta noticia la confirmó cuando llegaron algunas estrellas a buscarla y se la llevaron para el cielo.

El Sol le pidió el favor a Dios de que lo dejara hablar sólo una vez con la Luna, Dios le dijo que lo ayudaría; así se produjo el segundo eclipse sobre la tierra. En éste la Luna se tardó un poco en aparecer, pero, al fin, consiguió llegar hasta donde estaba el Sol y empezó a escuchar lo que el Sol le reprochaba; éste le reclamó el porqué le había negado a su hija, entonces la Luna dio la espalda y se marchó sin pronunciar una sola palabra.

Al otro día por la mañana la Luna fue a hablar con Dios y le dijo que ya era hora de retirarse, que quería descansar, después de mucho pensarlo Dios tomó la decisión de que la Luna había sufrido mucho, así que aceptó su propuesta con la condición de que perdonara al Sol, sólo así se podría retirar. A la Luna le costó mucho trabajo perdonarlo por todo el mal que les había causado a ella y a Rocío, pero lo consiguió y se retiró. Es así como Rocío reemplazó a su madre y tomó su lugar. Rocío llora todos los amaneceres y vive en las tinieblas por la noche, soportando la gran tristeza que siente al pensar que la Luna ya no la acompaña y que fue fruto de un amor imposible.

Dedicado a mi prima Rocío, un milagro del cielo, quien me hizo pensar que la vida vale la pena vivirla.



Dibujo: Eliana Julieth Santana, 14 años.

Sombras de amor



Autora:
Angie Milena
Mateus
Colegio:
Institución
Educativa “La
amistad”
Curso: 11°
Edad: 16 años

Jair, como de costumbre, volvía del colegio a la seis de la tarde, caminaba de la misma manera, por la misma acera y con la misma actitud de todas las tardes. Aquel día todo parecía normal, el perro de doña Julia ladraba al verlo pasar y María, al escuchar los ladridos, se asomaba desde la ventana de su casa, que se encontraba al otro lado de la acera, y le enviaba el mismo beso de un “hasta pronto” con su mano.

De pronto notó algo extraño, la luz proveniente de las lámparas, que siempre reflejaban su paso sobre el césped, reflejaba los saltos y bailes de una pareja, quienes, tomados de la mano, jugueteaban entre las flores; él pensó que tal vez se trataba de unos enamorados que venían tras él, por eso no volteó a mirar sino que continuó caminando, cada vez se extrañaba más de los reflejos que generaban las luces.

Al llegar a casa todo volvió a la normalidad, de nuevo su padre lo despelucaba después de saludarlo, su hermanita

pequeña saltaba del comedor y, timándolo de la mona, le contaba una y otra vez lo que había hecho en el jardín, su madre salía de la cocina con la cena lista y, María, como de costumbre, lo llamaba para que se vieran en el parque a las siete. Pero no cenó y miró a su familia con una sonrisa antes no conocida; subió a su cuarto y, guiado por una fuerza superior a él, miró por la ventana justo en el momento en que pasaba María hacia el parque, de pronto, cuando se estaba cambiando, vio que su sombra no era igual que antes, era más clara y no realizaba los movimientos que él hacía, por un momento pensó que eran los nervios o el cansancio pero nunca se imaginó que su sombra tuviera vida.

Dejando un poco sus temores atrás salió hacia el parque, donde María esperaba sentada en la misma banca de siempre y con una encantadora sonrisa. Al verla allí se olvidó por completo de lo que le había sucedido y se abalanzó sobre ella con un fuerte abrazo, respirando tranquilo por un momento. Ella, inconsciente del porqué de tal reacción al verla, miraba el agua del lago, pero, de pronto, notó que no había ningún reflejo en ella; asustada observó por encima de los hombros de Jair y, al no ver ninguna sombra, intentó separarse, pero, en ese instante, notó que de los pies de él salía un claro reflejo, al seguirlo con la mirada se encontró con las sombras tomadas de la mano y, estupefacta, intentó decírselo pero no reaccionaba.

Aún sin comprender lo que sucedía, le tomó la cara y al mirarlo a los ojos comprendió que no debía soltarlo, ya que era tal el cariño que sentían que sus sombras habían tomado vida para unirlos aun más; de esta manera se fueron consumiendo en una clara luz hasta el punto de

desvanecerse. Desde entonces se ven las sombras a las seis de la tarde jugueteando por plazas y jardines y a las siete llegan al parque y se desvanecen bajo la luz de la luna.



Dibujo: Matheew Carrillo.

Testamento del devorador de corazones



Autor:
Humberto
Camargo Villamil
Colegio:
Institución
Educativa
Distrital Manuel
del Socorro
Rodríguez
Curso: 10°
Edad: 17 años

Eran mediados de fiesta, así que sabía que estaría en casa sentado en la vieja silla de mecer fumando, esperando el momento indicado para realizar su último asesinato. Cuando llegamos a su casa con la ley, la noche se mostraba tranquila y acogedora, sin embargo, se respiraba un aire absorbente, frívolo y tenso el cual llenaba el alma y el cuerpo de miedo. Mis piernas temblaban

como gelatina, mis ojos eran pequeños y llorosos y el resto de mi cuerpo se encontraba totalmente paralizado.

Las nubes dieron paso a las estrellas. La luna nos brindaba un espectáculo de colores al lado de dos nubes gigantescas en forma de dragones que prestaban guardia para que ella nos pudiera brindar su luz. En ese momento empecé a recordar mi vida y la de Marcos.

Marcos y yo fuimos amigos toda la vida, cuando él era joven soñaba con ser un famoso escritor así que yo lo apoyaba. Pasábamos las mañanas enteras rodando por las calles de la pequeña ciudad, buscando un hecho que lo inspirara para

escribir. Y debo admitirlo, era un excelente escritor, tenía el toque mágico para que sus cuentos inspiraran interés, miedo y suspenso: todo en uno.

El pasar del tiempo nos convirtió en personas maduras. Marcos la pasaba en su trabajo, un diario famoso, en el cual daba a conocer su talento como escritor a través de una columna. Por supuesto, esto no le proporcionaba el suficiente dinero para vivir, sin embargo, no le preocupaba mucho; aunque su padre había muerto hacía algún tiempo, vivía tranquilo con su madre, gracias a la pensión que el veterano de guerra les había dejado. En ocasiones me decía que estaba cansado de trabajar en el diario y que si seguía así nunca podría publicar el cuento con el cual soñaba desde niño, sino es por el suceso que ocurrió ese mes, con seguridad hubiera renunciado.

Era un nueve de abril cuando recibí la llamada de Marcos, su voz se encontraba con un tono contento inimaginable y cada frase la decía con tanta alegría y rapidez que casi no le entiendo un pito. Me contó entonces que el diario había hecho una sociedad con unos escritores extranjeros, que al ver su talento le dieron seis meses para que escribiera un cuento y que, si salía favorecido, su escrito sería difundido por todo el continente. Marcos siempre decía que todo punto de inspiración para un escritor era la vida, el cielo y la muerte. Desde ese día él se apartó mucho de la sociedad. Sabía que tenía que hacer un escrito fenomenal. Pero, lejos de toda posibilidad de salirse de sus límites, nunca imaginé eso.

Yo había conseguido un trabajo de fotógrafo, no era muy bueno en eso y el dinero no era mucho pero con ello era con lo que vivía a diario. La mamá de Marcos me llamó unas cinco veces a la casa preocupada por su hijo. La anciana,

que casi no se podía mover, era un poco sorda, gruñona, con arrugas por toda la cara y tenía una verruga en la parte derecha de su rostro, la cual provocaba pánico; sin embargo, en ocasiones era amable y, sin duda, quería a Marcos.

Después de que me enteré de las llamadas decidí ir rumbo a su casa. Duré timbrando, aproximadamente, unos veinticinco minutos hasta que la anciana asomó y como pudo me abrió la puerta. Me decía que su hijo no salía de la habitación desde hacía dos días, que no respondía, que no comía y ni siquiera iba a trabajar. Mi preocupación fue creciendo. Después de una hora Marcos me abrió la puerta y pude entrar a su habitación. Entonces vi a un hombre demacrado, ojeroso, menudo y desesperado, de su boca sólo salían palabras incoherentes, hasta que reaccionó.

—Amigo, no entiendo por qué no puedo escribir, mi mente está totalmente opacada cuando miro la vida, el cielo no me provoca más que asco, entonces, sólo quedará un camino.

Su tono me pareció sospechoso pero nada del otro mundo, pensé que ésta era otra depresión que pasaría con los días.

Al día siguiente fue a visitarme al trabajo, y era anímicamente una persona muy diferente a la del día anterior. Me invitó a su casa a tomar café, mientras que, por el camino, me contaba que su prima había venido a visitarlos y entre eso también me soltó que tenía la historia preparada.

En la entrada de la casa había varias maletas, nos dirigimos a la sala. Cuando vi a su prima casi me desmayo, esa mujer parecía un ángel, tenía los ojos azules mar, su pelo negro como el infinito y su risa como una flor de loto. Su cuerpo era indescriptible y sus modales... me tenían bobo. Y entre tanta hermosura recordé a Marcos y su cuento. Él me invitó

a su habitación, prendió un cigarrillo y se sentó en la vieja silla de mecer que le había dejado su padre, le gustaba sentarse allí para relajarse.

—Mi cuento será sobre un asesino.

—¡Qué interesante!

—Saca el corazón a sus víctimas y lo come, después los entierra en las paredes de su casa.

—¿Y quién fue su primera víctima?

—Una prima que lo visitó.

Su respuesta me causó algo de risa, sin embargo, lo noté muy serio y ausente. Esa noche no pude dormir, me revolcaba en la cama de lado a lado y las palabras de Marcos me rondaban en la cabeza. Desde aquella vez pasaron cuatro días en los cuales no pude comunicarme con él, ya que el trabajo de las fotos había mejorado durante esa semana.

Cuando por fin fui a visitarlo, su prima, según él, ya había partido. Me pareció normal.

—¿Cómo vas con el cuento?

Me botó una mirada y una sonrisa que lo dijeron todo.

—¿Quiere escuchar el primer asesinato?

—¡Claro!

Eran las once de la noche cuando la luna despertó el instinto asesino, su sangre empezó a hervir, y paso a paso, con una sonrisa muy agradable, se dirigió a tomar el cuchillo que guardaba en su mesa de noche, sus pasos silenciosos se dirigieron al cuarto de la visita, en la cama, tendida como blanca nieves, se encontraba aquella mujer de ojos azules que con su hermosura eran capaz de enamorar al mismo diablo. Con una pequeña ligereza deslizó la mano hacia la boca de la lindura, mientras que el cuchillo le traspasaba el abdomen viajando a través de sus tripas, causando un dolor inimaginable. De los ojos brotaban lágrimas como

cascadas mientras que el asesino gozaba con cada gota de sangre que rodaba por sus manos.

Después de que la mujer dejó de gemir la acostó en la cama, le sacó el corazón y se lo comió. Luego de esto se dirigió al sótano y, como rebanando un cordero, la despedazó en seis partes. El cadáver lo ocultó en una de las paredes de uno de los cuartos que en toda la noche reconstruyó. En el sótano quemó toda la ropa y otras evidencias del asesinato. Ya casi al amanecer, mientras que se bañaba, sintió que cada gota de agua de la ducha era un aplauso de victoria. Salió como nuevo del baño y como si fuera en víspera de un año nuevo le dio un beso en la frente a su madre y ella, inocente de todo, le dio la bendición...

Después del relato mi mente se convirtió en un laberinto. ¿Sería Marcos capaz de hacer una atrocidad de esas? ¿Por qué si su prima había traído tantas maletas se iría tan rápido? Me marché de la casa algo aturdido y asustado. Nuevamente me atacó el insomnio al pensar que Marcos fuera ese asesino.

En los siguientes días tuve contacto con Marcos. Por cuestiones de trabajo tuve que salir fuera de la ciudad, pero lo que nunca pensé fue que, al regresar, me quedara sin trabajo pues doña Martha había desaparecido, el negocio tuvo que cerrar. Me dediqué a vagar recordando aires y perfumes de la niñez. También desaparecieron Pablo, el carpintero; Toño, el del supermercado; Álvaro, el dueño de la ferretería; otras cinco personas incluyendo el tuerto Amadeo, un carnicero.

En la casa de Marcos sólo estaba la anciana madre, ella no me sintió entrar. Entré al cuarto de mi amigo. Nunca había desconocido la habitación al no estar él, se veía extraña. Recuerdo un afiche de un libro con las páginas abiertas y

cubiertas de sangre. Busqué en su mesa de noche, debajo del colchón, en su guardarropa, debajo de su cama. Mi corazón palpitaba más rápido al pensar que pudiera encontrar algo que lo inculpara. Sólo encontré hojas viejas, arrugadas por el tiempo. Antes de marcharme di un vistazo detrás del afiche. Mis manos aturcidas y tambaleantes hicieron varios intentos de moverlo, sin embargo, el miedo era tanto que el afiche parecía una fuerte pared; como la que divide el cielo del infierno, el bien y el mal. Mi voluntad y la curiosidad dieron paso a la fuerza. Allí estaba: un libro de apuntes con los bordes dorados, de pasta negra, con una cintilla que marcaba por donde estaban las últimas letras. A pesar del miedo, la desesperación y la angustia, que llenaban mis venas de coraje, lo abrí. El olor que despedía era de sangre.

Empecé a leer el relato de cómo había asesinado al carnicero: “La pequeña ciudad se encontraba inocente mientras yo me deslizaba en la oscuridad...” Su relato era escalofriante, tenebroso. Contaba cómo se comió su corazón: “...lo introduje en mi boca con el desespero de comerlo y lo devoré todo. Cuando terminé, de mi boca caía una gota de sangre intermitente y pausada, la cual era testigo de mi victoria...”

La verdad, no pude seguir leyendo, mis ojos empezaron a nublarse y a brotar lágrimas, mi miedo era cierto. ¿Ahora qué? Salí de su casa como pude. Debía hacer algo para detenerlo. Los recuerdos de la niñez llegaron. Medité por más de cinco horas. Lo recordaba como ese niño al cual le gustaba escribir sobre lo bello que es la vida, de eso ya no queda nada.

En la estación de policía hablé con un comisario, era un tipo obeso, con un bigote muy abundante y unas gafas

negras que ocultaban sus ojos. Le relaté toda la historia. Me escuchó atento y asombrado.

Cuando llegamos a donde Marcos, como nadie abrió se irrumpió por la fuerza y lo encontramos sentado en la vieja silla de mecer fumando. Se encontraron catorce cuerpos incluyendo el de la madre.

Los habitantes de la pequeña ciudad quemaron en una gran hoguera a Marcos. Yo intentaba mirar el *show*, como un cobarde, desde la iglesia. No pude hacer otra cosa que llorar, sus gritos mudos en mis ojos eran penetrantes y dolorosos. Parecía que sus gemidos traspasaban las montañas y llegaban al infinito. El dolor también lo sentí yo. Cambié a mi amigo, a casi mi hermano, por mis valores, por mi ser, por mi libertad.

Aún en las noches siento los ojos de Marcos acechándome, listo para atacar de nuevo, listo para revivir en uno de sus escritos y listo para castigarme.

Hoy terminará otra historia, hoy la conciencia y la culpa no me dejan vivir, por eso pido que, después de que lean esto, me cremen y boten mis cenizas al mar; para que así pueda alejarme y dejar atrás esa sombra a la cual le juré que seríamos amigos toda la vida.



Dibujo: Santiago Puentes, 15 años.

Trevanián



Autora:

Aura María
Moreno Sierra

Colegio:

Sagrado Corazón
de Jesús -

Bethlemitas

Curso: 10º

Edad: 15 años

Era una tarde gris que amenazaba lluvia y Esteban se encontraba solo en su celda sin compañía alguna, tan sólo rodeado de sus pensamientos.

La celda era pequeña, apenas lo suficientemente grande como para tener una cama y un pequeño sanitario junto al lavamanos, en la parte superior de uno de los muros había una pequeña ventana rodeada de barrotes de acero a través de los cuales se colaban, de vez en cuando, algunos rayos de luz; en otro de los muros un pequeño bombillo que iluminaba tenuemente la celda, estos muros estaban repletos de gráficas y dibujos que parecían representar viejos mapas de tesoros por descubrir.

Hacía frío y unas pesadas cadenas rodeaban sus tobillos y muñecas, los recuerdos le inundaban la cabeza y se dejaba llevar por los sueños y pensamientos. De pronto, escuchó unos pasos que inmediatamente lo hicieron volver a la realidad. Allí, donde creía encontrarse completamente solo, había visto aparecer, de la oscuridad, la figura de un hombre viejo y andrajoso que caminaba de forma esforzada

haciendo un curioso y extraño ruido al dar cada paso y, aunque la penumbra ocultaba la mayor parte su cuerpo, Esteban percibió una mirada profunda, al mismo tiempo inquisidora y tranquilizadora, seguida rápidamente de una voz ronca y pausada:

—¿Y tú, qué?

—¿Qué?

Se repitió Esteban a sí mismo una y otra vez, obligándose a recordar fragmentos desordenados de su vida hasta llegar a la contundente situación que lo apremiaba:

—¡Mañana moriré! —respondió lacónicamente y empezaron a organizarse en su mente los hechos y acontecimientos que lo habían llevado hasta este tenebroso momento.

—Pues, si quieres un oído dispuesto a escuchar tus congojas de esta hora final, no serás el primero que confía en mis canas tus secretos; te hará bien hablar —dijo a su vez el viejo, al tiempo que se dibujaba en su cara una cálida expresión.

Comprendiendo Esteban que tenía razón y que nadie sería más indicado para escuchar la historia de su tormentosa vida, a punto ya de terminar.

—¿Recuerdas el Octubre Rojo, aquel imponente navío que transportaba los tesoros que los ingleses acumularon durante tantos años de aventuras y pillaje en las tierras americanas y que fue asaltado en alta mar por un corsario legendario... Trevanián, a quien nadie conocía pero cuyo nombre pronunciado en voz alta hacía correr escalofríos hasta el más valiente capitán inglés?

El viejo, sin pronunciar palabra, asintió al tiempo que sus ojos se abrieron en una expresión, mezcla de asombro y temor.

—Yo lo conozco muy bien —dijo el preso—. Aunque me llamo Esteban nadie me reconoce; para todos soy Trevanián, el pirata más temido y respetado del caribe.

—Y, ¿cómo es posible que un hombre tan poderoso haya llegado a esta situación? —replicó el viejo mientras sus ojos se abrían desmesuradamente.

Con la mirada perdida en los muros de la celda, como si estuviera viendo cada escena que relataba, Esteban inició su historia:

—No nací pirata. Mis padres fueron humildes pescadores en una bella isla caribeña. Vivíamos de vender pescado en las casas de los ricos, quienes se daban el lujo de pagar lo que querían; nunca alcanzó el dinero... siempre faltaban muchas cosas. Aunque el mar nunca nos negó sus frutos, cada vez había más pescadores y cada vez pagaban menos. Diariamente veía a mis padres cruzar silenciosas miradas de preocupación sin saber qué camino seguir ante la situación cada vez peor.

Una noche que salí al mar solo para que mi padre descansara un poco, vi algo de lo que siempre había oído pero nunca había tenido al frente: un barco pirata anclado a pocas millas de la costa. Se decían tantas cosas sobre la fabulosa vida de esos hombres que, aunque mi padre decía que era mentira, siempre creí que alguna bondad tendría el serlo; de lo contrario, ¿por qué existían los piratas?

Me acerqué sigilosamente, deseoso de ver, al menos un poco, de esos seres legendarios que tanta atracción ejercían sobre mi joven espíritu. Cuando atisbaba en su interior con la escasa luz que provenía de allí quedé petrificado por una sonora carcajada a mis espaldas. El vigía se había acercado y, al comprobar que no representaba ningún peligro, decidió sorprenderme y divertirse a costa de mi curiosidad:

—¡Conque figoneando! ¿Eh?

Tembloroso y balbuciente sólo atiné a decir:

—Sólo quería ver pero ya me voy, ¡disculpe usted!

—¿Con que quería ver? —preguntó al tiempo que saltaba a mi frágil embarcación obligándome a subir por una escalera de cuerdas que súbitamente se descolgó desde la borda del imponente barco.

—¡Pues mira! —dijo, al tiempo que me izaba sobre la cubierta.

Me encontré frente a un grupo de hombres sonrientes, vestidos a la usanza de los piratas, armados hasta los dientes pero sin aspecto de querer matarme.

—¿Qué quiere conocer? —dijo el vigía con una amplia sonrisa y sus compañeros estallaron en sonoras carcajadas al tiempo que me llevaron, casi en vilo, a las entrañas de la nave.

Y ¿qué vi? Grandes baúles apilados por doquier, cerrados con cadenas y candados. Sin comprender qué significaban, los miré desconcertado, siendo objeto nuevamente de grandes risas, hasta que, finalmente, uno, que parecía ser el jefe, abrió el baúl más cercano y surgieron ante mis ojos tantos objetos, monedas de oro y piedras preciosas como jamás había imaginado que existieran juntos. Deslumbrado y boquiabierto no pude musitar palabra hasta que el capitán volvió a cerrar el baúl. Entonces, me llevaron al comedor y me ofrecieron un succulento banquete acompañado de canciones entonadas por ellos mismos y constantes expresiones de alegría y fiesta. Deduje que esa era la felicidad que buscaba. En ese momento decidí lo que quería ser: pirata. El capitán me miró fijamente cuando, osadamente, le dije:

—¡Quiero ser pirata!

—No tienes idea de lo que es ser pirata —respondió.

—Pero puedo aprender —argumenté.

—¡Es una vida dura! —insistió.

—Pero yo soy joven y fuerte y, además, tengo voluntad y arrojo.

Después de varias horas de discutir y discutir el capitán me aceptó con la condición de no volver nunca a casa de mis padres, dejando que me dieran por muerto en el mar aquella noche, y así lo hice, decidido a buscar lo que estaba seguro de no encontrar si seguía el camino de mi familia.

Pasaron varios años en los que tuve que desempeñar los más difíciles oficios en el barco y, aunque no quería, me obligaba a mí mismo con la esperanza de llegar a ser tan feliz y poderoso como aquellos que dirigían la embarcación.

Me ofrecí para las misiones más difíciles demostrando valentía sin límites, sin temor a las heridas que recibía y volviendo al trabajo tan pronto como empezaban a sanar. Logré así la admiración del capitán y el respeto de mis compañeros quienes, poco a poco, empezaron a verme como el líder natural del grupo y seguro sucesor del comandante. Y así fue. Cuando éste murió, durante el asalto a un barco, mis compañeros me aclamaron y finalmente fui el cabecilla de ese glorioso navío, escogiendo el nombre de Trevanián, quedándome con los tesoros guardados en las bodegas.

Me di gusto, asalté infinidad de navíos, aumenté los tesoros, pasé por la espada a mucho marineros, tomé para mí mujeres incontables, comí y bebí a placer, tuve lo que quise y se lo di también a mi tripulación. Fui objeto de respeto, admiración, entre quienes se difundió la fama de temeridad y arrojo de Trevanián, el capitán del Octubre Rojo.

Aunque muchas victorias obtenía y mayores riquezas acumulaba no encontraba la felicidad que esperaba y empecé a preguntarme si no la iba a hallar jamás. Ensimismado en esos pensamientos no identifiqué adecuadamente un barco que escogí para asaltar y, al abordarlo, me encontré con un regimiento de guardias ingleses que me habían tendido una trampa y me esperaban ansiosos para cobrarme todos los robos, asesinatos y derrotas que les había infligido durante tantos años.

Acabaron con mis hombres inmisericordemente. Quedé solo, encadenado de pies y manos, a merced de su venganza que no se hizo esperar. Me pasearon por todos los puertos, recogieron evidencias, declaraciones y pruebas de mis desmanes y, finalmente, me llevaron ante el gobernador, el cual aprovechó la oportunidad para congraciarse con sus gobernados y, después de un juicio sumario, me condenó a la pena de muerte.

—¿Cuánto tiempo te queda? —preguntó condolido el viejo.

—Ya nada. La sentencia debe cumplirse mañana al amanecer —fue la respuesta de Esteban.

Entonces el viejo, mirándolo con interés, le preguntó:

—¿Y has descubierto dónde está realmente la felicidad?

—No —respondió apesadumbrado—, no sé dónde está, pasé mi vida buscándola y no la encontré.

Y en ese momento se oyeron los pesados pasos del carcelero, quien, abriendo bruscamente la reja, miró a Esteban fríamente y con desdén le dijo:

—Llegó la hora.

Y halándolo de la cadena que unía sus manos lo arrastró hacia el patio de la cárcel donde se llevaría a cabo la ejecución. A la débil luz del amanecer Esteban contempló el patíbulo,

levantado en medio, en el que sobresalía un mástil y de él pendía la soga que le quitaría la vida. Mientras la observaba fijamente el tiempo pareció detenerse y escuchó la voz del viejo que lo llamaba desde su celda:

—¡Esteban! ¡Esteban!

Volviéndose, sólo pudo ver por un instante al viejo mientras era arrastrado hacia la horca y logró comprender, en un fugaz momento, las últimas palabras que le dijo:

—¡La felicidad estaba en ti mismo y siempre la buscaste fuera!

Pero ya era tarde, el verdugo colocaba alrededor de su cuello la gruesa soga que, en pocos momentos, se encargaría de segar su vida. Escuchó del alcalde, que terminantemente ordenó:

—¡Procedan!

El verdugo, sin inmutarse, accionó el mecanismo que lo obligaría a caer bruscamente para morir sin remedio.

Fue entonces cuando, en un abrir y cerrar de ojos, se encontró sentado en su cama, bañado en sudor frío, sintiendo su corazón latir apresuradamente...

—¡Era un sueño!, ¡una pesadilla! ¡No era un pirata!

No estaba muriendo, no había malgastado su vida, aún tenía una oportunidad. Ahora sabía qué era lo que tenía que hacer, sabía dónde buscar lo que siempre había soñado. La felicidad no estaba en el tener ni en el poder; estaba en sí mismo.

